

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



MONSTRUOS
PARISINOS

Título Original: *Monstres parisiens*.

Edición original: E. Dentu. París. 1882

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2008. En exclusividad para
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

LA SEÑORITA LAÏS

París acaba de conocer con estupor la aventura de esa inteligente y hermosa muchacha de alta alcurnia que de repente, como en un estallido, se ha convertido en puta. Ni periodo de transición ni de adaptación. La caída ha sido súbita, directa; un salto del balcón a la calle. El viaje que en coche la condujo desde el untuoso palacete familiar de la calle de la Universidad al coqueto lupanar del bulevar de Corucelles, alquilada por una intermediaria, ha sido el más corto posible. Hace una semana nadie se hubiese atrevido a desearla; bruscamente se ha entregado a todos. Los más audaces no habrían tenido siquiera la osadía de rozar con un soplido la punta de su pequeño dedo enguantado; ahora ustedes podrán, esta noche, durante la cena, – si les apetece y ella les gusta – conocer el sabor del champán en sus labios.

El pasado invierno tuve el honor de ser presentado a su familia; todavía veo el amplio salón un poco oscuro, con las paredes adornadas de antiguas tapicerías, el techo de madera de nogal negro, y ante la alta chimenea, una gran anciana, flaca, de cabellos canosos, que se encontraba sentada con el busto recto y las manos juntas sobre las rodillas, saludando con una muy lenta inclinación de cabeza.

Quedé impresionado de un modo muy particular por esa caída en el arroyo; la curiosidad me impelió a tratar de averiguar la causa.

En su recibidor, estrecho, calido, acogedor, donde el pesado aire tenía el olor de un aliento demasiado perfumado y casi una tibieza de piel, las incandescentes brasas de la chimenea iluminaban las sedas amarillentas de las paredes y los sofás. Como un vestido demasiado gastado por el uso se veían el dorado de las sillas y los cien abalorios de los candelabros y del lustre, de modo que cuando entré, tintinearón con el pequeño ruido claro de un sombrero chino de cristal. Entre las dos ventanas, de las cuales una no tenía cortinas, pues los tapiceros están llenos de desconfianza ya que enseguida se acaba aprendiendo el camino del monte de piedad, se extendía un mullido diván, con un dosel blanco de terciopelo, con la lasciva pereza de una cama donde se duerme durante el día.

Como me detuviese, entristecido, ella se acercó a mí, un poco desasida entre los encajes de una bata gastada y ajustando con una mano su moño de donde pendían unos bucles; muy blanca y sonrosada, fresca de juventud y de colorete, oliendo a carne y almizcle, más que bella, ¡espléndida! Y, ardientemente, sin ser interrogada, incluso

antes de que yo hubiese dicho una palabra, comenzó a hablar con un tono triunfal en la voz y en la mirada.

« ¡Soy yo, sin duda! Usted ha querido verme, pues mire. ¿He cambiado? seguro que sí. ¿Se acuerda usted de la damita que le ofrecía una taza de té bajando la mirada? Son más bonitos mis ojos ahora cuando los elevo. Y puede usted besarme si el corazón se lo pide. He aquí en lo que me he convertido, lo que me he hecho. ¿Por qué? Se lo voy a explicar. Mostrarle todo lo que pienso, desnudar mi espíritu. Ya comienzo a acostumbrarme, ¡venga!

Es posible que haya mujeres que hayan nacido decentes, pero yo no soy una de ellas. Uno de mis antepasados se casó con la amante de un rey que había estado en la casa Fillon; lo mío ya viene de atrás. Llevar bajo un vestido un corsé que aplasta el pecho, tener pantalones de algodón que llegan hasta los tobillos, adornarse el pelo con cintas, hablar en voz baja, aguantar la respiración para enrojecer mejor, diciendo: «sí, señor» o «no, señora» es lo que he hecho durante diez años, pero nunca he podido acostumbrarme a ello. Me retiraba a mi habitación, luego, con la puerta cerrada, bailaba casi sin ropa, riendo, gritando, alborotando todos mis cabellos. Y pronto supe lo que quería gracias a los libros que se leen por la noche y que abren los ojos. Entonces me dije: «¡Adelante!» ¿Resistir? ¿para qué? puesto que ya me sentía vencida por adelantado. Si hubiese permanecido con mi familia habría caído una noche cualquiera en los brazos del primero que hubiese subido la escalera; si me hubiese casado habría engañado a mi marido, a mi amante, a mis amantes. De falta en falta, de vergüenza en vergüenza, ¿a donde hubiese llegado? al lugar en el que ahora estoy. Y ese lento descenso, escalón por escalón, tan infame como la brusca caída, habría sido además hipócrita y cobarde, y no me hubiese producido mas que imperfectas delicias siempre perturbadas por la necesidad de la astucia y la mentira, por la preocupación de mi reputación, por el temor de una palabra indiscreta, por el espanto de ser sorprendida o estar bajo sospecha. Lo que debía ser finalmente, mejor valía serlo de inmediato, violentamente, – ¡la audacia es una especie de excusa! – el devenir en plena juventud, en plena belleza, y no vieja y cansada; el futuro antes de que mi deseo se hubiese aletargado en amargas o incompletas satisfacciones, – sentarme a la mesa con todo mi apetito. ¡Eso es por lo que he precipitado mi destino, por lo que me he prostituido siendo virgen! Ahora, estando perdida del todo, siendo una de esas criaturas que se entregan o se venden, que llenas de una inalterable alegría, arruinan familias, deshonoran razas, secan los corazones y matan las almas, me solazo en la constatación de mi suerte, en la satisfacción de mi instinto, en toda la expansión de mis fuerzas, como el músico o el poeta, cuya vocación durante mucho tiempo reprimida, se expande y disfruta de su obra realizada.»

Era un monstruo y me espantaba, pero no lo suficiente al mostrarse encantadora. Yo no sabía que decir; además no era yo quién tenía por misión sermonearla ni poder para convencerla. Balbuceé cinco o seis palabras, entre las cuales ésta: «la estima». Ella prorrumpió en carcajadas.

«¿La estima? ¡Ah! eso, eso es lo que usted piensa en serio que podía bastarme, ¿la estima? Vamos, razonemos. Usted compone poemas, escribe novelas o dramas, ¿no es así? Para aquella de sus obras en la que usted hubiese expresado todo su pensamiento, toda su pasión, todo su arte, ¿se conformaría con un éxito de estima? ese éxito que consiste en aprobaciones moderadas y educadas, en juicios como este: «¡Oh! desde luego no se puede más que felicitar al autor por sus buenas intenciones; sus ideas, que nada ofrecen y sorprenden, están expresadas en un lenguaje completamente conveniente...» ¡Vamos pues! lo que usted sueña, es decir los entusiasmos y las aclamaciones, deben verse metidos en el mismo saco con odios y ultrajes; es toda la

multitud sacudida por su obra, es el ruido y el inmenso tumulto. Pues bien, mi poema, mi novela o mi drama (ella se aproximaba con la bata más abierta), hela aquí, y yo solicito para él todo el glorioso clamor de las admiraciones apasionadas. Bien las vale, ¡se lo aseguro! No quiero ser llamada «chica decente», del mismo modo que usted no quisiera ser calificado como un «escritor honesto». Si en el ardiente concierto de las alabanzas se añaden gritos maledicientes o risas de desprecio, que me importa: ¡el estrépito aumenta con ellos!

¿Además está usted seguro de que a mí o a mis semejantes se nos desprecia tanto? Mire a su alrededor y escuche. ¿Cuáles son, en el Bosque o en el teatro, los coches o los palcos que se señalan? Los nuestros. ¿Cuáles son, en los libros y periódicos, en las conversaciones mundanas, los vestidos que se describen, las bellezas que se detallan, las palabras que la gente repite? ¡Las nuestras, las nuestras! Y más aún: se celebran nuestras virtudes. ¡Sí, nuestras virtudes! Nosotras nos hemos mostrado «muy chic» durante el asedio, nuestra caridad es proverbial. Por haber cantado: *Es en la piel de la espalda donde se me clava un alfiler*, en beneficio de las inundaciones del Sahara, o: *Cuando se busca una zorra se me encuentra*, a favor de los incendios del Polo Boreal, la mayor de las casquivanas es mucho más alabada y santificada que la valiente mujer que suda de la mañana a la noche manejando la maquina de coser para educar a un crío que ella misma ha recogido un día, gimiendo entre sus ropas, en un rincón de la calle, cerca del agujero de la alcantarilla. Cuando una de nosotras informa de la muerte de su padre, un hombre muy digno aunque borracho, que venía los sábados por la noche, –¡los días de paga!– para sonsacarnos unas monedas de cuarenta céntimos en la cocina, se respeta, se venera, se exalta su dolor filial. ¡Nosotras, no solamente somos las triunfadoras, somos las honradas! Una vez, un poeta cenaba a la mesa de un burgués; tras haber mirado complacientemente a las tres hijas del anfitrión, preguntó al padre educadamente con tono interesado: «¿Cuál de estas jóvenes señoritas destina usted a la prostitución?» ¡Esto no había sido dicho con intención de bromear! ese poeta podía, e incluso debía hablar ese modo. Pues, sería absurdo ponerlo en tela de juicio, el oficio de puta es hoy, como otros oficios, una función social, reconocida útil, admitida, protegida. Como el albañil, como el ingeniero, como el farmacéutico, como el banquero, – como el soldado o como el sacerdote, – tenemos un estado, ejercemos una industria. ¡Y nuestro oficio, en muchos casos, se eleva a la condición de arte! Al fin y al cabo estamos en una sociedad moderna, nosotras, las putas de París, venidas de Pontoise o de Batignolles, lo que eran en la sociedad antigua, las cortesanas de Atenas, que procedían de Mileto o Lesbos. Todo eso está de tal modo reconocido, que las propias mujeres decentes, que todavía nos envidian, ya no nos odian; comprenden que somos diferentes las unas de las otras, pero que nosotras tenemos el derecho de ser lo que somos, tan bien como ellas tienen el derecho de ser lo que son; que nuestra situación y la suya, diversas, son iguales e igualmente legítimas. Todavía no ha llegado la hora de la estima mutua, de la alianza entre las dos especies rivales, ¡pero acabará llegando! Hoy en día, ¿cuál es la joven esposa o la madre que duda en pasar por los bulevares, sentarse en los jardines donde el suave ruido del arrastre de nuestras largas colas rumorea sobre el asfalto y desplaza los pequeños guijarros? ¿No ha visto usted, hace tres años, en una deslumbrante fiesta, en la Opera, a las más irreprochables grandes damas acoger cortésmente en sus palcos y saludar con una sonrisa absolutamente desprovista de desdén a las bellas muchachitas impudicamente desvestidas que mostraban sus piernas y sus pechos para vender, a cinco luises la pieza, flores y programas?»

¡Oh! que fácil me hubiese sido refutar esta abominable teoría! Pero, precisamente irritado de tanto descaro, consideraba más vengar la moral ultrajada humillando a la orgullosa criatura, inspirándole algún pavor. Hablé duramente del futuro, reservado a

sus semejantes, de la innoble vejez tras la radiante juventud, de la miseria tras los esplendores, del abandono...

Ella me interrumpió con un nuevo estallido de risas.

«¡Historias antiguas! ¿Acaso hay alguna de nosotras que siendo anciana no es rica? ¿Es que no tienen casas en la avenida de la Opera, chalets en Montmorency y bonos del Estado? ¿Acaso no invitan a cenas, a bailes y no protegen a los artistas? ¡Ah! mire usted, es que hoy en día las cigarras son hormigas; nosotras ahorramos, en el deshonor, como se dice algunas veces aún – ¡pronto dejará de decirse!– para dar la limosna a las ancianas mujeres decentes. Pero, aun cuando incluso la antigua leyenda de los funestos desenlaces no fuese una quimera, poco importaría. Portería con gorrito harapiento enamorada de un gato sin pelo o de un perro lanudo, limpiadora de palcos, barrendera, trapería con los ojos enrojecidos y la nariz negra de tabaco, admito que me convertiría en una de esas desgraciadas; que tal es el fin lógico de nuestras existencias. ¿Dónde estaría el daño? ¿No habría encontrado por adelantado, en tantos placeres y gloria, una compensación a esos temores y degradación? Además ¿con qué derecho podría quejarme de lo que sería inevitable, necesario, justo? Todos los finales son lúgubres. Es una ley a la que nadie puede sustraerse. El soldado, joven y audaz en el combate, no siente su valor disminuido por la idea de que, más tarde, viejo tosiendo y escupiendo, sufrirá hasta la muerte a causa de sus viejas heridas, y la fornida campesina que lleva sobre la espalda las gavillas y los sacos o que va a lavar en la fría fuente la ropa del esposo y los hijos, poco le preocupa la parálisis o el reumatismo que pronto la postrarán sobre una silla, ante la puerta, al sol.»

El mal era irremediable; todo lo que yo hubiese podido responder no habría tenido efecto alguno. Además esas bocas blancas y rosadas que forman los pequeños pliegues de las batas, son, aunque mudas, singularmente turbadoras y persuasivas. «Después de todo, me decía, dos horas más tarde, bajando la escalera, no hay nada de espantoso en todo esto; puesto que esta desgraciada muchacha es, evidentemente, una criatura excepcional.» Sin embargo, como soy proclive a extraer de todo una moral, concluyo de la aventura – encendiendo un cigarrillo – que las madres de familia actuarían sabiamente no dejando leer todos los libros a sus jóvenes hijitas, no llevarlas demasiado a los teatros donde se representan operetas, y sobre todo alejarlas de ciertas fiestas de caridad donde pequeñas actrices vienen a recolectar billetes de banco, con diamantes en los ojos y en las orejas; pues esos diamantes, demasiado fijamente mirados, pueden producir fenómenos de hipnotismo y, en consecuencia unas neurosis que el doctor Charcot estudiaría con el mayor interés, pero que le serían, al menos eso creo, difíciles de curar.

NARCISO DANGERVILLE

¡Quiero vengarte, triste mujer, gran alma artística, gran corazón de madre, criatura infame no obstante! Quiero vengarte aún en contra de tu voluntad. Desde la confidencia que me has hecho, una noche en la que tu alma ahíta confesaba su desesperación de igual modo que un borracho vomita, desde esa confidencia, – que tú bien hubieses querido, en tu misericordia, tragarte – abusaré traidoramente para execrar y despreciar, si puedo, a aquél por quien tu sangras con más heridas que las que muestran a los devotos las vírgenes maternas de los misales ¡Ah! ¡pobre anciana, pobre anciana!

I

Desde luego es guapo. Delgado y altivo, esbelto y frágil, más esbelto y más endeble que un canario, tan joven que podría parecerse a un niño si no tuviese el aspecto de una mujer, se eleva con la fatuidad de un tallo de lis y la ligera rigidez de una daga de acero. Encantador, atroz tal vez, da la impresión de un cuchillo nuevo que reluce y corta bien. Bajo esos negros cabellos espesos, en bucles cortos, casi sin frente; ¿de qué le serviría pensar? Y, en su cara pálida con esa palidez que deja el maquillaje al retirarse, su nariz fina y dura se curva, sus hermosos ojos azules, entre los párpados abiertos, desnudos y en absoluto pensando en algo, sus dos labios rojos, demasiado delgados, tienen el aspecto de una odiosa herida. Además, bien parecido, incluso tiempo atrás, bajo unos andrajos prestados, bajo un traje comprado en algún almacén de confección de los barrios periféricos, jamás ninguna persona ha visto ninguna mota de polvo en su codo ni en su rodilla, como si unos Arieles viniesen por las noches a cepillar su chaleco y su pantalón; y jamás, en los momentos de la más sombría miseria, ¡ha dejado de lucir ropa blanca! pues nunca ha tenido necesidad de decir nada para ablandar a su camisero y convencer a su lavandera.

Siendo bebé, todavía chillando, alguien lo encontró una noche bajo el portal de un garaje. ¿Quién lo había dejado allí? Una madre que por allí pasó. No fue llevado a la comisaría de policía porque había un baile en la casa, y la portera y los criados estaban ocupados mirando apearse de los coches los satenes y los encajes de las invitadas. Pasó la noche bajo la escalera, hambriento y berreando; se le hizo una especie de cuna con un macetero todavía lleno de tierra que allí se encontraba, reliquia del mobiliario de un

inquilino insolvente que fuera expulsado. Al día siguiente, la nodriza del primero le dio su leche, por instinto de robar al hijo de su amo. Una cocinera, que había llegado de Normandía seis meses antes, y que la comadrona de una calle vecina, celosa, acusaba de haberse hecho abortar siguiendo los consejos del herborista, le tomó afecto; adoraba a los niños, quizás recordando al pequeño que no había nacido. Creció en el sexto piso, en el cuartucho de las criadas, por donde circulan mañana y noche pasos sordos de hombres desconocidos, durmiendo tanto en una buhardilla como en otra, bajo sábanas en las que la muchacha que le daba hospitalidad estaba raramente sola, comía sobras de la cocina, se vestía con prendas robadas a los bebés ricos de la casa, supo, leyendo en las novelas de Xavir de Montépin, que una criada de una cortesana iba por la noche a su habitación, hacía las compras, iba a buscar coches, recibía propinas, se hizo útil al portero, ayudó a robar madera y vino, robó a los ladrones, y, no teniendo más que nueve años, guapo y blanco como una muchachita, fue empujado más de una vez detrás de una puerta y besado en el cuello por jóvenes criadas depravadas e inocentes que habían intuido las palabras groseras en una cena de muchachos o en la entrada sin llamar en el salón donde la Señora con el corsé desanudado reía bajo el bigote de un amigo del Señor.

Con la boca llena de palabras soeces, escuchadas y retenidas, luego comprendidas, con el espíritu y el corazón mancillado, – viciado antes de ser vicioso, – conoció todas las bajezas y todas las apetencias de las domesticidad; y añadiendo a todo eso no sé que rabia ingrata, no sé que instinto de revancha, única herencia de una madre miserable o de un padre desesperado.

Siempre muy guapo, una actriz, que tenía un victoria, le tomó por botones. Su librea resaltó su belleza. Erguido sobre la punta de los pies, miraba en el espejo del salón los botones de cobre de su pequeña vestimenta azul, a menos que no tuviese el ojo en la cerradura de la habitación donde la actriz tomaba sus baños. Una mañana, abriendo bruscamente la puerta sin haber puesto su albornoz, ella lo sorprendió y se hartó de reír; pero fue menos clemente el día en el que lo vio meter la mano en el cofre de sándalo lleno de joyas nuevas y de antiguos agradecimientos. Despedido, fue durante tres años el crio vagabundo que va donde van los camaradas, dormía en las casas demolidas, robaba zapatos en los escaparates, vagaba por los alrededores festivos, sirviendo de señuelo a los jugadores de juegos prohibidos. Pero siempre su blusa bien ceñida a la cintura con un cinto de cuero tenía el aspecto de una camisa nueva, y nunca dejó, incluso a riesgo de no almorzar, de aplicarse por la mañana la gomina en los cabellos. Más tarde, habiendo crecido, se lío con los merodeadores nocturnos del bulevar de Clichy, que le daban dos céntimos cada vez que él los advertía de la llegada de un guardia municipal mediante contraseñas delante del teatro de los Batignolles, donde conoció un primer trabajo cepillando los trajes y peinando pelucas, figuró en el *Reina Margot*, se sintió lleno de ambición, encontró cien francos en el palco de la ingenua que era la madre del director, se escapó, no reapareció más por los Batignolles, prefirió Montmartre a causa de la Boule-Noire, luego, de aventura en aventura, y cada vez más guapo, – alimentado, viviendo de alquiler, vestido por una prostituta de la calle Neuve des Martyrs que le habría lamido sus zapatos antes que dejarle allí una mancha de barro,– se convirtió en el encargado de accesorios en el teatro de la Torre de Auvernia, oyó repetir *Britannicus* y *Fedro*, estudió él mismo papeles trágicos, toda la velada, dando los cien pasos por un salón mientras que la prostituta iba y venía por el otro, – Hipólito al mismo tiempo que Polito, – y acabó por dar la réplica, una mañana, en el cuarto acto de los *Hijos de Eduardo* a los alumnos del Sr. Martel. Fue esa misma mañana cuando la anciana Adela Feluriot vio por primera vez a Narciso Dangerville, – un apellido cuya mitad había tomado de la mitología del Tintamarre y la otra en un

antiguo melodrama, del mismo modo que mezclaba antes los cigarros bajo las mesas de los cafés.

II

Ella había sido ilustre y bella, ¡admirada y adorada! Era Adela Fleuriot, quien, durante treinta y cinco años, había prestado las poderosas vibraciones de su voz y el encanto ardiente de su belleza a las jóvenes mujeres enamoradas de las tragedias y el drama. Sustituyó a Georges e igualó a Dorval. Salía de ella una pasión que envolvía, atenazaba, dominaba, domaba a las multitudes; y, como esta pasión no era de aquellas que las señoritas con porvenir aprenden en el Conservatorio y que las elegantes socias de la Comedia Francesa cuelgan, por la noche, tras la representación, en el armario de los trajes, con el peplum azul de las grandes reinas griegas o el vestido de brocado blanco de las esposas españolas; como ella estaba devorada en efecto por llamas con las que os incendiaba, se volcó también perdidamente en la vida como en el teatro, en todos los lujos y en todos los amores, en todas las alegrías y en todos los dolores.

Aceptando a quien la quería, prefiriendo a quien la adoraba, amante de diez banqueros millonarios y de veinte estudiantes pobres, siempre enriquecida y siempre arruinada, fue, durante treinta y cinco años, – ¡ni un cabello gris!, ¡ni una sonrisa deformada en arruga! – la desenfrenada y magnífica enamorada, prodiga de si misma, insaciable de entrega; y París, extasiado con la comediente y estupefacto con la mujer, perdonaba a Adela Fleuriot, admiraba casi en ella los transportes de la lujuria, idealizados por su bagaje artístico.

Pero, de súbito, – con la brusquedad de un cambio de opinión - llegó la vejez y la fealdad. Esa belleza se desvaneció, esa gloria se hundió. No hubo crepúsculo: la noche llegó de pronto. La opulencia de su gracia y su blancura de nieve cálida se deshicieron en una obesidad blanda e irritante, donde los brazos se abandonan, pesados, donde el pecho se cae, donde el labio pende como un trozo de carne pálida, donde los ojos, gruesos, gotean bajo los pesados parpados que no se levantan hinchados de grasa. Y con la fealdad, la pobreza. De las representaciones a beneficio que no pagan las deudas. Los muebles vendidos; un apartamento en un quinto, sobre un patio. Luego, el olvido casi. «¿Adela Fleuriot? ¡Ah! sí; ¡parece que tuvo mucho talento y que era muy bella!» Y, como nadie escapa a las leyes fatales, iba a buscar alimento para su gato esa mañana al mercado de los Batignolles, en bata de lana sin corsé, completamente colgando, y llevando en su brazo, por continencia, un capacho de tapicería, donde había un fular amarillo manchado de viejos lamparones y un sucio juego de cartas que había comprado de saldo en una cervecería.

¡Pero ni la artista ni la apasionada habían muerto en ella! Viendo tan joven y tan guapo a Narciso, y escuchándole recitar los versos con voz clara y fina, sintió todo su viejo ser estremecerse, y se levantó, la cortina cayó, y corrió sobre la escena, y saltó al cuello del chico, y se lo llevó como una loca.

III

¡Sería un gran actor! Así lo había decidido ella. Lo había instalado en su cuchitril, lo obligaba a leer, a trabajar. Él era guapo, tenía una hermosa voz, ¿qué le faltaba? la pasión y el arte; ella le comunicaría la una y le enseñaría el otro. Narciso, asombrado al principio, pero comprendiendo la utilidad de esas lecciones, se dejó hacer, con un aire de aburrimiento sin embargo, sin una palabra de agradecimiento, mirándola alguna vez

con aspecto duro. Ella no se preocupaba por eso. Había que aceptarlo como era; si se mostraba un poco frío no era culpa suya: era su naturaleza; en el fondo debía ser bueno. Y además ¿que importaba que tuviese o no gratitud? Una furiosa necesidad de sacrificio la había tomado, la poseía como nunca. Ella era una profesora con abnegaciones de madre; todo el día; – y, a veces, bien antes de anocheecer, – le daba, con una paciencia apasionada, su saber, su alma, su genio, como una nodriza da su leche. ¡Ah! ella triunfaría! ¡haría de él un artista soberbio y glorioso! Es cierto que esperando, – en el piso no había más que una cama – lo había hecho su amante.

Ese donaire y esa fealdad, ese chico de veinte años y esa sexagenaria, juntos, era algo odioso. Ella era inmunda por haberlo querido, abyecta por haberlo tomado; él se había dejado hacer, todavía, tranquilo, con aire fatuo. Acoplamiento monstruoso. ¡Pero y qué! ¿Acaso todos los corazones son viejos en los pechos ancianos? Sí, ella tenía sesenta y un años, y sus cabellos eran grises, y había roto el espejo de su baño para no ver sus arrugas; ¡pero amaba, adoraba! Ella era así. No podía evitarlo. ¿Dónde estaba el mal? Eso impedía a Narciso a correr hacia las malas muchachas. Y no tenía quejas. Menos joven, se pueden dar caricias más sabias, más desinteresadas. Luego, finalmente, él estaba en ella, en ella sola, nadie tenía nada que decir, y ella podía bien pedirle un poco de alegría a cambio de tanta devoción.

Pero a él no le bastaba que lo instruyese y que lo amase; era indispensable hacerlo feliz esperando que fuese ilustre: no se trabaja bien cuando uno se aburre. Como era un gourmet, como era presumido, –¡cosa natural a su edad! – había que darle bien de cenar, comprarle bonitos trajes. Tampoco podía renunciar a tener dinero en el bolsillo. Por desgracia ella no tenía dinero. Los cajones vacíos, nada en los armarios. Pidió prestado, mendigó. Salía por las mañanas, deambulaba por la ciudad, iba a casa de los directores de antaño, a casa de los amantes de tiempos pasados, esperaba en las antesalas donde su traje manchado de barro asombraba de tal modo a los criados, que con mucha frecuencia no era recibida; algunas veces obtenía cien francos, o un luis, o una moneda de cien céntimos, regresaba de prisa, sofocada, rota, arrastrando por el fango sus botines gastados, no tomaba el ómnibus porque con seis céntimos podría comprar algo más, alguna exquisitez que gustaría a Narciso; regresaba, ponía la mesa, iba a despertar al joven, y le dirigía una vieja risa diciendo: «Te he traído dos codornices, es un poco caro, ¡pero puesto que a ti te gustan!» Al mismo tiempo le mostraba una bonita corbata rosa que había encontrado en su camino, en una tienda de saldos. Generalmente él no encontraba la corbata a su gusto. En la mesa, – «estas codornices no son frescas », decía, – ella no comía, aunque muriese de hambre; pensando en la comida de la noche. Y, jamás, durante cuatro años, él le dijo: «¡gracias!» Un «no está mal» raramente. Él lo aceptaba, como juzgando que ella estaba obligada a ofrecer. Algunas veces incluso era feroz. Cuando quería salir y cuando necesitaba dinero para ir con compañeros y ella había regresado sin un centavo, él le hablaba duramente, la injuriaba. «¿Por qué había venido a buscarlo? ¡Ah! él se pasaba por el forro sus consejos y lecciones. ¡Probablemente habría encontrado otro profesor con el talento que él tenía! Además, esas lecciones las pagaba bastante caras, ¿no? dejándose besar por ella. ¿Acaso se creía apetitosa?» Una vez él la golpeó porque ella había dudado en darle su ultimo traje que él quería empeñar en el monte de piedad. Pero no se quejaba; sonreía incluso golpeada: «Él tenía razón, hay que divertirse cuando se es joven;» y no lloraba nunca, más que cuando él no estaba allí. ¡Cuatro años de absoluto sacrificio, de abnegación perfecta y sublime! Una noche que ella le había dado cinco francos para ir a cenar al restaurante, – cinco francos robados tal vez, – alguien la encontró sobre el bulevar Rochechouart, en harapos, enclenque, flaca, pues había adelgazado; caminaba en zigzag, con aspecto de

estar ebria, se detenía a veces ante uno de los pequeños árboles. El que la había encontrado se aproximó y la observó: ¡arrancaba la corteza del árbol y se la comía!

IV

Contándome esta abominable historia, Adela Fleuriot sollozaba. Yo le pregunté:

–¿Y ahora?

–¡Ahora es famoso! – dijo levantando alegremente la frente. Ha debutado en la Comedia Francesa hace dos años, ¿lo recuerda usted? ¡Qué éxito! Se decía: Es Talma joven. Mi alegría... no, usted no se lo puede imaginar. Cuando fue llamado a escena por tercera vez, me ha parecido que iba a morirme de felicidad. Yo reía, lloraba, estaba loca. ¡Ah! tuve un poco de miedo también, porque, esa noche no pude besarlo. Él estaba en su camerino con una mujer; no podía dejarme entrar. Luego, después se ha portado mal conmigo aún; jamás quiso recibirme en el apartamento que había alquilado. Solamente viene a mi casa, alguna vez, cuando tiene necesidad de dinero.

–¿Necesidad de dinero?

–¡Eh! sí. Todo no es de color de rosa en los comienzos, incluso cuando se tiene éxito. ¡Los teatros pagan tan poco al principio! En fin él está a menudo apurado. Entonces se dirige a mí, naturalmente, y yo hago lo que puedo. Esos días estoy muy contenta. Pero es sobre todo cuando hace galas por provincias cuando se encuentra con problemas, de vez en cuando. Fíjese, en este momento está de vacaciones. Da unas representaciones en Burdeos. ¡Oh, tiene mucho éxito! pero la temporada es mala; se ha visto obligado a escribirme que no leerá más aquellas de mis cartas en las que no haya dinero en su interior.

Yo tuve un escalofrío.

–Le aseguro que eso me da mucha pena, pues, mire usted, en las cartas que yo le envío, pongo todo mi cariño, toda mi vida; y lo que le escribo lo haría pensar en mí con un poco de piedad y de dulzura. Felizmente he encontrado un medio cuando no tengo un billete de banco que meter bajo el sobre, yo cargo igualmente la carta, y, de este modo, comprende usted, él se ve obligado a abrirla.

– Pero tal vez no la lea.

–¡Oh! sí – respondió ella con una sonrisa en la que había gratitud; – cuando se ha tomado la molestia de abrirla, la lee, porque en el fondo es bueno.

ROSA FLAMAN

I

Hacia el final de la cena, alguien, bajando la voz, preguntó a una de las mujeres:
–¿Qué le ocurre a Rosa Flaman esta noche? Rie con furor; y, riendo de ese modo muestra sus dientes que parecen querer morder.

La mujer se echó sobre la espaldera de su silla y respondió tras el abanico:

–¿Cómo? ¿No lo sabe usted? Su amante ha sido condenado hoy por la audiencia. Eso la pone nerviosa; y además ha bebido para aturdirse.

Rosa Flaman la oyó. Llenó de chartreuse verde un vaso que vació de un solo trago; y con los codos sobre el mantel, las manos en los cabellos y las uñas en la piel de las sienes, muy roja, sudorosa, con los ojos desorbitados, – sin embargo bella, pues ninguna emoción podía alterar el perfecto esplendor de su rostro – se puso a hablar violentamente, como en una borrachera de feroz alegría.

«¡Eh! sí, condenado. A veinte años de trabajos forzados. Veo que está usted enterada. ¿Y qué? ¿Acaso soy culpable de lo sucedido? Si alguien debe lamentarse soy yo. Me he comprometido por culpa de ese imbecil. Se me ha hecho ir a declarar al jugado de instrucción. Me he salvado por los pelos. Y se me ha obligado a comparecer ante la corte para testimoniar. Era divertido, en un asunto como ese. También he declarado tanto como he podido, y por prudencia. Señora, comprenda usted, la caridad bien entendida no comienza por los demás. Él me ha dejado decir, no se ha atrevido a desmentirme. Volvía la cabeza, enrojecía, casi lloraba. ¡Un niño! ni dos centavos de carácter. ¡Uf! se ha acabado. Veinte años. No volveré a oír hablar de él. Pero usted verá como este asunto me ha de perjudicar. En París hay muchos prejuicios. Están los extranjeros que felizmente no saben. Es igual, me sacarán los colores cuando se me reproche ser la amante de un artista.

«Le contaré toda la historia.

«Hace cinco años, cuando Valentin vino a mi casa por primera vez era muy joven. Creo que ya era famoso. Hacía estatuas, grupos, en mármol y bronce; mujeres desnudas y hombres con cascos, que levantaban sus brazos para batirse. Gladiadores, como se dice. Hacía también grabados – unos cuadros sin color según otros cuadros. A causa de todo esto se hablaba mucho de él, se le habían concedido medallas en la Exposición. Yo

no lo conocía de nada, pero él me explicó su posición enseguida. Me dijo también que yo era bella como ninguna; que, por haberme visto en la Puerta de San Martín donde yo representaba entonces el papel de la hada Aventurine, – con un elegante vestido, ¿lo recuerda? – se había vuelto loco. Y frases como esta: «Yo, como artista os admiro, como amante os adoro.» En definitiva que yo era su ideal. Y si quería servirle de modelo a menudo y amarle alguna vez, él sería el más grande de los escultores y el más feliz de los hombres. ¡Ah! si hubiese podido prever el final...lo pondría de patitas en la calle sin duda.

«Las primeras semanas no me aburría demasiado. Iba a su taller casi todos los días antes del paseo por el Bosque, y posaba sobre un estrado de terciopelo rojo, para una Venus guerrera, al menos eso decía. Nada más que mis cabellos, y un escudo en la mano izquierda. ¡Agotador! Pero yo estaba halagada – ¡hay que ser tonta! – oyéndole exclamar que yo era más perfecta y más triunfal que las diosas de la antigüedad, como los héroes, durante diez años, se hubiesen matado entre ellos por una mujer que no hubiese sido digna de mezclarse siquiera con la multitud de mis sirvientes. Alguna veces se levantaba, se abalanzaba hacia mí, me tomaba en sus brazos duros y sucios de arcilla, – a mí no me gustaba mucho eso porque ante todo soy limpia, – o bien se arrodillaba, con los brazos elevados hacia el techo, los ojos anegados en lágrimas, en éxtasis, recitando frases como en las tragedias. Yo reía, él no era como los demás. Luego debía exponer la estatua, y me había prometido que citaría mi nombre en los periódicos.

«En resumen, durante dos meses, fue bastante amable. Pero he aquí que una noche se decidió a ir a mi casa sin advertírmelo. Precisamente yo estaba con un caballero de Bruselas, – un magistrado que venía a hacerme una visita durante las vacaciones. ¡Usted hubiese tenido miedo, se lo aseguro, si hubiese visto a Valentin! Completamente pálido, con los ojos enrojecidos; y su pecho latiendo como el de los actores en los dramas. Levantó una silla y la hizo oscilar en el aire, con furia, silbando, con los dientes apretados: «¡Salga, señor, salga!» Naturalmente el belga no articulaba palabra; pero no encontraba su sombrero, que estaba detrás del tocador. Por fin puso la mano encima y se fue; tan solo antes de partir me miró con aspecto piadoso y me dijo que lamentaba mucho que yo tuviese semejante relación, que no resultaría nada bueno de eso. ¡Cuánta razón tenía!

«Yo había estado sentada durante todo el rato y además no quería hacerle una escena delante de todo el mundo. Pero cuando quedamos a solas le dije todo lo que tenía en el corazón; que su conducta era ridícula y que era un maleducado; que me había dado dos o tres mil francos en dos meses, y que una mujer no vive del aire todo el tiempo; que eso no era suficiente renta por posar para la Venus guerrera, y que no podía alejarme de personas que eran serias por agradar a un artista. En fin, todo lo que debía decirle. Pero él, durante todo ese tiempo, lloraba con cálidas lágrimas, – como ante los jueces esta mañana; ¡siempre como un auténtico niño! – y acabó por responderme, mirándome tristemente: «Eres muy infame, – ¡menudo cara dura! – pero te adoro, y no podría existir sin ti. A partir de hoy me hago cargo de todas tus necesidades. A Dios gracias gano bastante dinero para que no tengas necesidad de engañarme.»

«De dinero, sí, no andaba mal, ganaba bastante. Y debo decir, – pues ante todo soy sincera – que se autocompadecía mucho. Como no es fácil vender estatuas, se puso a trabajar para el comercio; hacía dibujos para relojes, lámparas, candelabros. Por las noches, toda la noche en alguna ocasión, hacía grabados para los vendedores de estampas y para los periódicos. En definitiva, con que pagar la renta del apartamento donde me había llevado a vivir con él, y con que comer. Pero, yo se lo pregunto a usted, ¿es que yo podía vivir así? ¡Yo había tenido coche! y, ahora, cuando salía, taxis. Así,

vestida como una burguesita. Poco a poco me iba decepcionando con él. Porque veía perfectamente que era un egoísta, y que no me amaba. Si en realidad me hubiese amado ¿no se le hubiese destrozado el corazón viendo que yo no tenía más que tres o cuatro vestidos y que llevaba sombreros de cincuenta francos? ¿Es que no hubiese comprendido, sin que nadie se lo dijera, que yo era demasiado joven y demasiado hermosa para continuar viviendo de ese modo? ¡Eh! Dios mío, habríamos podido ser amigos; él podría venir a verme de vez en cuando. Pero no, él me quería toda entera, para él en exclusiva; y le daba igual que yo fuese desgraciada como las piedras. Incluso alguna vez se lamentaba de verse obligado a hacer «oficio», como él decía; de haber renunciado al arte. En fin, reproches. ¡Eso era demasiado! ¿Es que yo no había renunciado a nada? ¡Ah! los hombres son todos iguales. Encuentran perfectamente natural que una se sacrifique por ellos, pero cuando les llega el turno de hacer algo por nosotras, el más pequeño de los sacrificios, ¡nos lo echan en cara alegremente! Al final su ingratitud me encolerizó, y, una vez en la que me había dado dos billetes de quinientos francos para pagar a mi costurera, – me había dicho: «¡los últimos!» con aire de echarlos de menos, – a fe mía que estallé; le arrojé en las narices, claramente, que un hombre es un canalla cuando conserva a una mujer sin tener con que hacerla feliz; que se molestaba mucho por dos billetes de banco; que si no tenía mas podía conseguirlos puesto que era grabador; y que decididamente yo tenía bastante con arrastrar la miseria para sus bellos ojos. ¡Creí que me iba a matar! «¡Miserable!» gritó, y me arrojó por la escalera, empujándome por los hombros. Un día señor, como ve usted. Pues, veamos, los hago a ustedes jueces, ¿que había dicho yo fuera de lugar?

«A raíz del incidente creí que me dejaría tranquila, que me había desembarazado de él. ¡Ah!, sí. Yo debía ser su víctima hasta el final.

«Una buena mañana – yo vivía en la calle Saint-Georges desde hacía quince días, – él cayó en mi recibidor en el momento en el que yo ponía mi sombrero para ir de compras; se arrojó a mi cuello, sollozando y besándome, y me gritó: «¡Haz tus maletas! Partimos para Italia esta misma noche! Fíjate, fíjate, mira, ¡soy rico!» Había extraído de su bolsillo un gran billeteo y lanzaba por el aire fajos de billetes. ¡Ustedes piensan que me sorprendí! «¿Has heredado, mi pequeñín? – ¡Eh! no, respondió estallando en una risa maliciosa; tú me has aconsejado hacer billetes de banco y yo los he hecho » Naturalmente no creí ni una palabra de lo que me contaba. Yo había dicho no sé qué, en el fragor de la discusión, quince días antes; ¿es que eso significa algo, una palabra dicha así, al azar? Con toda seguridad él había heredado. Y además yo no tenía razones para investigar de donde provenía su dinero. ¡Eso no era de mi incumbencia! No se debe ser indiscreta. Me senté sobre sus rodillas y le dije al oído que estaba muy contenta de verlo en una actitud tan razonable; se había dado cuenta, – mas valía tarde que nunca, – que hay que ser rico para amar a mujeres como nosotras; enhorabuena; y, como yo nunca había sabido decirle no, como siempre hacía sus cuatro voluntades, estaba dispuesta a partir con él. ¡Ah! durante tres años, por Italia y Austria, fue una bonita vida, ciertamente! ¡Éramos un príncipe y una princesa de viaje! Únicamente Valentin me irritaba porque siempre me arrastraba por todos los museos y, a menudo, permanecía días enteros alicaído y taciturno sin decir una palabra. Pronto deseé regresar a Paris. Me procuraba mucha alegría la idea de que, rico como era, me compraría un palacete, caballos, coches. ¡Triste desilusión, hijos míos! No hacía veinticuatro horas que estábamos en Paris cuando Valentin fue arrestado en la calle. ¡Un falsificador! ¡era un falsificador! Había puesto en circulación, en Francia y en el extranjero, unos trescientos mil francos en billetes falsos. La herencia no era más que una tapadera. Me había engañado indignamente. Y el muy animal quería arrastrarme en su delito. Todo lo que

yo sabía al respecto se lo he dicho a los jueces, y ¡él ira a presidio! Ustedes me dirán que no lo ha robado.»

Cuando Rosa Flaman hubo acabado este abominable relato, los hombres se levantaron; y las mujeres, asimismo desconcertadas, buscaban sus abrigos sobre la consola, en silencio.

Sin embargo, uno de aquellos que había cenado, – un extranjero, un ruso – preguntó:

– Ese Valentin, señora, ¿es Valentin Lignerac?

– El mismo, Lignerac.

–Un gran artista! Siempre he deseado poseer alguna de sus obras.

–¡Eso es fácil! exclamo Rosa Flaman con la mirada encendida. Tengo en mi casa dos estatuillas que me ha hecho hace tiempo; un Dafnis y una Cloe. Me gustaría vendérselas si usted les pone el precio. Sepa usted que me ha costado bastante conocerlo por lo que finalmente algo debía reportarme.

EL MARIDO DE LEO

Tiene usted que conocer a ese hombre, – no personalmente, ¡por Dios! – y lo desprecia. Le digo que también hay que compadecerlo. Pues aun siendo el más abyecto de los monstruos, es al mismo tiempo el más torturado de los mártires. Aprisionado, aplastado, mordido, como entre dos planchas de un torno por dos pasiones igualmente implacables, su especie de horroroso corazón revienta y sangra. ¡Ah! ¡el infame! ¡el desdichado!

I

¿Leonia o Leonor? ¿tal vez Leopoldina, o Leocadia? No se sabe a ciencia cierta. Es Leo como se la llama. En todas partes. En los bulevares como entre bastidores, en los carteles que anuncian sus actuaciones como en las notas que le proponen citas. Y ese nombre salvaje y bonito, exótico y parisino, que ruge al reír, añade a su traviesa y encantadora persona no se sabe que toque especial; es como, en carnaval, un tocado con penachos de guerrero salvaje sobre los cabellos desordenados de una joven muchachita.

Siendo adorable es adorada. Tan mimosa, inclinando la cabeza, cerrando a medias sus tiernos ojos, hinchando su pequeño cuello torneado, mostrando a la altura de los hombros las palmas rechonchas de sus manos con hoyuelos, tiene un modo de cantar en falsete las picardías más estúpidas, que extasía el libertinaje de los tontos; se escucha, desde la orquesta a las terceras galerías, un estremecimiento sordo de placer, se ve enrojecer suavemente, como una mejilla de virgen, el mármol liso de los cráneos más calvos, cuando, tras haber atravesado la escena hacia atrás con pequeñitos y saltarines pasos de un ratón que trota, se gira con un revoloteo de falda, y ofrece a todos, un poco inclinada, la exquisitez de su tonta sonrisa.

Al objeto de ver más de cerca esa sonrisa, unos hijos de buena familia han firmado letras de cambio con el apellido de su padre o de su tío, viejos gentilhombres han vendido la tierra y el castillo que constituían la dote de su hija, vendedores de grano han hecho en sus libros contables tachaduras que el juez de instrucción no ha pasado por alto, príncipes y reyes obsesionados por el recuerdo de una fotografía han afrontado la estancia en una capital republicana. Y todo porque la pequeña Leo, famosa e incluso ilustre, – ¡pues tuvo un día la gloria de proporcionar una rima a un poeta! – vive en un

palacete de mármol rosa té, construido por el mismísimo Charles Garnier; acostada entre cortinas de alençon, sobre colchones de seda griega – pues la seda griega es más mullida – que se recoge para ella sola en las sederías de Mikado; lleva un solo día los trajes que un modisto de genio se ha dedicado seis meses a concebir y seis semanas a hacer confeccionar; se pasea, con un perro escocés sobre las rodillas, transportada por tres rocines ungidos a una calesa con sus armas grabadas en la portezuela, -un bonito jarrón de rosas deslumbrantes, con esta divisa: *Caleo*; no paga nunca menos de cinco luises los ramos de dos centavos que le ofrecen las pequeñas floristerías del Bosque de Bolonia, y no cuelga de sus orejas diamantes del Cabo o dudosos rubís, sino milagrosos racimos de perlas rosas o negras que podría perder sin tristeza, pues con toda seguridad le serían de nuevo entregadas, como a la Sra. Judic, por alguna vieja valiente mujer, con tocado de india, en zapatos de clavos que vende en la calle Marcadet, en un carromato, el pescado de Policrates.

Si esta existencia la divierte o simplemente le interesa todo el mundo lo ignora; tal vez ni lo sepa ella más que los demás; ella se abandona, eso es todo, con una indolencia irreflexiva, con una ingenuidad sonriente, que nunca ha pensado que se podría decir que no. ¿La hubiese elegido ella? Es posible pero dudoso. Ha dejado actuar al azar y a su marido.

Sí, a su marido.

¡Es él quien quiso que Leocadia fuese Leo!

Es él quien trata con los directores de los teatros, prometiendo faldas más cortas a cambio de emolumentos más sustanciosos; quien alquila las primeras filas para enviarlas a los extranjeros ricos que les son indicados por los botones de los hoteles; quien se pone en contacto con los mensajeros de las altezas que están de paso y habla con el portero del teatro y con las viejas encargadas de traer ramos o joyeros; quien se informa, decide lo que hay que hacer, responde a las cartas cuando eso es útil, pues ha aprendido a imitar la escritura de su esposa, demasiado tonta para rechazar a los vacilantes que, poco a poco, prometen, y, además, absolutamente carente de ortografía; es él finalmente quien, tras haber fijado el precio, consiente en las visitas, asigna las citas, autoriza las cenas indicando los restaurantes que le pagan por ello comisiones.

Y sin embargo, ¡escuche bien esto! a esta mujer que él ofrece y que vende, a esta mujer que él pondría en subasta si hubiese un hotel Drouot para los labios rosas y para los bellos hombros, la ama. ¡Le digo que la ama! y es terriblemente celoso.

II

Anteayer, un poco después de medianoche, el marido de Leo iba y venía a lo largo de las casas por la avenida de Penthievre. Se detenía por instantes frente un hotel donde dos ventanas, en el primer piso, estaban iluminadas, completamente rosas. Entonces, golpeaba con el pie violentamente, llevaba a su boca los dos puños cerrados que mordía. Pasando por allí, usted habría visto, bajo el mantel de la suave luz que se filtraba por las ventanas, los convulsos gestos de cólera sacudirle la piel de la cara, y gruesas lágrimas, a sobresaltos, fluir de los ojos. De pronto, tomándose la cabeza con las dos manos, sollozaba, con el pecho oscilando violentamente. Luego se ponía a dar cien pasos, con la frente baja, y retorciendo sus dedos entrelazados.

Hacia las tres de la madrugada, un hombre salió del hotel. El marido de Leo se precipitó, se hizo abrir a reiterados toques de timbre, con la puerta apenas abierta, subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera y entró furiosamente en la cálida y clara habitación nocturna, donde su esposa, en camisón, con los cabellos despeinados, se miraba los dientes en el espejo, entre los temblorosos reflejos de las velas.

Corrió hacia ella, la tomó por los hombros y gritó:

–¡Miserable! ¡eres una miserable! Por tu culpa sufro como un condenado. ¡Te odio! Quisiera ahogarte, estrangularte, destrozarte. ¡Oh! ¡te mataré, debo matarte!

La sacudía, con los músculos de la cara distorsionados y la rabia en los dientes.

Ella sonrió, – ¡su bonita sonrisa de comediante! – apartó con una mano los cabellos que le caían sobre los ojos, y, con la otra mostró un pequeño billetero en cuero ruso en un rincón de la chimenea.

Él lo tomó, lo abrió, contó algunos billetes de banco, los metió en el bolsillo de su pantalón; luego, caído de rodillas, desfalleciente, herido, con un temblor en todo el cuerpo, se derrumbó con lágrimas desesperadas.

–¡Oh! ¡es horroroso! ¡Leo, mi Leo! ¡Si supieses lo que sufro! ¡Te amo tanto! Y decir que un hombre estaba ahí, hace un momento, que te tenía entre sus brazos! ¡Que velada! ¡Qué noche! Estuve esperando abajo, ante la puerta. Me parecía que tenía garras de una bestia por todas partes, que me desgarraban el cerebro, el corazón, el vientre. Es increíble que se pueda soportar esto sin desfallecer. Y tú no lo lamentas, no me consuelas. Yo quisiera encerrarte, sola para mi, en un agujero en el campo. Observando a los demás mirarte, en el teatro, cuando tienes los brazos desnudos, me vuelvo loco. Y esta noche, en esta habitación.... ¡Oh! ¡Dios mío! No es posible vivir así. Quiero ahogarme, arrojarme de un cuarto piso. ¡Soy demasiado desgraciado! ¡Mejor morir, morir, morir!

Y, subido a un sillón, con las uñas en la tela, golpeaba con la frente el brazo esculpido del mueble, golpeando para romperse el cráneo.

Pero a pesar de la sinceridad de esas abominables angustias, él la venderá mañana, como la vende hoy, como ayer la ha vendido. ¡Porque ama tanto el dinero como a su mujer! Porque siempre le hace falta, siempre; porque, teniendo tres casas, quiere seis, y habiendo comprado bonos el quiere acciones. ¡Al mismo tiempo que celoso es avaro! Cada vez que él la vea sonreír a un amante, sentirá unas tenazas oprimirle el corazón y dirá a Leo que sonría aún; cada vez que la vea salir para ir a una cita, toda su sangre, de un brinco de cólera o de desesperación, le subirá al cuello hasta sofocarlo, y le dirá a Leo: «¡Vete!» ¡Oh, monstruo implacable castigado por si mismo! Y ese suplicio durará hasta el día, tal vez cercano, donde, turbado por haber entregado una vez más a aquella que es tan bella y que quisiera par él solo y que adora tan perdidamente, ¡se meterá una bala en la cabeza! Pero, la víspera, para comprar el revólver, habrá prostituido una vez más la querida sonrisa boba de su pequeña Leo.

LA SEÑORA DE PORTALÈGRE

¡La peste es temible, desde luego! Pero para todas las casadas y todas las solteras, la Señora de Portalègre es cien veces más temible que la peste. ¿Estás casado? Pues bien, escucha y sigue estos consejos: si estando en la Opera con tu esposa, ves entrar a la Señora de Portalègre en un palco vecino, levántate, pide los abrigos y sal inmediatamente del teatro, sin permitir incluso a aquella que lleva tu apellido echar un último vistazo a la sala; en el Bosque de Bolonia, si observas que el coche de la Señora de Portalègre sigue demasiado de cerca a aquel en el que tú te encuentras sentado al lado de tu esposa, no vaciles, ordena al cochero: «¡A casa! ¡aprisa! ¡a casa!» y si un día, entrando en tu casa, encuentras a la Señora de Portalègre riendo y cuchicheando con tu esposa, en el salón, entonces, ¡oh marido! olvida todas las conveniencias, repudia todas las cortesías, y, brutal como un carretero ebrio, toma a la Señora de Portalègre por el brazo y flanquéale la puerta: esto te hará pasar por un mal trago, ser expulsado de tu círculo, de tener cuatro duelos en ocho días; pero podrás al menos creerte más o menos seguro, – más o menos, pues no se puede jurar nada, – de que tu esposa no irá, al día siguiente o esa misma noche, a cenar en bella y mala compañía en algún cabaret dorado, y no inscribirá su nombre entre los de Anatoline Meyer y de Rose Mousson, sobre los espejos de un reservado particular, esos registros nocturnos de las adúlteras en el champán.

Pues los contagios emanan de la Señora de Portalègre como un perfume sale de una rosa.

Además se muestran tan perversas como ella. Ser desenfrenadas y depravadas: engañar a sus maridos y a sus amantes, arruinar a los unos, luego a los otros; no es sorprendente que una gran dama se prenda de su criado, ni de pálidas muchachas, morenas y pelirrojas, que se hablan en voz baja en los pequeños teatros, detrás de los tresillos de los palcos, mirando girar bajo la luz eléctrica los maillot rosados de los bailarines; tener curiosidades extrañas, y satisfacerlas: esperar en coche, durante la noche, después del estreno de una revista, ante la puerta por donde salen los artistas, una respuesta a algunas señas o a alguna carta, entrar, con el velo levantado, en los salones donde se marchita sobre la chimenea un ramo que ellas han enviado la víspera, saber direcciones de antros que se le han dicho en voz baja, y que ellas a su vez dicen al cochero en voz alta; eso, entre otras cosas, pueden hacerlo, como la Señora de

Portalègre. Pero no hay una que sea en igual grado tan peligroso y fatal. ¿Por qué? porque ella es adorablemente elegante y bonita, preciosa y exquisita; porque lleva uno de los más hermosos apellidos de Francia y tiene cuatrocientos mil francos de renta y un millón de deudas; porque, bajo uno de los últimos reinos, tan joven entonces, inventando placeres y fiestas, realizando quimeras, poniendo todo su poderío al servicio de todo deseo, ella fue una de las dos Amigas, – la otra era la Señora de Soïnoff; porque ella es todavía la más deliciosa al mismo tiempo que la más vil, ¡la más ilustre a la vez que la más infame!

La Señora de Portalègre es el mal ejemplo, encantador, deslumbrante, célebre, – irresistible.

Además, tiene de horroroso que no es consciente de su poder; ella lo conoce y se divierte ejerciéndolo; ha deseado el mal que provoca. Tal vez una cólera de sentirse culpable, – ¡pues no hay conciencias completamente muertas! – la empuja imperiosamente a querer que todas sean tan culpables como ella. Despreciándose, tiene necesidad de despreciar a las demás; corrompida, corrompe para tener semejantes. Cada caída que provoca la consuela de haber caído, apacigua el vago remordimiento que tiene. «¡No podía ser una mujer decente, puesto que no hay ninguna mujer decente!» Ella se justifica por el crimen de las demás, y su ignominia le proporciona una especie de honor.

I

Un día del invierno pasado, hacia el mediodía, regresando de no sé qué ceremonia en la iglesia de Saint Philippe du Roule, estaba sentada ante la chimenea, calentando sus pequeños pies en las brasas, con la cabeza apoyada sobre la seda del sofá, retirando sus largos guantes con un gesto cansino y soñador.

Arrodillado, cerca de ella, con los codos en los brazos del sofá, el Sr. de Lurcy-Sevi la miraba de cerca, encantado al ver temblar bajo su aliento la pequeña gargantilla de oro blanco que ella tenía bajo el mentón.

Sin levantar la cabeza ella dijo con voz lenta de quien se aburre:

– ¿Era la Señora de Lurcy-Sevi, verdad, esa mujercita delgada, bastante bonita, vestida de negro, que estaba sentada en uno de los bancos de la iglesia?

Él respondió, irritado, frunciendo el ceño donde aparecieron unas arrugas:

–Sí, era ella.

Entonces ella se levantó violentamente, tomó un jarrón japonés sobre la chimenea y lo rompió en veinte fragmentos contra la cabeza de león de uno de los grandes morillos de cobre.

– Pues bien, mi querido Raul, ¡hay que acabar hoy mismo! Concédame el placer de salir de mi casa y no volver a poner los pies en ella.

Él pensó que ella bromeaba pero estaba muy pálida, con la mirada dura, donde se vislumbraba la ira, y, como él la adoraba, tembló, fue cobarde.

–¡Oh!, dijo, siempre arrodillado y tendiendo los brazos hacia ella, me dice usted esto para darme miedo, ¡estoy seguro! Usted no es celosa, es imposible que sea usted celosa. Usted sabe bien que yo no amo a mi esposa, puesto que desde hace tres años todo mi amor es para usted. Créame si le digo que yo apenas conozco a la Señora de Lurcy-Sevi, que jamás la he mirado, – ¡como te miro a tí! ¿Dice usted que es bonita? es posible; no lo sé. Era una niña cuando nos casaron. Ella no podía amarme, tan joven, y yo, yo ya la adoraba a usted, pregunte, no se lo impido. La habitación de mi esposa y la mía están separadas por las restantes habitaciones. Yo le hago alguna visita de vez en cuando en el salón donde ella recibe amigos que no son los míos. Y yo ceno en el

circulo, y paso allí mis veladas, cuando usted no me abre su puerta. Reflexione en todo eso y no me despida, no me rompa el corazón. ¡Es usted tan cruel haciéndome daño como loca al estar celosa!

Ella iba y venía por la habitación, crispando sus largos y frágiles dedos.

–¡Odio a su esposa! y, por culpa de ella lo detesto a usted. ¿Por qué se viste de negro, y de un modo tan simple, como una burguesa de luto? Usted es rico sin embargo y ella podría tener los vestidos de su mundo. No vestidos de diez luises. Como una esposa de empleado. Y ni un diamante. ¿Por qué? ¡Eh! yo lo sé muy bien: porque ¡yo soy la mujer mejor vestida de París, y yo tengo cien mil francos en joyas!

Él al principio no comprendió. Respondió:

–La Señora de Lurcy-Sevi tiene gustos muy sencillos...

– ¡Que hacen destacar mis gustos caros y lujosos! ¡Ah! el juego que ella practica no es la primera vez que lo veo. Ella es victima, se resigna. Confiese que jamás se queja, que solamente está un poco triste, con unas sonrisas lánguidas y la mirada baja? Y siempre, en sus labios la misma cantinela: «Como usted quiera, amigo mío» Estoy segura. Ella se humilla, ella, su esposa, para humillarme a mí, que soy su amante. ¡Quiere tener el mundo para ella! el plan está claro. Cuando más yo brillo ella más se apaga. Lo contrario de lo que yo hago lo hace ella para que se establezcan comparaciones. Por la mañana va a misa, mientras yo paseo por el Bosque. A la hora en la que pruebo vestidos en casa de mi modisto, ella hace sus visitas de caridad en los barrios pobres. ¡Va a vísperas, el domingo del Gran Premio! y como todo el mundo sabe que yo salgo del baile a las tres después de medianoche, ella se acuesta desde que el sol se pone, tras haber rezado sus oraciones ante su sirvienta. Además tiene pocas relaciones en la alta sociedad. Viejos amigos solamente, amigos de su familia, que van a cenar con ella una vez por semana, –¡qué cenas! ¡tan ordinarias como en una pensión! – y que se retiran muy temprano tras haberle estrechado la mano, suspirando. ¡Ah!, desde luego, ¡el plan es muy astuto! «¡Pero es un ángel, esta pobre Señora de Lurcy-Sevi! Ella podría, como tantas otras, consolarse del abandono en el que la tiene sumida su marido; no, no, ella prefiere sufrir en silencio, y él nunca ha tenido nada que decir al respecto.» Estas palabras las escucho, ¡créame! pues se apresuran a pronunciarlas expresamente cuando estoy presente. Pero entonces, si su esposa es un ángel para todo el mundo ¿en qué me convierte a mí? en una pordiosera. ¡Ah! mire usted, ya tengo suficiente con las alabanzas que le arrojan y que para mi suponen otras tantas injurias. ¡Su simplicidad se burla de mí, su piedad se mofa, su virtud me ultraja! No quiero volver a oír hablar de ella ni de usted. ¡Váyase! Déjeme. Váyase.

Él comprendía finalmente a esta mujer, espantado.

–¿Me echa usted?

–Sí.

–¿No me volverá a recibir?

–No. A menos...

–¿A menos que?...

–A menos, ¡caramba! dijo ella riendo con risa maliciosa, que su esposa se vuelva como las demás y que tenga un amante, ¡como yo!

II

Dos meses más tarde, él regresó.

–¿Cómo? ¿Usted por aquí? exclamó ella, sorprendida.

–Sí, aquí estoy. ¿No ha consentido usted en recibirme el día en que la Señora de Lurcy-Sevi...

–¿Tuviese un amante?

–Pues bien, dijo él con una sonrisa, está hecho, tiene uno.

Ella se frotó las manos, como una niña alegre.

–¿En serio? ¿Es cierto? ¿No será un cuento para reirse de mí que usted me está contando? ¿Su esposa tiene un amante?

–Sí.

–¿Ella lo ama?

–Ella lo adora.

–¿Es amada por él?

–Es adorada.

–¿Y se sabe?

–Se sabe.

Entonces, riendo con todos sus bonitos y crueles dientes, se aproximó al Sr. de Lurcy-Sevi, y, con las mangas colgando, le depositó en el cuello uno de sus tiernos brazos desnudos. Pero, sonriendo siempre, él la aportó suavemente.

–No me ha preguntado usted todo, dijo él.

–¿Que debo saber aún?

–No sabe usted quien es el amante de mi mujer.

–¡Ah! sí ¿quién es?

–¡Dios mío! señora, soy yo.

Y salió dando un gran saludo.

¡Pero esta derrota es la única que jamás haya padecido la Señora de Portalègre! Y aún así no me atrevería a afirmar que haya sido definitiva. Quién ha sido vencida por el marido tal vez pueda ser victoriosa con la esposa. Adán hubiese resistido, pero Eva se dejó tentar; y la serpiente del Edén era sin duda una culebra. Es sabido que ahora la Señora de Lurcy-Sevi no lleva más que vestidos de doscientos francos, ¿quien sabe si no ha sido la Señora de Portalègre quien le ha dado la dirección del costurero de moda?

EL HOMBRE DE LETRAS

Ayer noche, un poeta todavía desconocido corregía las últimas galeradas de su primer libro; un viejo hombre de letras que se encontraba allí, agarró con intensidad la mano del joven y dijo con voz ruda:

–¡No lo entregue a la imprenta! ¡No publique esos versos!

–¿Cree usted que son malos?

–No los he leído, no quiero leerlos. Quizás sean admirables, pero evite publicarlos.

–¿Por qué?

–Porque, una vez aparecido ese libro, será usted a partir de ese momento irremediamente un literato, un artista, ¡es decir un monstruo!

–¡Un monstruo!

–Sí.

–¿Es usted uno, querido maestro?

–¡Desde luego! y uno de los más horrorosos, puesto que en efecto, desde hace mucho más tiempo que muchos otros, compongo versos y escribo novelas y dramas.

El joven abrió sus grandes ojos. El otro continuó, yendo y viniendo por la habitación con gestos violentos:

– Por supuesto que somos decentes, probos y leales. Hace veinte o treinta años, estaba de moda entre algunas gentes de letras prestar cien centavos y olvidar devolverlos, mudarse sin advertir al propietario, y no pagar nunca, ni a su zapatero ni a su sastre. Era una especie de deber. ¡Locuras de juventud! Los bohemios han desaparecido; la literatura se ha alineado. Hemos cortado nuestros cabellos de merovingios y puesto orden en nuestros asuntos. Ya no llevamos chalecos rojos, y nuestro portero nos saluda porque le damos propina, de igual modo que el banquero del entresuelo o el notario del segundo. Buenos ciudadanos, buenos esposos, buenos padres, ¡nos preparamos honorables epitafios! Yo mismo, quién os habla, he disparado, durante la última guerra, al lado de Henri Regnault; tengo una esposa a quien jamás he dado la menor preocupación, y yo mismo enseñé historia y geografía a mis tres hijos, a los que educo en el horror de la literatura. Mejor aún: he prestado seis mil francos, no sin dirigir un severo sermón, a uno de mis tíos, vendedor de quincallería en Angoulême, que había comprometido sus negocios por los bonitos ojos de una actriz de paso. En una palabra,

buenas personas, regulares, correctas, eso es lo que somos. ¡Pero le digo que somos unos monstruos!

«¿Pues no es más monstruoso, en efecto, no ser, no poder ser, siendo un hombre, un hombre como los demás? ¿no poder amar ni odiar, gozar ni sufrir, así como los demás aman u odian, gozan o sufren? Nosotros no podemos, no, no, en ningún caso, jamás. A fuerza de soñar o de observar, a fuerza de estudiar, de analizar, en nosotros y fuera de nosotros, todos los sentimientos y todas las pasiones, de acechar en ellas la eclosión, de seguir su desarrollo y decadencia, de consignar en nuestra memoria las actitudes que producen, el lenguaje que inspiran, hemos destruido en nosotros definitivamente la facultad de las emociones ingenuas, el poder de ser felices o desgraciados, con sencillez. ¡Hemos perdido todas las santas inconsciencias del alma! Se nos ha vuelto imposible, cuando experimentamos, limitarnos a experimentar. Constatamos, apreciamos nuestras esperanzas, nuestras angustias, nuestros males de corazón, nuestras delicias; tomamos nota de los tormentos de los celos que nos devoran cuando aquella que es esperada no acude a la cita; nuestro abominable sentido crítico juzga los besos y las caricias, los compara, los aprueba o no, hace reservas; descubrimos faltas de gusto en el transporte de nuestras alegrías o desesperaciones; mezclamos la gramática con el amor; y, siendo presas del imperfecto del subjuntivo al mismo tiempo que de la suprema embriaguez, decimos a nuestra espantada amiga: «¡Oh! me gustaría que me amases hasta la muerte!» ¡Literatura! ¡literatura! te has convertido en nuestro corazón, en nuestros sentidos, nuestra carne, nuestra voz. No es una vida lo que vivimos, es un poema o una novela o un drama. ¡Ah, toda la especie de gloria que ha podido valerme treinta años de trabajo la daría por llorar un solo instante, con cálidas lágrimas, sin darme cuenta de que lloro!

«Fue en un baile cuando vi por primera vez a la que hoy es mi esposa. Era tan bonita, con sus ojos marrones y sus finos cabellos pelirrojos, delicadamente encrespados! ¡Oh! desde luego me volqué a amarla, pero pensaba también en la exquisita estrofa que hubiese debido componer para cantar las alabanzas de su adorable belleza, y un soneto de Ronsard me vino a la mente. Me acerqué a ella, emocionado sin duda, pero esforzándome por estarlo, pues no hubiese sido «literario» no estar emocionado realmente. Y se produjo enteramente la escena en la que Romeo encuentra a Julieta. Incluso tuve una inspiración súbita: transportada al mundo actual, vestida con trajes modernos, esta escena no dejaría de producir mucho efecto en el teatro. ¡La he puesto en una de mis comedias!

«Llegó la noche de bodas, el día inefable cuya fecha, recordada en voz baja, aporta una joven sonrisa a los labios de los más taciturnos ancianos. Aquella a la que tanto había deseado, tanto tiempo y tan desesperadamente esperada, – una auténtica pasión de drama, – iba finalmente a poseerla. Entrar en la alcoba nupcial es entrar en el paraíso. ¡Oh! el dulce nido sagrado! El transparente misterio de las cortinas blancas y rosas estaba sobre la querida cama como una niebla de pudor y de ternura que se desvanece. Por desgracia, para describir esta habitación, habría que ser un Teofilo Gautier. Sin embargo me prometí intentarlo; había allí sobre todo, bajo una lámpara, en un rincón de muselina y de seda, un efecto de claro oscuro que hubiese sido bien divertido describir. Yo tenía a mi esposa entre mis brazos, mi corazón latía hasta casi romper mi pecho, – es banal esta expresión, pero en fin, a buen decir es exacta, y no hay nada de malo en emplearla en ocasiones, – sentía, como un licor deliciosamente tibio, un infinito éxtasis discurría por mis venas, y, cuando el satén blanco descendió lentamente, entonces, casi espantado de mi felicidad, junté las manos, colmado de éxtasis, igual que un devoto ante la aparición de una santa invocada, y di algunos pasos hacia atrás, como uno se aleja de un cuadro, en el Salón, para juzgar mejor el efecto. ¡Ah! ¡bribón! ¡canalla! ¡literato! Un

salvaje del centro de África, en mi lugar, hubiese sido más feliz que yo. ¡Tenía vergüenza de mi mismo y tenía ganas de abofetearme; Pero no pienses, no «trabajes », miserable! ¡Que estúpido! Esa noche allí fue cuando encontré el quinto acto del drama que, según se dice, es mi obra maestra. ¿Recuerda usted el diálogo de los recién casados?

«Me he batido por mi país, ya se lo he dicho. Valientemente, se lo juro. Durante el combate miraba a mis compañeros. ¡Cada uno de ellos estaba a su tarea! La llama clara de sus miradas, la resolución directa de su impulso, decían este único pensamiento: ¡matar o morir! Pero yo, – en primera línea, sin embargo, – yo rememoraba, en el estrépito de las ametralladoras y bajo la lluvia de las balas, las grandes batallas épicas de los poemas; la guerra es infame cuando ataca, sublime cuando defiende; es un ruido orgulloso como la ruda fanfarria del clarín: ¡Ennius ha compuesto un verso soberbio! Y, mientras los demás soldados no pensaban siquiera que está bien morir por su patria, yo me decía que era hermoso, pensando que se me harían, si sucumbía, gloriosos funerales, viendo ondear magníficamente en las ventanas, mientras pasa mi cortejo, los tres colores de las grandes banderas.

«Y, a través de toda mi existencia, ella me ha perseguido, vencido, absorbido, la literatura. Cuando murió mi padre, yo temía, lleno de una desolación infinita, que mi dolor no fuese lo suficientemente amargo, no fuese lo que habría debido ser en un libro bien hecho; estrechando, con los ojos llenos de lágrimas, las manos de los visitantes, me preguntaba si mi aspecto y mi porte expresaban, como es debido, la sincera violencia de mi desesperación, y recordaba estas palabras de un amigo, hombre de letras también por desgracia: «Cuando una gran desgracia nos golpea, es necesario hacerse enseñar por un buen actor la actitud que se debe adoptar en semejante circunstancia.» Así, ni amante, ni patriota, ni hijo: ¡solamente artista, siempre artista! ¡Y es por eso por lo que detesto el arte asesino de lo natural! Es por lo que os imploro, joven, a no publicar ese libro, a no dar el primer paso en la pendiente fatal que jamás puede ser remontada. Sea usted albañil, agente de bolsa, mercader de naipes transparentes, sombrerero, banquero, notario, domador de animales feroces, diplomático, cantante de café-concert, pero no sea un hombre de letras si quiere usted llorar de verdad, reír de verdad, amar cuando ama, sufrir cuando sufre, ¡en definitiva, vivir! y no emplee nunca las horas furtivas de una primera cita para combinar el plan de algún oaristes.»

MARTHE CARO

La he vuelto a ver, la otra noche, en los Bouffes, sola, en un palco en primera fila. Jamás ha estado tan deseable; la blancura de su piel, la risa sangrante de sus labios, estallaban entre los encajes del sombrero y el tul negro del velo. Ante el candor de su belleza, me invadió la cólera, pues esta mujer, Marthe Caro, a causa de esa especie de virtud que posee, es el más impenetrablemente misterioso y el más perfectamente atroz de los monstruos parisinos; y aquellos que la han observado de cerca – ¡pero que nadie ha logrado comprender! – se preguntan con espanto que lento y refinado suplico, en un infierno especial, bastaría para hacerle expiar el crimen de su execrable impecabilidad.

Cuando debutó, hace siete años, en una opereta en los Folies-Marigny, el montón de taciturnos vividores que incluso se asquean por el eterno retorno de los tontos placeres de siempre – ¿cree usted que ríen? no, bostezan, – fue espabilado, enfebrecido, iluminado; se hubiese dicho que ella les había arrojado a los ojos y en la boca un puñado de polvo rojo. Bella, sin duda, pero apenas se la hubiese mirado si sólo fuese bella. A los veinte años, desarrollada como a los treinta, con la crudeza de su gran boca donde reían unos dientes de loba alegre, y sus ojos color café, con los párpados un poco plegados, – ojos culpables que se recuerdan y desean, – con la nieve cálida de su piel tan llena y tan viva que parecía más desnuda, con su voz ronca y áspera, que rasgaba los sentidos como un rallador – arrullos roncocos de una paloma enamorada, – con sus contoneos de barriobajera y un modo canallesco de golpearse los muslos de modo que sonase la carne, Marthe Caro, lanzando palabras atrevidas sin recato, sin reticencia de tono ni de mirada, y, a la vez, inclinada encima de la tarima, ofreciendo al completo un movimiento de «¡Aquí estoy!», despertaba la modorra de los imbéciles por el regusto entonces menos banal del cinismo en la perversidad. Bastaron unas semanas para ser una celebridad, casi rica, lanzada a toda velocidad; y las mujerzuelas más renombradas envidiaron su palacete, sus coches, sus trajes y sus amantes.

¿Sus amantes? No ¡Ella no tenía amantes! Eso es absurdo, increíble, inaudito, pero es cierto: no era la amante de nadie. Y sin duda, en su salón, o en su camerino, o en los reservados de los restaurantes nocturnos, se dejaba ver más de cerca todavía,

exageradamente descamisada, permitiendo, a quién quisiese, tomar sus manos, sus brazos o besar sus hombros o su nuca; pero aún dejándose ir, nunca se entregaba. Complacencia de puta y brusco rechazo de virgen. «¡Tómame!... No me tendrás.» ¿Por qué? No se sabía. No daba explicaciones. «Usted me aburre», o: «¡Ah!, sí, de acuerdo!» o: «¡Déjeme en paz!»; nada más. Tras cenar, fuese quién fuese quien la condujese a su domicilio podía subir. Ella se apresuraba a quitarse el sombrero, desabrochaba su vestido, liberaba sus cabellos, sin defenderse de un abrazo; luego, de súbito, huía a su habitación y gritaba a través de la puerta bien cerrada: «¡Buenas noches!, estará usted cómodo en el canapé.» Suplicas, cóleras; algunas porcelanas japonesas se rompían en pedazos bajo la ira de un puño cerrado. Marthe Caro no respondía, – ni siquiera con un estallido de risas – no tomaba parte en el estrépito. Pronto, el hombre burlado podía, aplicando el oído a la puerta, oír el ruido monótono y ligero de una respiración dormida.

Crear en la astucia de esta artera, en el pudor de esta impúdica, ¡Vamos, hombre! Por rencor de algunas humillaciones sufridas en el pasado, o, sencillamente, por orgullo de pueblerina, tal vez Marthe Caro se complaciese en mofarse de esos ricos, de esos nobles que, habiéndole pagado, exigían que fuese suya; ella les «robaba», por orgullo o por venganza. Pero, con toda seguridad, lo que no quería vender lo daría algún día a cambio de nada a un pobre diablo, en la apasionada espontaneidad de algún capricho impulsivo.

En los Folies-Marigny trabajaba un actor pálido y moreno, de porte hercúleo, que la abrazaba en los pasillos, estrechándola con fuerza. ¡Un mozarrón con buenos bíceps! Ella no lo rechazaba. Una vez él le propuso ir a pasar el día al bosque de Fontainebleau; ella dijo: «Me apetece.» Julio, incluso en lo más profundo del bosque, calentaba las hierbas y las hojas y cocinaba la tierra de donde emanaban aromas de sabias vaporizadas. La pareja acalorada y jadeante caminaba entre los árboles en el ardor seco del aire; él le daba el brazo; ella se inclinaba hacia él con la camisa abierta, pesada, con el rostro y el pecho mojados de un sudor que olía bien. ¡Él la tomó entre sus brazos y quiso poseerla! Ella se desasíó, brincó, corrió, se volvió, y, sacando un pequeño revólver del bolsillo de su falda dijo: «¡Si me tocas te reviento la cabeza!» No hubo más que decir. Regresaron a París, él silencioso. En el vagón, ella preguntaba: «¿Qué te ocurre? ¿ya no me abrazas?» Ella se acurrucaba contra él. Sin el revólver él le hubiese destrozado los riñones.

Cuando se supo esta aventura, – no fue Marthe Caro quien la contó: ella no se vanagloriaba nunca de sus resistencias, no le gustaba que se hablase de ello; se hubiese dicho que tenía vergüenza; a menudo decía, con una risilla que eran historias para dormir de pie, que ella no era tan «Juana de Arco» como se decía; – cuando la aventura fue conocida en los bastidores de los Folies-Marigny, la joven dio lugar a las más osadas sospechas. ¡Qué diablos! Al fin y al cabo no era tan natural actuar de ese modo, sin motivo; tenía que haber una «razón». Una sirvienta de los actores, recordó la historia de una figurante del Chatelet a la que le había sido concedido el premio Montyon por su buena conducta, y que se gastó el dinero, en reservados particulares, con una jovencita del Conservatorio a la que iba a recoger, todas las noches, a la calle del Barrio Pescadero. ¡Una mujer! ¡todo era posible! Pero no, no se le conocía a Marthe ninguna camaradería íntima, demasiado tierna que infundiese sospechas. Menos caritativas aún, otras buenas amigas insinuaron en voz baja que las más hermosas mujeres no son perfectas; Caro-la-Virtud debía tener algún defecto, alguna deformidad. Aunque una noche, en el momento en el que se cambiaba de vestido, oyó un ruido de pasos agrupados, de cuchicheos detrás de la puerta de su camerino. Comprendió: la estaban espionando, la miraban por el agujero de la cerradura. Se lanzó, con su vestido y camisa por los suelos, con la puerta abierta, hacia los hombres y mujeres que allí estaban

gritando, desnuda y soberbia en su esplendor de estatua viva: «¿Qué pasa? ¿Es que estoy coja o soy jorobada, atajo de imbéciles?» Las buenas compañeras no se dieron por vencidas. Otra sospecha las asaltó. Todas las deformidades no son fácilmente visibles; en ocasiones hay, – o eso se cuenta – íntimas y secretas cortapisas para el amor. Una de las actrices. – quizás conocedora de la novela de Richard Lesclide, titulada: *La Mujer imposible*, – preguntó sin disimulo, con los puños en las caderas y los puntos sobre las i, al médico del teatro, que había tratado a Marthe Caro en una de esas delicadas enfermedades en las que ningún misterio, ninguna reserva está permitida a la enferma. El doctor estalló a reír en las narices de la indiscreta, y respondió: «¡Venga ya!» muy seguro de sí.

II

Tal vez cansada de estar deseada por bajos instintos, quería no pertenecer más que a aquél que la amase de verdad. Fue amada, perdidamente. Frágil y guapo, la tez pálida, cabellos de oro suave, Marcel Berchoux llegaba de su provincia con toda la poesía en su espíritu, todas las ternuras en su corazón. Yo conocí a ese muchacho en Toulouse, en casa de su tío – un amigo de mi padre. ¿Dónde vio por primera vez a Marthe Caro? Nunca lo he sabido. En el teatro, sin duda. Debieron ser espantosas para él, tan joven y tan puro, las cínicas impudicias de la comediante: no, la amó repentinamente, con todo su ser, sin reservas; y es una historia tremenda la que yo conocí demasiado tarde ya.

Durante tres meses, todos los días, él iba a su casa. Ella lo había acogido sin dificultad, él no tenía más que llamar, entrar, saludar balbuceando; ¿acaso ella no recibía a todo el mundo? Él quedó extasiado al principio. ¡Cómo! ¿No se burlaba del pobrecillo? Ella quería que estuviese allí horas enteras, viéndola ir y venir, sentarse, levantarse, oyéndola hablar y reír, aspirando las fragancias que flotaban en el aire producto del movimiento de la falda y de las mangas. Él le hacía repetir papeles, tocaba en el piano las canciones que ella debía cantar por la noche; ella decía: «Gracias, es usted muy amable,» y en ocasiones: «Eres muy amable» pues lo había tuteado enseguida. Indulgente, ella no se enfadó en absoluto cuando él le confesó su amor. ¿Acaso no era lógico? ¡A los dieciocho años ya se es un hombre! Y ella quería dejarse amar. Cada día que pasaba ella se volvía más familiar, más zalamera. Cuando él llegaba temprano, ella gritaba desde su cuarto: «¡Puedes entrar, Marcel!» Estaba en su cama, de donde se desprendía un aire cálido y lentos ruidos de sedas rozadas, cuando le tendía las manos. «Siéntate a mi lado, charlemos, ven. ¡Ven sin miedo! Oh! ¡cobardica! ¡Vas a ver lo que es una muchachita disfrazada!» Ella le echaba los brazos alrededor del cuello, lo atraía hacia sí, le hablaba muy cerca de la boca. Un día, él se arrojó hacia ella repentinamente, completamente fuera de sí, depositando en los cabellos la ardiente llama de los primeros besos! Ella saltó de la cama, agarró a Marcel por los hombros y lo echó fuera de la habitación. Pero el regresó al día siguiente; ella no le abrió la puerta, comenzando en ese instante la abominable agonía de Marcel; pues conoció al mismo tiempo el desenfrenado deseo y la absoluta desesperación. ¡Nunca! ¡ella nunca quiso ser suya! Con ruegos que hubiesen hecho descender del cielo a los mismísimos ángeles enternecidos, él la adoraba, la conjuraba, retorciéndose las manos, arrodillándose cuando estaba sentada, arrastrándose hacia ella cuando se alejaba; ¡ella no quería! «¡Pobrecito!» decía. Para consolarlo, le hacía sentarse sobre sus rodillas, le besaba los cabellos. «Vamos, pon tu cabeza sobre mi hombro. Se está bien así, ¿verdad?» Ella era completamente solícita, levantaba sus mangas para que él pudiese sentir sobre su cuello la caricia de la piel desnuda. ¡Pero no quería! se escapaba violentamente, encerrándose y gritando: «¡No! ¡no! ¡nunca! ¿lo entiendes?» ¡nunca!» El reaccionaba furiosamente, se

arrojaba contra la puerta, trataba de echarla abajo, vociferando coléricamente: «¡Eres infame! ¡me estás matando! ¿Por qué me besas para luego irte? ¡Despiertas mi deseo, me vuelves loco, eres infame!» Ella entreabría la puerta. ¡Ah! bien, ¿era así como recompensaba su amabilidad con él? Iba a prometer ahora mismo estar sereno, muy sereno, o en caso contrario prohibiría a Margarita que no lo dejase entrar. Bajo esa amenaza toda su ira se desmoronaba. Se humillaba, pedía perdón. Sí ¡sereno! ¡se lo prometía! ¡cumpliría su palabra! Una vez apaciguado, ella regresaba, se tumbaba en el canapé y le decía: «Acércate, anda,» y, tras haberle cerrado los dos párpados con sendos besos, hundía la cabeza del pobre muchacho entre los encajes cálidos del camisón, y, con un lento movimiento del busto, lo mecía canturreando: «Duérmete mi niño, pronto dormirás.»

¡Marcel Berchoux soportó este infernal suplicio tres o cuatro horas al día durante más de sesenta días! Finalmente sucumbió: fue presa de unas malas fiebres. Me avisaron. Fue entonces solamente como, por las confesiones en pleno delirio, conocí el crimen de Marthe Caro. ¡Pero él no la maldecía! la amaba, la llamaba con estremecimientos y lágrimas; nunca en mi vida observé la manifestación de una pasión hasta tal punto furiosa y absorbente. La enfermedad se agravó. Tres semanas entre la vida y la muerte. La madre de Marcel corrió presta a París, lloraba, casi moribunda también, mientras él gritaba: «¡Marhe! ¡Marthe!» Finalmente se produjo una mejoría. Estaba salvado y su madre se lo llevó apenas convaleciente.

Yo pensaba en esta sombría aventura descendiendo por las escaleras del teatro donde acababa de volver a ver a Marthe Caro. Pasó cerca de mí entre la muchedumbre: observé que estaba de luto. ¿De luto? No había conocido ni a su padre ni a su madre, no tenía ningún pariente. Adivinando sin duda mi sorpresa, me dijo en voz baja:

– He perdido a mi marido.

¡Su marido! ¿había estado casada? ¡ella! Ahora se explicaba todo. En realidad no había ningún misterio en la vida de esta mujer: un cálculo abyecto y banal. Marthe Caro no se había ofrecido a nadie y rechazando a todos nada más que para encontrar finalmente, entre cien víctimas enloquecidas, la víctima perfecta.

Habíamos llegado al paso de Choiseul, ella se detuvo y me dijo:

– Hace ocho meses que mi marido ha fallecido.

–¿Con quién ha estado usted casada? – pregunté con bastante brusquedad.

–¿No lo adivina? Con Marcel Berchoux.

Esta doble noticia, – el matrimonio y la muerte de Marcel, – me confundió. Sin embargo un poco de dulzura se mezcló con la amargura de mi tristeza. Él ya no era el pobre muchacho; al menos, antes de morir, había conocido la dicha de su sueño realizado.

–¿De qué murió? – pregunté.

–¿Sabía usted que había estado enfermo antes?

–Sí.

–La misma enfermedad se lo llevó. Dos meses después de nuestra boda.

–¡La misma enfermedad! – exclamé yo con un escalofrío. ¿Y por la misma razón quizás?

Ella bajó la cabeza.

–¡Ah! ¡miserable criatura! ¿Cómo es posible? Usted era su esposa, podía darle la felicidad, conservarle la vida...

–¡Oh! ¡no me acuse! – dijo ella con los ojos llenos de lágrimas.— Le juro a usted que lo amaba con todas mis fuerzas, que, para evitarle cualquier mal, ¡hubiese consentido sacrificarme en todo! Pero ¿por qué – añadió llevando su pañuelo a la boca a

fin de sofocar el sollozo que le hinchaba el cuello – por qué siempre pedía la única cosa que no era posible?

FELIX GARGASSOU

Un imbécil que tiene por oficio ser gracioso. La aventura es menos rara de lo que se piensa. Nacido torpe, zote, su torpeza se ha ido reforzando día tras día, cimentada de ignorancia y desfachatez. ¡La única cosa que sabe es que lo sabe todo! Una vez, jactándose de erudición, en un pequeño periódico financiero, en relación con una tragedia en cinco actos que un antiguo fabricante de medias para varices acababa de hacer representar en el teatro Déjazet, lamentó magistralmente que la Historia no hubiese juzgado conveniente dar el sobrenombre de Grande al emperador Carlomagno. Fue él quién profirió, en el salón de Bellas Artes durante una exposición universal, una frase incomparablemente estúpida, – ¡de una profundidad de ineptitud que da vértigo! – y de otro modo admirable en lo absurdo como lo son en lo sublime el «¡Se murió!» del viejo Horacio y el «¡Bebo contigo!» de Julieta: llevando del brazo a la pequeña Anatoline Meyer, de los Bouffes, que creía atisbar de lejos en la obra de un escultor italiano, un Napoleón en Santa Elena, abotargado, flaco, sentado en una silla de piedra bastante semejante, es cierto, a media bañera, él dijo a la pequeña Anatoline, –¡quien le creyó!– estas palabras con mucha seriedad: «¡Es el que asesinó a Charlotte Corday en su baño!»

Pero su perfecta imbecilidad, inmaculada y serena, no está exenta de alguna malicia, no se deja constatar sin cierta habilidad; malicia de garduña y destreza de ardilla. No habiendo podido ser nunca ni abogado, ni médico, ni profesor de piano, ni pintor, siquiera de brocha gorda, ni cajero, –¡felizmente para él!– ni incluso expedicionario, y muriendo de hambre como un escultor que todavía no ha obtenido más que dos medallas, se dejó caer por las cervecerías de los bohemios y los cafés de los periodistas, copió maneras de ser, imitó modos de expresarse, retuvo dos o trescientas palabras fantásticas o pintorescas, almacenó en la memoria treinta o cuarenta anécdotas, adquirió una especie de labia y acabó por ser tan divertido como un piñuelo y tan jocosos como un viva la virgen. Fue cuando se despertó en él una ambición. Se coló en un periódico, luego en otro, y en otro; aportó noticias, se hizo aceptar las informaciones; se aventuró a escribir una crónica no firmada, fue abucheado; no se desanimó, supo limitarse sabiamente a tareas humildes; se relacionó con algunos porteros de teatro, fue amante de una actriz, comenzó a saber lo que acontecía en los despachos de los directores, y escribió, sin respeto por la ortografía, pero el corrector

está para algo, y tuvo la suerte de «encontrar» un escándalo, – usted conoce el asunto de los diamantes robados en el camerino de Marthe Caro por un respetado hombre de Milán; fue desde entonces considerado como un tipo sagaz y creó una especialidad, la de observar los palcos de los pequeños teatros y designar, al día siguiente, mediante iniciales, a serios o ilustres personajes que habían ido a ver actuar, en compañía de alguna muchacha pelirroja, la opereta de las Fantasías Parisinas o la revista del Ateneo; finalmente firmó, en tercera página, cortos artículos, entre anuncio y anuncio, firmó unos cuantos más, acabó por hacerse fijo; se sirvió de las dos o trescientas palabras pintorescas aprendidas tiempo atrás, espació las treinta o cuarenta anécdotas aumentadas con otras; logró convencer a muchas personas de que no era el más completo de los idiotas. «¡Eh! ¡eh! muy divertido, ese muchacho.» De modo que actualmente, Felix Gargassou, casi conocido en casa Riche o en casa Bignon, es ¡completamente célebre en el café Renacimiento! Además, es temible. Feo como es detesta y se mofa de todo lo que es bello; torpe, abomina de todo lo que es inteligente o sublime; malo, nada quiere saber de todo lo que es bueno; vil, ajeno a todo lo que es puro y soberbio. Usted dice: «Malévolo, tal vez; temible, no. Tal hombre no sabría ejercer ninguna influencia.» ¡Craso error! El mal nunca es difícil de hacer. Felix Gargassou, en tres años, ha reducido a la desesperación a tres o cuatro poetas, inducido al suicidio al infortunado pintor Étienne Berray, roto siete u ocho matrimonios. Gracias a él la pequeña Georgette Castan – una decente criatura y una actriz muy especial – se ha convertido en una cualquiera y dentro de un mes será una más en maillot. Gargassou es un monstruo mediocre, de acuerdo, pero un monstruo. La víbora cornuda no es un animal excesivamente grande.

I

Cuando Georgette Castan, con apenas diecinueve años, debutó en el teatro del Gymnase, se produjo una dulce sonrisa de aceptación en todos los labios durante toda la velada.

No excesivamente bonita, baja, gordita y maciza, pero tan encantadora, con sus frescas mejillas, rosadas a pesar del maquillaje, y su boca que parecía una fresa que ríe, y su nariz que se curva para luego retroceder, no sabiendo lo que quiere, y sus ojos marrones, que pestañean aprisa, – dos diamantes negros – y sus cabellos oscuros, un poco alborotados, muy cortos, cuyo desorden tiene no sé que aire de muchacho, asombró, divirtió, encantó. El público, de inmediato, como gran niño que es, se regocijó con esa exquisita muñeca. ¡Pero la muñeca era una artista de verdad! Viva, alegre, atrevida, con el gesto pronto, la voz alerta, la risa que sonaba como una rotura de cristal, puso, en el mediocre vodevil en el que representaba un cuádruple papel de aldeana espabilada, de casquivana de opera, de falsa burguesa y falsa marquesa, la bella alegría sana de las Dorines de Molière, y la fineza también de las Lisettes de Marivaux. Con todo eso, era cierto que era ingenua e inocente. Toda la audacia con todo el candor. ¡Un ángel endiablado! El éxito, – no el de la obra – fue bullicioso y alegre como la propia actriz. Y al día siguiente la prensa se rindió ante el bello humor de la niña con elogios calurosos y entusiastas colmados de halagos. El propio Felix Gargassou, en su pequeño correo de los teatros, se dignó a reconocer que una adorable comediente acababa de revelarse. Solamente añadió: «¡Mal vestida sin embargo! Unos vestidos de cuatro centavos. Faldas compradas en el rastro. La pobre daba pena.»

II

Ese no era un comentario que afectase a Georgette en medio de su triunfo. Sí, sí, sin duda, sus vestidos no valían gran cosa: unas sedas de poca cosa, tan delgadas que, si ella no las hubiese doblado se le habría visto la piel al través. Pero no son los vestidos, ¿verdad?, es el talento lo que hay que tener para actuar bien. Y además el no estar bien vestida la honraba de algún modo; eso probaba que era pobre, pero al mismo tiempo demostraba que era decente. ¡En efecto lo era! y esperaba seguir siéndolo siempre. No acabaría como las demás chicas del teatro. Había sido bien educada. Su madre, una mujer con arrojo, no la había dejado nunca ir sola al Conservatorio; siempre la acompañaba durante las lecciones, no permitiendo que el profesor tomase la mano de Georgette, ni siquiera para indicarle un gesto. ¡Ella sabía que los profesores están llenos de malicia! Y a su casa no iba casi nadie. Se cuidaban mucho de recibir a los compañeros del Conservatorio, que merodean alrededor de las jóvenes bonitas, con malas intenciones. Solamente viejos amigos de la familia, comerciantes del barrio, que jugaban al treinta y una por las noches hasta las nueve. ¡No era una situación muy alegre, pero sí conveniente!

Un día sin embargo, – Georgette tenía dieciséis años entonces, – un caballero, no muy joven, pero tampoco demasiado viejo, con aire distinguido, fue a hacer una visita a la Señora Castan, con un pretexto; y, habiéndoselas arreglado para quedar solo un minuto con Georgette, le depositó su tarjeta en la mano diciendo muy aprisa: «Guarda esto. Yo la amo con locura. Soy el conde de Bersheim, vivo en la calle Chauchat, 39. Siempre la esperaré.» ¡Pero Georgette se puso roja de cólera! y arrojó, en no sé que cajón abierto, los dos trozos de la tarjeta rota. A continuación, habiendo regresado la madre, se le cerró al caballero la puerta. Desde ese incidente, ninguna otra aventura; ni el más mínimo de los amoríos. Georgette se casaría tal vez algún día; nunca tendría amantes. Estaba resuelto, decidido, convenido. ¡Demostraría que se puede ser decente en el mundo de la comedia! En cuanto al periodista que la había encontrado mal vestida, podía decir lo que le viniese en gana; tonterías como esa no harían mella en una valiente muchacha que tanto talento tenía.

III

Georgette se equivocaba.

Fueron repetidas – sin mala intención sin duda, pero en definitiva, repetidas, – por la prensa de Paris, por la prensa de las provincias y por la prensa extranjera, las maliciosas palabras de Felix Gargassou. Lo que se escribe en un periódico se escribe en cien periódicos; nada se imprime que no sea reimpresso. Y al cabo de quince días, era opinión general en el mundo del teatro que la pequeña Castan, desde luego, era una grácil muchacha y una encantadora actriz, pero que se vestía, para representar los grandes dramas, como una dependienta de una tienda de los barrios periféricos. «¡Ah! querida, ¡puedes creerlo! Vestidos de saldo, por supuesto. No te darían cien centavos en el Monte de Piedad por el traje que lleva en el acto del baile. Pobre muchacha, lo siento con todo mi corazón, pues al fin y al cabo tiene talento.» Y de las anécdotas circularon entre otras la siguiente: ¡Georgette había pedido un corte a los autores, porque no había podido pagarse un segundo vestido! Durante los ensayos, por la mañana, los compañeros sentados a su lado, detrás de un biombo, esperando la réplica, le miraban obstinadamente los botines con aspecto de estar buscando en ellos un agujero. Ella los ocultaba bajo su falda, avergonzada. Una vez, una muchacha muy hermosa, una figurante pero que venía al teatro en coupé de dos caballos, le regaló un paraguas

diciendo: «¿Sabes, gatita? Como no puedes venir en coche, esto protegerá siempre tu vestido.» En otra ocasión oyó a dos jóvenes que, no advirtiéndolo su presencia allí, charlaban divertidamente entre ellas: «Dime, ¿crees que son suyos los cabellos de Georgette?—¡Claro! ella no habría podido comprar una peluca.» Y el director, habiéndola hecho llamar a su despacho durante un entreacto, le aconsejó «cuidar más» su vestuario, añadiendo que «¡la elegancia era indispensable en las mujeres del teatro!»

Georgette sufría a causa de todo esto. Resultaba muy cruel para ella ¿Acaso era culpa suya ser pobre? ¿Por qué la trataban de ese modo? Y por la noche, con frecuencia, alejándose del teatro con su madre, caminando, lloraba todo el camino, deteniéndose a veces con pequeños sollozos bajo el paraguas regalado por la figurante.

Pero todavía no se había visto asaltada por ningún pensamiento maligno. A pesar de las pullas de los periódicos y las burlas entre bastidores, jamás se alteró su resolución de ser una muchacha decente, incluso ¡aunque el mismísimo público se hubiese puesto en su contra!

Era cierto que ahora tenía menos éxito. Se reían menos cuando ella reía, se aplaudía menos cuando había arrojado, con su grácil presteza, algún sutil monólogo. Las mujerzuelas de la primera fila la miraban intensamente, con malicia, haciéndose señas entre ellas; una noche por fin – fue un minuto horrible, – cuando entraba en el baile del tercer acto con su vestido que nunca había sido nuevo y que todavía tenía sucia, desteñida y arrugada la gasa de cien representaciones, hubo en la sala un largo murmullo de reprobación, y varios hombres, sentados sobre unas banquetas plegables, – personas que pagan sus entradas – se tronchaban de risa señalándola.

Esa noche, cuando abandonó el teatro al lado de su madre que no había adivinado nada, Georgette no lloraba. Entró, silenciosa, se acostó sin decir ni una palabra. ¿Qué ocurrió durante toda una noche en vela? Se levantó temprano, hurgó en los cajones de todos los muebles, como buscando algo muy precioso, encontró dos trozos de papel satinado, y se vistió muy aprisa. Luego dijo a su madre: «Hay un cambio de horarios, voy al teatro;» descendió vivamente la escalera, subió a un coche y gritó al cochero: «calle Cauchat, 39»

Pero cuando estuvo ante la puerta de la casa indicada, fue invadida por un temblor. Sollozó, enjugándose las lágrimas con su pañuelo: «¡No, no, no quiero!» Y comenzó a caminar hacia su casa.

IV

Transcurrido algún tiempo después, se celebraba una noche de estreno en el teatro de Georgette.

Cuando entró entre bastidores, ya vestida, un poco antes de que se levantase el telón, hubo entre las actrices gritos de asombros, gestos de estupefacción. ¡Un vestido de cinco mil francos! sí, ¡de cinco mil francos, por lo menos! Sobre las dos faldas, una rosa en brillante satén, la otra de terciopelo, con los más raros encajes, aquí y allá, resplandecían las telas parecidas a flores bordadas. ¡Oh! sin duda alguna, ¡más de cinco mil francos! diez mil si era Worth quien había hecho este vestido armonioso y suntuoso, ¡una maravilla, una gloria! Y desde el momento en el que apareció en escena entre la soberbia y encantadora explosión de terciopelos y satenes, Georgette oyó un largo murmullo de admiración subir desde los asientos a los palcos y desde los palcos a las galerías.

¿Cómo había hecho la pequeña Castan para tener ese vestido, puesto que no había ido a la calle Chauchat? ¿Había ido finalmente? ¿o había comprado a crédito? No. Siempre se mantuvo decente; y no debía nada a nadie. ¡Pero no había un solo mueble en

su casa! Georgette había vendido los candelabros de cinc dorado, el reloj de péndulo de mármol en madera, los veinticuatro cubiertos de Ruolz, las cortinas de las ventanas, las colchas de la cama, las sábanas y los colchones, la batería de cocina e incluso los trapos de su madre. Las dos mujeres habían vivido comiendo sopas de pan, bebiendo agua, durmiendo la una al lado de la otra sobre una alfombrilla de cama que al final no todo se había vendido por completo, y, además, ¡habían trabajado! la madre haciendo tres servicios domésticos en la casa de enfrente, y la hija, cinco horas al día, cosiendo pequeños pantalones y chalecos para una tienda de ropa para niños. De modo que la noche del estreno, Georgette, triunfante, con una risa de orgullo desafiante sobre sus hermosos y jóvenes labios, ¡se mostraba a todos en el más bello de los vestidos!

Al día siguiente, Félix Gargassou escribía en su pequeño correo de los teatros: «El vestuario de la señorita Georgette Castan, de un gusto exquisito y de una excesiva riqueza, ha producido una profunda sensación, pero una sensación de tristeza. Desgraciadamente es, sobre todo con respecto al teatro, muy cierta la cruel frase de Julio César: «¡Virtud, no eres más que un nombre!» Felix Gargassou confundía a César con Bruto. No importa. No era más que un detalle. Atribuido a éste o a aquél, la palabra producía su efecto del mismo modo. Y realmente se produjo.

V

Georgette Castan tiene un palacete y tres coches. En lugar de un hermoso vestido, tiene todos los vestidos más deslumbrantes. Si arrojaseis al azar sobre una mujer, el escaparate iluminado de una tienda de joyería, estaría menos deslumbrante de diamantes, de perlas, de amatistas y de topacios que la pequeña Georgette Castan cuando se acoda bajo la luz del gas en el terciopelo rojo de la escena. Además, se anuncia que se pondrá el maillot de no sé que hada, en la Pourte-Sainte-Martin, en el próximo reestreno de *El Bicho del Bosque*.

¿Fue a la calle Chauchat?

El otro día, en la playa, en Dieppe, reconoció a Felix Gargassou; y, dejando su cohorte acostumbrada de engominados y jovencitas, se plantó ante él.

—¿Señor Gargassou?

—El mismo.

—Me llamo Georgette Castan. Es usted un canalla.

Y lo golpeó en la mejilla con un abanico japonés que tenía en la mano.

¡Él quiso enfadarse! Pero ella lo contuvo:

—¡Ah! ¡cállate! Un canalla es lo que eres, eso he dicho. ¿Qué te había hecho? ¿Por qué me has hecho esto? ¿Yo era decente; sin ti lo sería todavía. Para tener vestidos – tú fuiste quien dijo que no los tenía – trabajé, me dejé la piel, sudé, con mi madre, la pobre anciana; y, cuando por fin tuve un vestido que nadie me había regalado, un vestido bien ganado y bien pagado, entonces, escribes frases, y todo el mundo creyó que yo era una puta. ¡Una puta yo!; me he dicho: «¡Si es para esto para lo que sirve la virtud, no vale la pena poseerla!» De nada vale ser decente cuando todo el mundo cree que no lo eres. Y he cambiado. ¡Cochero, calle Cauchat! Ahora, se acabó. Soy como las demás por tu culpa. ¡Ah! sí, ¡un famoso bribón! Ya tenía yo ganas de decirte tu fechoría de una vez por todas, y arrojártela a la cara. Pero ahora no debes temer nada, mi cólera ya ha pasado. Ven con nosotros, te invito a cenar. Gracias a ti estoy tan perdida y soy tan vil que, figúrate, ya ni me duele el corazón.

MARIDO Y MUJER

Está claro: ¡su esposa tiene un amante! y él no puedo ignorarlo. Pues como poder creer que sus raquíuticos emolumentos como subjefe de negociado bastan para pagar los trajes de Evelina, vestidos espantosamente costosos, que van diciendo el precio como si tuviesen colgada la factura. Además ella no oculta que engaña a su marido, es más, quiere que se sepa, casi lo confiesa, o prácticamente. Todos los días va al Bosque en el cupé del conde de Roquebrou. Cuando regresa, por la noche, después del teatro, muy tarde, sus cabellos, como si los hubiese recogido muy apresuradamente, se esparcen por mechones desordenados bajo su sombrero mal colocado, y sus ojillos leonados brillan y pestañean, un poco húmedos: dos topacios quemados, mojados por champán. Por supuesto que ha cenado. Mientras él, con la cabeza apoyada en la almohada, mira, ella arroja su abrigo en un rincón, quita sus largos guantes negros, pone sus joyas en un estuche y con una sonrisa maliciosa dice a veces: «¡Muy divertida la obra de los Bouffes!» o bien, mostrando un abanico de concha y marabú comprado en un entreacto en la tienda de abanicos del teatro: «¿Bonito, verdad? Fue el conde quien me lo regaló. No querido: ¡ciento cincuenta francos!» Luego, abominablemente cruel, o por un recuerdo de alguna gracia de opereta, abanica la frente de su marido, con ese abanico que ha ocultado besos y risas en el fondo del palco. ¡Cómo! ¿No se arroja sobre ella, no le flanquea la puerta o no la estrangula? No. Bosteza, vuelve la cabeza hacia la pared, retoma su sueño. Ustedes exclamarán: ¡Un miserable, un monstruo! Perdon, dos monstruos, ella y él. Su historia hoy es simplemente indigna; al comienzo fue terrible.

I

Él amaba con toda su alma a su pequeña Evelina, tan encantadora y tan coqueta; era un buen hombre. Se extasiaba con ella sin cesar, ingenuamente, de todo lo que decía, de todo lo que hacía. «Figúrate, ¡tienes un modo de despertarte por las mañanas y de frotarte los ojos, que me volvería loco por tí si no lo estuviese ya!» A la hora de la cena, enfrente de Evelina, interrumpía su potaje, con la cuchara en el aire, para decir: «¡Qué guapa estás cuando comes!» y se inclinaba hacia ella, la tomaba por la cabeza, la obligaba muy suavemente a inclinarse también, le bajaba la frente encima de la sopera donde se mezclaba ese beso con un olor a verduras. Era como si hubiese respirado una

rosa en un huerto. Pero, sabiéndose fuerte y pesado, él nunca la abrazaba con violencia por miedo a asustarla o hacerle daño. Merodeando a su alrededor, pesado y contento, parecía un grueso pichón patilargo cortejando a su pareja.

Ella también era feliz, o parecía serlo. Se había casado bien; para una dependienta de una lencería de los Batignolles, casarse con un jefe de negociado era una alta ambición realizada. Sin embargo algunos días su buen humor se mostraba algo alterado; ponía malas caras, acompañadas de un alzamiento de hombros que evidentemente quería decir: «Sí, sí, las cosas están bien así, pero podrían estar mejor.» Entonces si él se acercaba demasiado, Evelina emitía un: «¡me agobias!» muy claro, duro, casi con odio. Además, tan coqueta como era y loca por los trajes, desde el primer mes de matrimonio, suprimía un plato de carne para pagar las deudas a una vendedora de trapitos. ¿Pero estaba tan deslumbrado que no podía ver los defectos que ella tenía? En todas las ocasiones en las que ella no le decía «¡me agobias!» él estaba deliciosamente radiante. Vestidos, sombreros, pendientes, le daba todo lo que ella quisiera, haciendo trabajos suplementarios y endeudándose. A ella le gustaba el teatro e iban dos veces a la semana. Incluso la llevaba a los bailes a los que sus jefes del ministerio lo invitaban algunas veces. Los trajes escotados son muy caros, aunque tengan menos tela. Pero bah, no importa. Ella le decía: «Eres muy amable»; él se frotaba las manos, lleno de satisfacción, con una gran risa que le recorría de oreja a oreja.

II

Sin embargo, en una ocasión, en el momento de partir para una fiesta, – él ya estaba vestido con su levita negra; ella, con un traje de seda rosa y la piel tan blanca, se abrochaba ante el armario con espejo el cierre de un collar de perlas falsas; – sucedió que Anselmo se sintió invadido por tristes pensamientos; pensando en voz alta dijo que ella estaba hermosa sin duda, ¡oh! ¡por supuesto! en ese vestido en el que parecía un muguete en una rosa, pero que caro costaba eso, la seda y también el ritmo de vida, que él no era rico, ¡cuatrocientos cincuenta francos al mes! habría que restringir las salidas, no ir tan a menudo al baile si no quería encontrarse pronto en apuros.

Ella se volvió hacia él, con las mejillas rojas y una llama colérica en los ojos; luego, con voz breve y estridente que él no conocía, con los labios desencajados, mostrando sus pequeños dientes, comenzó a decir aprisa, tras haber dado una patada en el suelo:

–¡Ah!, escucha, quiero divertirme. No me he casado para permanecer en un rincón. Si eso te disgusta me importa un bledo. Que se oculten la feas me parece bien: yo pienso mostrarme. Después de este baile, de otros bailes; después de este traje, otros trajes. Tú puedes tomar partido. Si querías a una fregona podrías contratar a una por veinte francos al mes. Yo valgo más. Nunca te he dicho esto, ¡te lo digo ahora de una vez por todas! Si no tienes suficiente dinero trata de ganarlo; a mi me hace falta. Y mucho más de lo que he tenido hasta ahora. El que advierte no es traidor. Pide prestado, contrae deudas, haz todo lo que quieras. Cosas honradas o deshonestas. Eso no me importa. Pero entiéndelo bien. Encuentra dinero. Si no puedes, a fe mía, ¡tanto peor, compañero! soy yo quien lo encontrará. ¿Está claro? Son las diez, vámonos.

Ella ya bajaba la escalera; él la seguía, aturdido, estúpido. ¿Era Evelina la que le había hablado de ese modo? Él titubeaba de escalón en escalón, abatido y destrozado como si le hubiesen propinado unos bastonazos o como si hubiese caído de un quinto piso.

III

El baile había tenido lugar en la residencia del conde de Roquebrou, hombre rico, joven todavía, que tenía una elevada situación en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y que, aunque viudo, daba veladas en las que se aventuraban a ir mundanas ligeramente venidas a menos; también se podían encontrar allí esposas de empleados, preocupadas por los ascensos de sus maridos.

Cuando Anselmo, alelado, sin pensar en nada, no habiendo dicho ni una sola palabra en el coche, entró en el salón lleno de ruido y de luz, se tambaleó como si estuviese ebrio. Quería dar la vuelta, huir; pero Evelina ya arrastraba en un vals la larga basta rosa de su traje, y el pobre hombre, apoyándose en la pared, – desapercibido entre la multitud que reía y bailaba, – entró en una habitación vecina, caminó aún, buscando instintivamente la soledad, el silencio, la sombra; empujó otra puerta y cayó en un sofá.

Estaba solo en una habitación poco amplia en la que había una cama y que una lámpara iluminaba oscuramente colgando del techo.

¡Oh, Evelina! ¡Tan dulce y tan cruel! Tan buena y tan malévola! ¡Oh! ¡espantosamente malévola! Él comprendía que su felicidad estaba acabada; que no conocería ya la ternura del apacible amor, de las familiaridades sonrientes. ¡Ella ya no querría que él le tomase la cabeza durante las cenas, encima de la soperá! Lo esquivaría, lo engañaría, incluso lo abandonaría; ya que él no tenía dinero y ella lo quería. ¡Oh! ¡dinero! había personas que trabajaban menos que él y que ganaban miles y cientos! En las finanzas, en la Bolsa o en el comercio. Él, en el despacho, ocho horas al día y cuatrocientos cincuenta francos al mes. ¡Comprar con eso, dos veces por semana, vestidos de quinientos francos! No había nada que hacer si no se hacía rico; si no podía dar a Evelina todo el lujo que ella deseaba ya no la tendría más, ¡oh, su Evelina! Por instantes, lleno de rabia, quería regresar al baile, agarrar el brazo de su esposa, llevarla a casa, rasgar su hermoso traje, golpearla y decirle: «Desde este momento se acabaron las sedas: los vestidos de orleans, sin adornos; y despediremos a la criada; y mañana por la mañana tú te encargarás de las labores del hogar; zurcirás mis calzoncillos mientras yo estoy en el despacho.» Pues al fin y al cabo, zurcir los calzoncillos, hacer las tareas de la casa y llevar vestidos de orleans es la vida que debe llevar la decente esposa de un empleado. Pero se acordaba de lo que Evelina había dicho: «Si no puedes conseguir el dinero, yo lo encontraré.» ¡Lo encontraría! ¿Tendría un amante? ¿un amante rico? ¡Ah! era horrible y vergonzoso. Ahora la conocía. La muy ladina haría lo que había dicho. Era necesario que él ganase grandes sumas, él también, grandes cantidades. Sí, era necesario. ¿Pero cómo? ¿de qué modo? No era más que un subjefe; no entendía de negocios. Los billetes no se encuentran en las calles entre los adoquines, e incluso paseándose ante el banco de los Rothschild, ¡no se recogen en las aceras! Con los codos en las rodillas, se golpeaba las sienes con los puños, y finalmente, fuera de sí, con el corazón desgarrado, se puso a sollozar con grandes sobresaltos de pecho; el pobre y débil hombre mascullando: «¡Dinero! ¡dinero para Evelina!»

Levantando la mirada vio en el fondo de la habitación, en la penumbra, un pequeño escritorio de madera de ébano con incrustaciones de nácar.

¿Por qué miraba ese mueble? No lo sabía. Sin motivo, al azar. Como hubiese mirado maquinalmente la lámpara del techo o las porcelanas de la chimenea.

Lo miraba cada vez más fijamente. Observó que la llave, una pequeña llave, estaba puesta en la cerradura. Le produjo placer y miedo a la vez que la llave estuviese allí. Pero en realidad no sabía ni lo que esperaba ni lo que temía.

Algo extraño pasó.

Uno de los batientes del escritorio, mal cerrado sin duda por una mano negligente, se abrió lentamente, ampliamente, como si hubiese sido empujado desde dentro por alguien invisible. El marido de Evelin, se estremeció, se levantó, estiró el cuello hacia el mueble abierto.

En una de las estanterías había una cartera llena de papeles.

Anselmo corrió hacia el escritorio, abrió la puerta con manos febriles.

Billetes, muchos billetes: veinticinco, treinta mil francos tal vez. Suficiente dinero para comprar a Evelina todos los trajes que quisiera, bastante dinero para que ella no lo engañase nunca, ¡para que no lo abandonase! Se estremecía presa de la tentación. Lo invadía la idea de que estaba solo, que nadie lo había visto entrar en esa habitación, que nadie lo vería salir; que no se darían cuenta del robo antes de tres o cuatro horas como mínimo, que ya estaría en su casa para entonces; además había mucha gente en el baile y entre tantas personas no se sabría sobre quien podían recaer las sospechas. También pensaba que no se atreverían a acusarlo a él, cuya probidad era conocida. ¡Y al fin y al cabo no era culpa suya lo que sucedía! Él no había pensado en tomar el dinero de nadie. Era el escritorio que, abriéndose, le había dado la idea. ¿Por qué se había abierto ese mueble? ¿Quién había empujado la batiente? ¿Qué voluntad desconocida le ofrecía la riqueza, a él, miserable de repente? El verdadero culpable sería el azar. Desde luego todavía resistía, como hombre honrado que era. No robaría, ¡no quería robar! Inclinado, iba a dejar en la cartera el fajo de billetes que tenía entre sus manos. Pero la música de un vals, a través de las puertas, hizo que volviese la cabeza. Su esposa bailaba. ¿Con quién? ¡con alguien al que tal vez pensase convertir en su amante! Metió todos los billetes en su bolsillo y se dirigió hacia la puerta.

Se detuvo, había oído un ruido. Se aproximaban unos pasos sobre una alfombra. Se acercaban: ¡lo sorprenderían! Miró a su alrededor; ninguna otra salida que la puerta por donde iban a entrar las personas. Con la cabeza perdida se precipitó hacia la única ventana que allí había, se escondió detrás de las cortinas, arriesgándose a mirar entre las telas.

Los que entraron fueron Evelina y el conde de Roquebrou; y, ya en la habitación, ella le rodeó el cuello con sus brazos, riendo muy cerca de sus labios.

IV

¡Oh! ¡arrojarse sobre ellos, estrangularlos, morderlos! Iba a abalanzarse y las cortinas se movieron. Pero se puso a temblar de la cabeza a los pies, a punto de desfallecer.

¡Tenía el robo en su bolsillo! Los billetes que abultaban en su pantalón. Sin duda podía dejarlos, ocultarlos detrás de las colgaduras. Pero con el escritorio abierto y la cartera vacía también abierta, se darían cuenta; el conde de Roquebrou diría: «Yo tenía dinero aquí. ¿Dónde está? ¿Quién lo ha cogido? Fue usted.» Y todos los invitados acudirían, lo detendrían y sería un ladrón para todo el mundo, –¡un ladrón!

Evelina, colgada del cuello del conde, le susurraba tiernas palabras, un poco alegres, que excitan y hacen sonreír: que estaba encantada de estar allí juntos, tan cerca de todo el mundo, y tan lejos, de estar en una fiesta, y estar solos; que lo amaba, absolutamente, que nunca había amado, que no amaría a nadie más que a él. Y el conde le besaba los cabellos, mientras ella le hablaba así, risueña y alegre.

Anselmo veía y escuchaba todo.

El conde levantó vivamente la cabeza. Acababa de observar el escritorio abierto y la cartera vacía. Exclamó: «¡Me han robado!» y caminó hacia la puerta, queriendo llamar.

Pero Evelina, seria, le hizo una señal de que se callase.

¿Había visto a Anselmo entre las cortinas mal cerradas que se agitaban? ¿o había adivinado, por algún rápido instinto, que él debía ser el culpable?

–André – dijo al conde – yo conozco al ladrón. Está en esta habitación. Déjame a solas con él, te lo ruego. ¡Oh! no temas nada, todo se arreglará.

Añadió algunas palabras en voz baja y el conde salió.

Entonces Evelina fue derecha hacia la ventana, apartó las cortinas. Apareció Anselmo, pálido y con los ojos enrojecidos. Ella no le dijo más que estas palabras:

– Ambos somos unos canallas. Yo una puta y tú un ladrón. Tal vez sea mejor así, de ese modo nos entenderemos. De momento, escucha bien. Me he entregado al conde, tú le has robado su dinero. Estás perdido. Si te enojas te denuncio.

Es por lo que ahora, por la noche, Anselmo con la cabeza apoyada en la almohada, bosteza, gira la cabeza hacia el muro, y retoma su sueño cuando Evelina regresa de los Bouffes, con el champán en los ojos, y le abanica la frente con un abanico de concha y de marabú.

CLEMENTINA PAGET

Repudiemos toda vanidad y digámoslo con imprudente franqueza: los poetas y los artistas, incluso perdidamente enamorados, son unos esposos bastante mediocres y unos deplorables amantes.

Aquel que, poseyendo a una mujer – quiero decir más bien que es poseído por ella, – es susceptible de tener, ¡no más de una vez cada dos años! una sola idea no relacionada directamente con esa mujer; aquél cuyo pensamiento no constituya una adoración constante, la palabra sea una alabanza ininterrumpida y la actitud un arrodillamiento perpetuo ante la criatura amada; ese hombre por rico que sea, rico como el más rico banquero judío de Alejandría, guapo como el caballero de Eon, robusto como un minero de Cataluña, joven como el Sr. Delaunay de la Comedia Francesa, y tuviese tanto genio como Cleomenes, Shakespeare, o Delacroix – jamás será considerado por ninguna esposa o por ninguna amante como un enamorado perfecto, ni siquiera tolerable. Y no lo será en realidad, puesto que en ese leal intercambio que debería ser el amor, la mujer, entregándose, da todo lo que tiene, todo lo que es, no sabría dar más, y, consecuentemente, la menor reserva por parte de usted constituye una desigualdad en la reciprocidad, es decir un fraude, un robo.

Ahora bien, no podrá usted negar, por desgracia, lo obstinadamente que piensan los poetas o artistas, ¡mis colegas! cuando la rima de una balada o el modelado de una pierna o un torso se les resiste, mientras la bien amada, – bien amada pero no lo suficiente, – atraviesa el despacho o el taller con un roce imperioso de encajes o de sedas, con la evidente y legítima intención de ocupar y de extasiar toda nuestra alma mediante la elegancia de un traje nuevo o por el picante gracejo de un mechón recientemente peinado, que se enrosca un poco alborotado al borde del ojo.

No crea sin embargo que las esposas o las amantes de los artistas tienen la clemencia de confesarse satisfechas si sus maridos o sus amantes no les hurtan nunca la más mínima parcela de sí mismos. Es típico de las mujeres, como de los niños, pensar: «¡quiero más!» cuando se les ha dado todo. Desconocen lo que es estar saciados; ningún alto en el deseo. La ambición a contracorriente más bien que la propia ambición. «¿No te he ofrecido todos los diamantes y todas las estrellas?– ¡Quiero ese pequeño guijarro!» Y, además, por una ley fatal, la inspiradora es *siempre* la enemiga de la Inspiración.

Precisamente, Clementina Paget tenía esa suerte extraordinaria de ser amada por un hombre que, aunque artista, le pertenecía en cuerpo y alma de un modo absoluto. No había un rincón de su ser en el que ella no fuese soberana, únicamente ella! y, durante tres años, él no había tenido para con ella ni un minuto de indiferencia ni un segundo de distracción. Hechizo despótico, definitivo, perfecto. ¿Cómo demonios François Lugeolle, alma elevada y delicada, había podido prendarse hasta tal punto de una criatura definitivamente de una mediocre belleza y notablemente estúpida? una casquivana además, de la más baja especie. He de destacar que, poeta, pintor y escultor a la vez como los semidioses del Renacimiento italiano, en todo lo que hacía era la explosión de una gloria reciente, y tenía esa orgullosa belleza viril de los veinticinco años en la que todavía se dejan ver los encantos de la adolescencia. No importa como fuese, lo cierto es que la amaba tal como era. No trate usted de entenderlo; el amor sopla hacia donde quiere. En cierta ocasión, en un baile de disfraces al que había ido, después de una cena entre compañeros, no sé con que especie de capricho o curiosidad iluminada por el champán, la había visto disfrazada de lechera, blanca y gruesa, bebiendo con un montón de hombres con los codos desnudos sobre la mesa; y se la llevó. Estuvo con ella toda la semana, desconfiado pero contento; luego se quedó con ella para siempre. Esta muchacha, que había empeñado en el Monte de Piedad su único traje para alquilar un pingajo de carnaval; que conocía los largos pasillos de los hoteles de Montmartre, donde un farolillo destella, ante el escaparate del «Bureau», en el aceite de un vaso apoyado sobre un plato, y que había caminado más de una vez descalza sobre azulejos rojos para ganar la cama de los reservados amueblados, esta muchacha se vistió con las más raras telas, vivió en el lujo precioso de las colgaduras antiguas y de los muebles exóticos, hundió sus zapatillas de perlas en alfombras de Esmirna, profundas y suaves, tuvo almohadas de satén japonés, donde unas cigüeñas extienden sus alas de oro, bajo el sueño de sus tupidos y desordenados cabellos.

Pero François Lugeolle no se limitaba a desvivirse excesivamente para que ella fuese feliz y triunfante, sino que también le entregaba su corazón, tan joven y tan bueno, y su alma ingenuamente extasiada. Todavía hizo algo más: si no dejó de ser poeta, pintor y escultor no fue más que por ella y para ella; no le sacrificó su triple genio, pero se lo sometió.

A partir de ese momento Clementine se vio transfigurada por la magia del amor, que él cantó en sus nobles versos; ella era la ninfa idílica de los arroyos, que, velada de vapores y temerosa, hunde un pie en el agua fría, y se escapa, asustada; el fleco rosa de su vestido de diosa se arrastra como un rayo de aurora sobre la nieve del Olimpo. Y él no pintó otra cosa que no fuese ella, no esculpió más que a ella. Con ese espantoso goce que torturaba y repelía al rey Candaule, la mostró casi desnuda, odalisca, o Venus, o bacante, en sus calidos cuadros completamente explosivos de oro y púrpura; perdidamente colmado de delicia y celoso hasta la locura, reveló, mediante el mármol y el bronce, las formas admirables de ese adorado cuerpo. De modo que Clementina Paget – a quien los macarras del baile habían invitado a beber – no solamente tuvo la satisfacción de ser rica y de considerar las monedas de oro como piedrecillas de los caminos, no conoció solamente la embriaguez de ser idolatrada por un hombre joven y guapo, sino que su destino fue ser la inspiradora, tan ilustre, de un creador genial, y de ver su belleza immortalizada por veinte obras maestras, a partir de entonces imperecedera, ¡compartiendo la popularidad triunfal del genio!

Pero se aburría espantosamente.

Sí, se aburría.

Tratando de ser una buena chica se esforzaba en sonreír, en parecer contenta, pero era en vano; François Lugeolle se daba cuenta de que ella no era feliz. Mantenía

prolongados silencios, acostada en el sofá del taller, con la mirada perdida en el techo, con los brazos caídos. ¿Qué le faltaba? ¿No poseía todo lo que pudiera desear una mujer? Cuando él le preguntaba insistiendo: «¿Qué te ocurre, qué te pasa?» ella respondía, con voz lenta, ocultando un bostezo: «Nada, amigo mío,» y continuaba con su silencio, volviendo la cabeza hacia la pared quería que la dejaran tranquila.

Para sacarla de esta languidez, cada día más profunda, François Lugeolle intentó mil estrategias. ¿Quizás no tuviese suficientes vestidos lujosos, bastantes joyas espléndidas? Vendió una casa que tenía y con el dinero que le pagaron por trabajos futuros gastó en modistos y en orfebres. Ella sonrió un instante pero su tristeza se reanudó. Él pensó que viajar conseguiría distraerla: en Italia estuvo taciturna, no quería levantarse por las mañanas para ir a visitar las ciudades; en Escocia dijo: «Volvamos a Paris.» Una vez de regreso, él salió con ella todos los días, paseándola lentamente a lo largo de los escaparates, vigilando si en sus ojos se despertaba algún deseo. No. Ella miraba ante sí, vagamente; se detenía alguna vez ante esas tiendas donde se venden fotografías, pero por poco tiempo y continuaba caminando sin decir una palabra. François Lugeolle tuvo una idea espantosa: ¡sin duda echaba de menos su antigua vida! los sucios goces de los antros, y los bailes, y las palabras soeces, y el vino que allí se bebe, despeinada, bajo los toneles de las verbenas. Aprovechando el carnaval, la condujo al lugar donde la había conocido; permaneció melancólica proponiendo regresar. Entonces, no sabiendo que imaginar, él temió que no lo encontrara lo bastante célebre. ¿Tal vez juzgaba que él no la había cantado, pintado, esculpido con bastante talento? Se puso manos a la obra, compuso su más hermoso poema, expuso en el salón de pintura una «Marozia con el papa Juan X» que provocó el entusiasmo del público, y, en el salón de escultura, una Venus Pandemia que ¡obtuvo la medalla de honor! Ni siquiera leyó los periódicos donde se hablaba de él y de ella. Se mantuvo en los rincones de la casa, con la cabeza baja, o bien, de pie, con la frente pegada al cristal mirando al portero que barría el patio.

Una tarde, regresando, no la encontró en casa; y pasó toda una noche horrible sin que ella regresase. Loco, con zarpas de bestia desgarrándole el corazón, se dedicó a recorrer el barrio, preguntando a todo el mundo. En casa del tendero cayó sobre una silla, abatido, contando su historia a unos cocineros que iban a hacer sus compras. Nadie había visto a Clementina. La única información un poco precisa fue proporcionada por una vendedora de periódicos que había visto la víspera a la señorita Page pasar, sobre las ocho de la noche, del brazo de un caballero muy bajito, no bien parecido, gordo, con aspecto grotesco. François Lugeolle se lanzó a través de Paris, al azar, buscando a su amante. No dudaba de que lo había abandonado voluntariamente, que incluso tal vez lo hubiese engañado; la vendedora de periódicos debía haber visto bien. Pero, torturado por el abandono más que por la traición, sentía que Clementina le era indispensable y que sin ella no podría vivir; y, cobardemente, se dijo a sí mismo que la perdonaría. Fueron diez días de carreras, de esperanzas frustradas, de angustias. Por fin abandonó, vencido, ¡hasta perdió el valor de buscar! Una mañana, en la calle de Maubeuge, se encontró cara a cara con ella, cuando la joven entraba bajo un portal, vestida de franela con una cesta colgada del brazo.

Él le tomó las dos manos; luego, sin reproches y con lágrimas en los ojos, se puso a hablar tristemente, suavemente, tiernamente; no pidiendo explicación alguna, prometiéndole no preguntar nunca, suplicando que regresase con él a su casa, ¡eso fue todo!

Un poco irritada al principio, acabó por responder, levantando los hombros:

–No. No quiero. Tengo otro amante.

El se estremeció; se contuvo.

–¿Otro amante?

–Sí, estoy con alguien.

–¿Con quién?

–Con Mousseron.

–¿El fotógrafo?

–Exacto. Vive ahí. Su nombre está en la puerta.

Espantado, estúpido, François Lugeolle dijo:

– ¡Pero Mousseron tiene cincuenta años!

–Ya lo sé.

–Es calvo, ¡horrorosamente feo!

–Ya lo sé.

–¡Y está en la miseria! Ha quebrado el pasado mes.

–Ya lo sé.

–¿Y me has abandonado por él?

–Tal y como te dije.

–¿Por qué? Explícame al menos la razón, desgraciada – gritó François Lugeolle llevándose las manos a la cabeza.

Ella lo condujo ante un gran marco compartimentado colgado en uno de los batientes de la puerta de la cochera.

–¡Por esto! – dijo ella en voz alta, levantando orgullosamente la frente.

Clementina Paget, que había sido cantada en tantos poemas, que había triunfado en las telas estremecidas de vida, ensalzada, ninfa adorable o bacante heroica, que había sido diosa en la inmortalidad del mármol, señalaba con la mano un cartel fotográfico donde aparecía montando a caballo, en corsé, ante un espejo.

EL ENAMORADO DE LA SEÑORITA MASSIN

I

Cuando incluso la mismísima Venus se hubiese levantado para transformar en caricias carnales el abrazo alrededor del cuello con sus dos brazos de mármol, el barón de Hercelot no hubiese sentido el más mínimo estremecimiento recorrer su piel pesada y flácida como una piel de pescuezo, y sus húmedos párpados, colgantes, no hubiesen producido ni un parpadeo. Pues era un hecho: de todos los muertos vivientes, él era el que más muerto estaba. ¿Su corazón? piensen en un limón vacío, seco, donde unas comensales, toda una noche, han metido y vuelto a meter la punta puntiaguda de sus uñas. ¿Su consciencia? un sonámbulo, nunca lúcido. ¿Su estómago? una perpetua náusea un día tras otro. No experimentaba ninguna alegría cuando pasaba en vestido primaveral, bajo el sol dominical, una muchacha risueña, un poco sonrosada bajo la sombrilla, como un perro no experimenta ningún placer en mirar una flor; él consideraba, a la hora de dar limosna, la fatiga de extender el brazo, y en el rechazo de dar, lo irritante de tener que decir no; incluso después de un paseo matinal a lo largo de la fresca orilla del río y absolutamente hambriento, no hubiese sonreído viendo humear una gran tortilla de oro bajo el cenador. Ni los sabios desenfrenos que premeditan esas flacas parisinas poniendo su corsé con la furia de las Marozia papales o el ingenio de las busconas de Montboissier le afectaba; ni la sangre de una antigua afrenta le subía a la cara; ni las culpables alquimias de un cocinero diabólico, discípulo a la vez del marques de Sade y de Careme, que hubiese servido al barón trufas recogidas bajo la tierra del Vesuvio, y cocidas, aliñadas con pimienta, en la piel de una guindilla de las Antillas, hubiesen despertado en él el deseo, el remordimiento, el hambre. Y usted lo ha visto pasar muchas veces por delante de Tortone, a ese parisino monstruoso, lento, pesado, gordo, pálido, expuesto al sol, como una enorme cosa sucia, con su obesidad de cadáver de ahogado.

II

¡Se enamoró! sí, enamorado perdidamente, tiernamente, ¡deliciosamente enamorado! Tras una larga cena, donde, por casualidad, había bebido sin demasiado disgusto uno o dos vasos de Chateau Yque, había ido a ver representar *Nana* – un viejo melodrama romántico, que, en esa época, en el teatro del Ambigu, estaba muy de moda – y, de repente, como un colegial cuyo corazón se ilumina a la vista de una muchachita vista a medias, se quedó prendado de una actriz llamada Señorita Massin, que tenía el papel principal en la obra, hoy olvidada, del Sr. William Busnach. Y la pasión que lo invadió fue tan franca y calurosa que ese muerto resucitó ¡como si le hubiesen transfundido en las venas toda la sangre viva y pura de un hombre joven! Estupefacto y radiante con su existencia, se dio cuenta, al salir del teatro, que el viento era fresco, que las estrellas del cielo sonreían pensativas y encantadoras como ojos de mujer. Respiraba a pleno pulmón, se hinchaba de aire y se bienestar. ¡Tuvo hambre! ¡tuvo sed! Se sentía bien. Se acordó de una familia de Étampes a la que había arruinado, antaño, en la época en la que él era director de un banco: resolvió compensar a esas pobres personas. Encontrándose con un hombre al que apenas conocía, le estrechó la mano cordialmente, preguntándole con interés: «¿Qué tal le van las cosas?», y le dijo: «Hasta luego», con cariño. Una pobre vendedora de flores, en harapos, lloraba bajo el oscuro umbral de una puerta; ¡tuvo la idea de adoptar a esa niña! al menos le dio un luís, y, viéndola reír, se dijo a sí mismo: «¡Ah! que bueno es ser caritativo.» Luego, por la noche, con la mente repleta de sueños en la fiebre de la almohada, volvió a ver a la poderosa cautivadora que lo había rejuvenecido, reavivado y renovado completamente ¡con una sola mirada! Incluso se sintió tan conmovido que a punto estuvo de escribir versos.

No solamente había rejuvenecido, se había vuelto un niño. Sintió una timidez exquisita, frágil brote de una vieja rama. ¿Volver al teatro donde actuaba la señorita Massin? No se atrevió. Un sentimiento de pudor lo frenaba en volver a encontrar su alegría. Sin embargo, después de ser informado en casa del portero, temblando, de la dirección, osó escribirle. Todos nosotros hemos escrito, cuando éramos adolescentes, esas letras ingenuas y pedantes a la vez, donde la sinceridad de los primeros amores se adaptan aquí y allá a las lecturas de algún libro novelesco. Le decía que se moría da amor; que ella le había revelado un mundo nuevo, desconocido, ideal; que era su sueño hecho mujer o quizás ángel; que le había dado un alma, un corazón; que la respiraba en el aire, la veía en la luz, la seguía en el viento,; y que, si no consentía en ser dulce para él, no le quedaría más remedio que ahogarse o ahorcarse, sí, ahorcarse, tras haber recomendado que se le enviase un trozo de soga a la Señortira Massin, a fin de que fuese feliz después de que él muriese. En esos arrebatos era tan cándido que no pensaba siquiera en confesarle que tenía cincuenta mil libras de renta y un palacete en el Parque de los Príncipes. y le escribió cinco veces, diez veces, veinte veces. Pero ella no le respondía nunca, sin duda teniendo la bonita joven, otras cosas en que pensar. De modo que comenzó a sufrir de un modo espantoso, adelgazó y perdió el apetito que por ella había recuperado, cayendo enfermo. Ella se enteró y se conmovió. Llena de piedad, – ¡oh! ¡solamente de piedad! – por ese pobre hombre pletórico de tanto amor, consintió en recibirlo una tarde.

III

Él subía la escalera. Su corazón era tan grande que le reventaba el pecho. Se tambaleaba en la rampa, apenas atreviéndose a avanzar, con ganas de huir. Encontraba deliciosa toda la turbadora angustia de las primeras citas. ¡Por fin iba a verla! ¿Era

posible? ¡ella estaría allí, y él cerca de ella! Qué alegría, era la quimera, el sueño hecho realidad. ¡Era cierto, era cierto!; tenía en el bolsillo de su chaqueta la carta en la que le decía: «Estaré en casa, mañana a las tres.» Se precipitó, llamó, ni siquiera perdió tiempo en entregar su sombrero a la criada y entró en el salón.

La Señorita Massin había llevado la clemencia hasta el extremo de estar ese día más bonita que nunca. Bajo los reflejos, apenas dorados de las cortinas de seda que tapaban las ventanas y daban al ambiente como un tono de viejo márfil disperso, ella se mostraba en todo su esplendor, un poco sonrosada, entre los encajes de su vaporosa bata; los párpados bajos, como lasos, sobre sus ojos lánguidos, con la boca roja, entreabierta en su rellenita cara de mujer pícara; inclinaba la mejilla sobre un hombro de nieve calida, de donde se caía una sisa, y bajo su mentón sus bellos brazos cruzados sin mangas. ¡Todos los perfumes salían de ella! El extremo de una chinela de perlas, donde el pie estaba desnudo, sobresalía del último volante de la bata, como el morro de una galga se desliza bajo una cortina.

– Siéntese caballero – dijo ella.

Y siempre mostrando toda su belleza, –inconsciente, mejor no lo podía hacer, – añadía, misericordiosa, una sonrisa para la ocasión.

Sin embargo él, ante esa juventud y ese hermoso donaire, permanecía silencioso y taciturno, aterrado. ¡No era alegría, ni admiración, ni amor lo que se vislumbraba en su mirada!, sino desesperación, espanto, horror. De súbito se había vuelto espantosamente pálido; Unos temblores, como si hubiese caído en hielo fundido, sacudían su cuerpo. ¡Ah! Desde luego ningún hombre, acabando de perder a la vez su más glorioso sueño y su última ilusión y el honor, – no, ¡ni incluso Icaro caído del carro celestial! – no ha estado tan despiadadamente afligido, destrozado, vencido, como lo estaba en ese momento el barón de Hercelot.

Farfulló con un estrangulamiento en la voz:

–¡Usted! ¡usted!... ¡Que! ¡es usted!... ¿Así es como usted es?... blanca y rosa... con donaire... fresca... En la obra, usted es...

Ella rió a carcajadas.

– ¡Yo no soy fea más que en la última escena de Nana! – dijo ella.

–¿En la última escena?

¡En efecto! la noche en la que se había prendado de la señorita Massin, había llegado al teatro muy tarde, tras una larga cena. ¡Comprendió todo! Mascullando una blasfemia, con el rostro en las manos para no volver a verla, dio la vuelta violentamente, corrió hacia la puerta, bajó a trompicones la escalera y huyó.

Ahora ha vuelto a caer en su pesada apatía. Ni deseos, ni remordimientos, ni hambre ni sed. Algunas veces sin embargo, todo su ser se sobresalta; sus ojos se humedecen, llenos de nostalgia por su sueño: acaba de recordar, bruscamente, la suprema decepción y solloza, llora por su quimera desvanecida. Pero ¡cuídate mucho de burlarte de él o de despreciarlo! pues ¿estás seguro, tú, que has ido en París, en cien veladas, a aplaudir lo odioso y adorar la podredumbre, estas seguro de no parecerle a ese Monstruo? Y esta es la moral de este cuento.

LA MADRE DEL ACTOR

Había impedido entrar al peluquero deteniéndolo en la puerta del camerino diciendo: «¡Una peluca! ¿Es que mi hijo tiene necesidad de una peluca con unos cabellos como los suyos?» Había rogado al encargado del vestuario que no se metiese en lo que no le incumbía. «¡Para vestir a mi Emmelin no estoy más que yo!» Y en efecto, ella, solamente ella, con sus viejas manos grisáceas, un poco temblorosas, había peinado, perfumado, alisado, amoldado en largos bucles los finos cabellos de oro pálido del joven; y fue ella quién tirado de la seda del maillot rojo, anudado los cordones de los zapatos, abrochado las mallas, arreglando con su meñique el encaje del cuello, y, soplando encima, dado a la pluma del gorro el aire ligero y vibrante de una ala que se dispone a levantar el vuelo. ¡Ella misma maquilló a su hijo! Casi nada de blanco, una ligera capa de polvos, como quien diría nada: ¡él poseía, sin artificios, una palidez tan fresca y tan clara! Como nieve transparente. Pero no le iba mal un poco de carmín al borde de las narices, un poco de azul encima del labio para dar la sensación de un incipiente bigotes que todavía no pugnaba por salir, y sobre todo negro en los ojos. Los ojos, por ahí fallaba; no es que fuese bizco, pero la mirada no tenía la profundidad húmeda y cálida, la languidez cansina, que gusta a tanta mujeres. Esto es comprensible, ya que un hombre a los diecisiete años es como una muchacha. En definitiva, necesitaba «arreglar» los ojos. Y cuando su madre hubo acabado, gesticulando y cotorreando, de engalanar al joven actor, se volvió hacia nosotros, – con el rostro del color de barro seco, fea, bigotuda, agujereada de viruela, con verrugas, pero transfigurada en ese momento casi hasta la belleza por el triunfal entusiasmo del amor maternal, – y exclamó con los puños sobre las caderas: «¡Eh, ustedes!, díganme, ¿hay alguien igual a mi muchacho?»

Ciertamente Emmelin era un adorable adolescente; se había destacado en el último concurso del Conservatorio por su gracia casi angélica; además ya tenía talento; la temeridad ingenua de su inexperiencia era un encanto añadido. El Sr. de la Rounat lo había contratado de inmediato, luego, habiéndolo visto grácil y fino como una jovencita, le hizo debutar en *el Passant*; esa noche, por primera vez, el personaje de Zanetto sería interpretado por un hombre. Bajo su bonito vestido de bohemio florentino, la capa sobre los hombros, el laud en el muslo, Emmelin tenía el aire altivo y delicado de las impertinentes damiselas de Shakespeare o de Fletcher, que se convierten, en las

aventuras, en los pajes de sus amantes, y su rostro puro, orgulloso, tierno también, ofrecía una boca infantil que era una deliciosa rosa fresca, de donde exhalarían todos los versos, con toda naturalidad, como perfumes que cantan.

La campanilla del regidor sonó en los pasillos.

—¡Vamos allá!— dijo la madre sobresaltada por el ruido como un animal que ha recibido un latigazo—Date prisa, es el gran momento. Yo no iré a la sala, estaría muy nerviosa viéndote. Si alguien hiciese: ¡hum! ¡hum! o se burlase, o tosiese, seguramente lo estrangularía. Vamos, no tengas miedo. Estás precioso como un astro y tienes más talento que los demás. ¡Lo sé muy bien, yo, tu madre! Además, fíjate, pregunta a esos caballeros. Vamos, rápido. Dime, ¿te acuerdas de mis recomendaciones? —añadió ella con una voz un poco menos alta. Fíjate en la primera silla de la izquierda de la planta de butacas. Es la Señora de Portalègre quien la ha reservado. Estoy segura, me he informado en la taquilla. Esa dama se interesa por ti desde que te ha visto en los Mirlitons, en *Noche de mayo*. ¡Puedes quejarte! ¡una condesa! una auténtica. No está mal para comenzar. Debes ser cortés con ella. Mira a la izquierda de vez en cuando, — ya sabes, así, por el rabillo del ojo, — sobre todo en los momentos en los que mantienes los diálogos un poco tristes, al final de la gran escena. ¡Ah!, otra cosa, si Leonie está en la sala, pues esa descarada es capaz de todo, te prohíbo que le prestes atención. ¡Ya le daré yo Emmelines a esa doña nadie! ¿Pero quieres irte ya? No te beso, te dejaría marcas. Adelante. Ánimo. Sabes que te adoro, mi queridito ¡Ah! los tres golpes de la suerte. ¡Rápido! ¡rápido!

Y cuando lo hubo empujado fuera del camerino con los febriles movimientos de una alegría llena de angustia, exclamó en el pasillo:

—¡La primera silla a la izquierda! ¡No lo olvides, tesoro!

Yo iba a seguir al debutante y a los dos periodistas con los que había ido a los bastidores del Odeon; pero la madre de Emmelin me retuvo por el brazo, casi con brusquedad.

— ¿Tiene usted mucho que hacer en la sala? — dijo ella con voz saltarina. Usted no tiene nada que escribir. Quédese, ¿quiere? Charlaremos. Si no tuviese a nadie con quien hablar me pondría a llorar como una Magdalena o destrozaría algo.

Yo la miraba. Realmente era presa de una extrema agitación. Su rostro, en sacudidas de estremecimientos, se plegaba mediante bruscas arrugas; sus ojillos redondos, sin cejas, llameaban como dos canicas de fuego; se podían distinguir los latidos de sus sienes donde caían unas mechaz grises; y, en el estrecho camerino, iba y venía de una pared a la otra, con las manos crispadas detrás de la espalda, o mordiéndose las diez uñas. Me senté y le dije:

—¿Quiere usted ardientemente a su hijo, señora?

—¿Si lo quiero? ¡Por el amor de Dios! ¡Si lo quiero! Pero si ese querubín es mi carne, mi sangre, mi corazón, mi médula, mis entrañas, mi vida! ¡Ah! ¡menuda pregunta! Debo decirle, caballero, que yo ya era casi vieja cuando lo tuve; es natural que las jóvenes tengan bebés; ellas están contentas, no se extrañan. Pero yo, a los cuarenta y cuatro años, experimenté mucha más alegría a causa de la sorpresa. Y además a cierta edad, una ya no tiene ilusión por los bailes, los vestidos y las francachelas, y como no tenía nada más, Emmelin lo ha sido todo para mí. ¡Era el más bonito de los serafines del buen Dios! ¡tan blanco! ¡tan sonrosado! un ángel hecho de nieve y fresas. Por la mañana, cuando lo lavaba, lo dejaba completamente desnudo ante el espejo, al dulce angelito, para poder ver dos. Pero también tuve mis penas. No era robusto del todo. A los cinco años parecía que tenía tres, pequeñito, demasiado gordo, un poco torpe, cayendo cada vez que quería correr. Puedo decir que he pasado noches sin pegar ojo escuchando su respiración, tocándole la frente para ver si tenía fiebre,

sudar en frío pensando que una de esas mañanas lo metería en un ataúd y tendría que enterrarlo. Finalmente fue ganando fuerzas gracias al aceite de hígado de bacalao. Era muy difícil hacérselo tomar; nunca se decidía a vaciar la cuchara si yo no comenzaba bebiendo incluso por la botella mucho tiempo, y le aseguro que no lo engañaba. ¡Había semanas en los que me bebía más de un litro de aceite! Él reía viéndome hacer gestos. Era encantador, ¿verdad? Pero hete aquí que, más tarde, a los doce años, enfermó de viruela. Estuvo entre la vida y la muerte durante seis semanas. Imagínese como estaba yo. ¡Una loca! sí, me volví loca. Si no moría sería feo toda su vida, él que era tan hermoso. Por fortuna, la portera de nuestra casa había dicho un día delante de mí, sin prestar atención, que para salvar a alguien de la viruela, bastaba con acostar al enfermo con una persona sana; ésta contraería la enfermedad y la otra curaría y ni siquiera quedaría marcada. Acosté a mi Emmelin en mi cama quince noches y quince días, abrazándole, estrechándole contra mí, ¡besándolo por todas partes sobre su mal! No me levantaba más que para darle sus tisanas. Y, mire usted, ha dado resultado,— añadió la madre inclinándose para hacerme ver mejor su cara odiosamente horadada de cavidades grises y completamente radiante con un alegre orgullo.

Se puso a caminar de nuevo.

—Todavía viví otras historias a causa de él. Mi marido era una persona excelente; no le había aportado en dote más que una pequeñísima renta, y el pobre para ayudarnos a vivir se dedicaba a una ruda tarea, ¡puede usted creerlo! Era el que suministraba el carbón a las calderas del ferrocarril en la línea de Orleáns. No tiene usted idea de lo extenuante que es ese oficio, y precisamente mi marido no tenía más fuerza que una gallina. Me rompía el corazón verlo desriñonarse. ¡Qué quiere usted! Había que pagar la pensión y las ropitas del pequeño que iba elegantemente vestido, se lo prometo, para ser hijo de pobres. Yo adoraba a mi esposo y lo respetaba como que hay Dios en la tierra. Pero ¿no se le metió en la cabeza hacer al niño aprendiz de carroceros? ¡Eso era demasiado! Imagínese usted, mi Emmelin obrero, en blusa de faena, con las manos callosas, no, dígame, ¿puede imaginárselo? Emmelin, que era tan frágil, que yo siempre tenía miedo de romperlo cuando lo abrazaba, y tan bonito que no podía salir con él sin que las bellas damas, en los paseos, no corriesen tras nosotros para darle caramelos. Discutimos. Mi marido mantenía su idea; no había medio de que diera su brazo a torcer. Entonces, una buena mañana, no lo pensé ni una ni dos veces y dije a mi hijo: «Vámonos» y no volví a poner los pies en la casa.

Se interrumpió con un gran suspiro.

—¡Pobre viejo!— continuó — Le supuso un terrible golpe. Murió, sólo, seis meses después, tratándome de desvergonzada. Pero, mire usted, hice lo que tenía que hacer. ¡Yo tenía mis proyectos! Puesto que Emmelin ya iba a tener catorce años y yo quería que entrase en el Conservatorio; en lugar de ser un obrero, sería un artista.

— Sin duda usted había observado en él una imperiosa vocación, ¿no es así?

—¡Ah!, caballero, ¡no había más que oírle recitar sus fábulas para adivinar lo que algún día debía ser! Recitaba con una voz tan dulce y tan acariciadora que producía calor en el corazón, y hacía unos gestos tan adorables, unos pequeños mohines tan divertidos, guiñaba los ojos tan oportunamente que incluso las personas que no lo conocían exclamaban: «¡Ah!, con seguridad será un gran actor». Sin embargo no iba solo al Conservatorio al principio. No, ¡no se imagina usted lo que pasa en ese sitio!. Los protectores, los favores ilícitos, el primo de uno por aquí, el sobrino del otro por allá; eso me asqueaba, le doy mi palabra. Además nos faltaba el dinero. Con mil doscientos francos al año no es fácil pagar el alquiler, la comida, la ropa de dos personas; ¡las lecciones particulares son muy caras también! Por fortuna, todavía soy robusta para mi edad y el trabajo no me asusta. Me hice limpiadora de hogar y

cuidadora de enfermos; por la noche, cuando no vigilaba a mujeres acostadas, cosía a máquina para tiendas de confección. Una joven de la clase de violón que había tenido demasiadas ganas de tener un accésit, me entregó a su hijo para que lo cuidase; doce francos a la semana. En resumen, eso era lo que había. Lo que era más difícil era encontrar tiempo para dar la réplica a Emmelin cuando estudiaba sus papeles y para acompañarlo al Conservatorio, pues debe usted comprender que ¡no lo dejaba salir solo! ¡Ah! bien apuesto como es, no habrían tardado en arrebatármelo. ¡Hay tanta lagartona por ahí! Nada más pensar en eso me estremezco de pies a cabeza. Tanto extenuada como no, siempre iba con él; no entraba, porque verle vigilado por su mamá haría reír a sus compañeros; lo esperaba en la puerta, en la calle del Barrio Poissonniere, durante horas, cuando había pasado la noche haciendo cataplasmas era duro; algunas veces dormía de pie, bajo la lluvia, en el fango. Fue allí donde contraje mi catarro.

– En fin, señora, ya ha quedado liberada de esos contratiempos. Su hijo ha obtenido un segundo premio de comedia...

– ¡Una infamia! Merecía el primer premio, y más bien dos veces que una. Sin embargo, como usted dice, estamos ya liberados. Emmelin tiene un contrato con el Odeon y espero que el público sea más justo que el jurado.

Se detuvo frente a mí.

– Pero, mire, – me dijo – ¡que cosas más curiosas ocurren en la vida! ¿Crearía usted que tantas penas, privaciones, esfuerzos, han estado a punto de no servir para nada?

Yo la interrogué con la mirada.

– Y eso – continuó con un gesto de violenta cólera – ¡por culpa de una zorra a la que uno no quisiera ni para actuar en un teatro de barrio! Leonie. ¿Sabe usted?

– ¿Leonie?

– Una neófita que está en la clase de Delaunay. Rubia de frasco, con unos ojos grandes completamente estúpidos, como ojos de oveja. Da la impresión que de un momento a otro va a comenzar a balar.

– No, no la conozco.

– ¡Lo felicito! Pues bien, caballero, Emmelin se había enamorado de ella. Yo no sospechaba nada, les dejaba hablar juntos, pensaba que no tendría consecuencias. ¡Qué estúpida era! Hace dos meses, Emmelin me declaró, anegado en lágrimas, que Leonie era un ángel, que no amaría nunca a otra mujer más que a ella, y que si patatín y que si patatán, un montón de bobadas, y que si yo no quería que él la adorase a su manera, – creo, Dios me perdone, que hablaba de casarse – se haría saltar la tapa de los sesos. Entonces, mire usted, me invadió tal rabia que creía que cometería un crimen. ¡Él! ¡mi Emmelin! enamorado de una mosquita muerta que no tiene talento, ni dinero, que es la hija de una portera, y a la que su madre habrá vendido, antes de seis meses, al primer recién llegado si éste es lo bastante torpe para comprar semejante mercancía. Lo típico en esas personas, vaya. Enseguida había juzgado a esa madre; e incluso antes de que Emmelin me hubiese puesto el pastel bajo la nariz, no me preocupaba frecuentarla porque si hay algo en el mundo que me disgusta es una mujer tan innoble para traficar con su hija. Eso no ha ido más lejos; Emmelin gimió, lloró, me abrazó, se colgó de mi cuello, «mamaíta por aquí, mamaíta por allá», le prohibí rotundamente que hablase con Leonie; y, al día siguiente, en el patio del Conservatorio, le propiné un par de bofetadas que no olvidará fácilmente. ¡Incluso me hice daño en la mano!

– Ha sido usted muy severa, señora. Si esos dos jóvenes se amaban, la felicidad de su hijo...

– ¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo dice usted? ¿La felicidad de mi hijo? ¿Emmelin habría sido feliz, porque se hubiese compinchado con una pobretona? Entonces, ¿no hay que comer

y beber en la vida? ¿Cree usted que es alegre, incluso cuando se adora, arrastrar la miseria? ¡Nada de eso! Con el talento y la belleza que tiene, Emmelin tiene otra cosa que hacer que arrullar por una pobrecita en una choza sin muebles. Por ejemplo, dígame usted, ¿es que no ve en Paris y en el extranjero, a artistas – actores o cantantes que no valen un céntimo, y que tienen palacetes, caballos, coches? Sí, sí, necesita tiempo, sé que no se logra ganar grandes sumas al principio. Esperando todo llegará. Yo conozco el mundo. Uno es hábil recitando versos en los salones al principio. Se conocen condesas con buen gusto, – fíjese, hay una esta noche en la sala, precisamente, – y también se conocen marquesas, princesas en ocasiones, o hijas de banqueros que no son desdeñables. ¡Ah! no aconsejo a Emmelin que se case; es demasiado joven; además, siempre más vale no contraer compromisos que no se pueden romper siquiera pagando una indemnización. Pero sin casarse tiene oportunidades. Usted ya me entiende. Yo digo que mediante la protección de las mujeres se puede conseguir todo, obtener gloria, fortuna...

– Me levanté con una náusea.

– Y sin duda espera usted – le dije con dureza – que una vez famoso y rico por tales medios, su hijo reconocerá generosamente los servicios que usted le ha prestado.

Ella se volvió completamente pálida. Y, con la voz sacudida por una indignación evidentemente sincera, dijo:

– ¡Es una infamia lo que usted piensa! ¿Acaso hay otra cosa en el mundo para mí que mi hijo? ¡Todo lo que espero es para él, solo para él! Que sea más guapo, más brillante, más orgulloso que los demás, eso es lo que quiero, y cuando sea todo eso, cuando no tenga nada más que desear de todo lo se puede querer, entonces estaré contenta y desapareceré, e iré a vivir en algún pueblo, muy lejos, con mis mil doscientos francos de renta. ¡Ah! solamente me abonaré a los periódicos para leer lo que se escriba de él.

En ese momento un violento ruido de aplausos, repetido, reiterado una vez más, llegó hasta el camerino.

– ¡Ha triunfado! – grito la madre abalanzándose.

Yo la seguí. Loca de alegría iba entre bastidores buscando a su hijo. Las personas que encontraba le decían: «¡Muy bien, muy bien, la felicito, es un gran éxito!» Ella reía corriendo. Gritaba: «¡Emmelin! ¡Emmelin! ¿dónde estás?» Pero no lo encontraba. ¿Dónde podría haberse metido? Finalmente un botones del teatro dijo: «Saliendo de escena, el Sr. Emmelin ha puesto un gabán sobre su traje y se ha ido por ahí, por la pequeña escalera...»

– ¿Solo?

– No, con una dama.

Yo estaba cerca de la madre, vi sus ojos inflamados de alegría, y la oí murmurar:

– Con la Señora de Portalègre, ¡seguro! habrá venido a buscarlo. Debe estar loca por él.

Pero el muchacho del teatro continuaba:

– Con una dama que ha permanecido en el teatro durante toda la obra. Creo que es la señorita Leonie.

La madre emitió un grito que hizo acudir a actores, maquinistas, bomberos, y, completamente fuera de sí, con el aspecto de una cataléptica, los ojos desmesuradamente abiertos y llenos de un espanto desolador, de dejó caer, como se abate una plancha, diciendo: «¡Perdido! ¡Se acabó, está perdido!»

No he podido dejar de mirar sin piedad a esa vil y miserable mujer que a su modo, desgraciadamente, era una buena madre.

LA DUQUESA DE COUAREC

I

Georges y yo caminábamos por un paseo flanqueado por unos plátanos, sin hablar. Era una de esas tardes de otoño, tibias, tiernas, dolientes, que nos adormecen tan lánguidamente el alma, y hacen que todo nuestro ser, dilatado, abierto, ofrecido, se funda con la ensoñación crepuscular de las cosas y en ello se regocije. Bajo el cielo sin nubes, donde palidecía la encantada melancolía de su azul, tras el antiguo castillo que todavía no tenía iluminadas sus ventanas y que erguía su forma rectangular completamente negra con cuatro sólidas torres, la luna elevaba lentamente, llena, sin halo, blanca, creciendo sobre los tejados, sobre la terraza, sobre las cestas del parterre y sobre los profundos árboles, y sobre el lejano horizonte, su inmensa y diáfana palidez, semejante a una red encrespada de plata.

Yo me detuve, radiante.

Allí, muy cerca de nosotros, – pero sin duda no nos veía por culpa de las ramas que intensificaban la penumbra, – la duquesa de Couarec estaba sentada delante de un rosal, teniendo en sus rodillas a la pequeña Lola, su hija, que le sonreía bajo los labios. Yo estaba invitado en casa del duque hacía seis días, y muchas veces había admirado a la hermosa y joven mujer; nunca me había parecido tan adorablemente exquisita y pura como esa tarde, en la suavidad de la luminosidad nocturna y del jardín en calma. Vestida de blanco con su largo vestido que la luna envolvía de un aterciopelado níveo, con el busto medio inclinado como la curva de un esbelto tallo de lis, dirigía bajo el oro pálido de sus cintas que habían sido un poco manoseadas por las caricias de la niña, su grave y suave rostro en el que la serenidad de la sonrisa se extasiaba de ternura, donde las miradas tenían el augusto candor que se atisba en los ojos pintados de las Madres virginales. El misterio de la hora añadía a esta visión todo el alcance del pensamiento. Y, cuando la duquesa, más inclinada aún hacia su angelito, lo besó ampliamente en la frente y en sus cabellos desordenados, sentí que me empapaba, como una agua deliciosa y fresca, el ejemplo del immaculado amor y la pureza infinita.

¿Había hablado en alto, mientras soñaba? es probable; Georges me dijo al oído, con voz ruda, donde temblaba la cólera:

– Y sin embargo, si un rayo divino cayese sobre esta mujer, y la destrozase, ¡el rayo sería una bendición! Pues, en realidad las Cleopatras fatales, asesinas, amantes de esclavos nubios, y las cinicas, Mesalinas, y las Faustinas desenfrenadas, y esas reinas de Francia a las que poseía el sangriento demonio de la Lujuria, fueron menos abominables que ella.

–¿Estás loco? –exclamé.

–No. Ven.

Me arrastró hacia el fondo más oscuro del paseo.

II

«¿Tú conociste a Albin de Cernac? Dulce, apuesto, audaz, un auténtico galán. Amaba a la duquesa con profunda pasión, sin límites, de un modo absoluto. Pero sin esperanzas, ¡oh! ¡sin ninguna esperanza! ¿Era posible ser amado por la duquesa de Couarec? ¿No era la más casta y a la vez más hermosa? Perfecta esposa, admirable madre, ¿no había pasado por el despreciable mundo que difama y calumnia, sin que nunca fuese objeto de sospecha? Piadosa, además, con una piedad un poco fanática, aferrándose a su salvación con obstinación de bretona. De modo que, a pesar de su fortuna y belleza, –¡su incomparable belleza!– poco a poco la soledad fue rodeándola. Ella aceptaba, amaba ese aislamiento. Lejos de los hombres se está más cerca de Dios. Cuando bajo el ruego de su marido consentía en presentarse en alguna fiesta, llegaba tarde, se retiraba pronto, aburrida, un poco severa; su afabilidad mundana, visiblemente, no era más que una resignación de su austeridad; a causa de eso, se mezclaba el malestar con el respeto que inspiraba; cuando estaba presente se tenía frío como en un habitación donde estuviese una estatua de nieve. Pues bien, esa mujer, una noche, de repente – sí, aquí, en este castillo en el que estamos, – esa mujer dijo a Albin de Cernac, muy aprisa, muy bajo, ofreciéndole una taza de té: «Quiero. Esta noche. En mi casa.» Y, esa noche, con el arrebató de una pasión largo tiempo contenida y orgullosa de confesarse finalmente, ¡se entregó a él por completo! Él no comprendía cómo la había merecido, como había podido obtener, –¡sin pedírselo!– la realización repentina de su devorador deseo; tampoco trataba de comprenderlo. Se arrodillaba, casi espantado, la miraba obnubilado; y ella, en el soberbio descaro de alegría, decía: «Sí, sí, ¡te adoro!» Pero cuando estaba a punto de amanecer, unas temores la invadieron. ¿Y si al salir de la habitación, él hiciese algún ruido en la escalera despertando a alguien? Era terrible con solo imaginarlo. ¿Qué hacer? Albin pensó en la ventana. Una locura. La habitación de la duquesa se encuentra en el segundo piso de la torre de la izquierda, y, debajo del marco, – fíjate, puedes verlo desde aquí, – se abre profundamente el antiguo foso donde se apilan las piedras de la muralla en ruinas. Huir por ahí sería imposible. Pero no, posible, incluso fácil, gracias a una precaución que ella había tomado. De un armario extrajo una larga cuerda anudada, enrollada como una sirga de marino, – una cuerda de seda, fina pero sólida. Albin no lo dudó; era valiente, se sabía ágil y robusto. La cuerda fue atada al borde de la ventana; él pasó por encima del alfeizar, – tras el inefable beso de despedida, – y comenzó a descender a lo largo de la muralla, en el crepúsculo, con los ojos dirigidos hacia ella que se inclinaba, adorable, entre sus cabellos desordenados. Para mirarla aún, él olvidaba todo, el cordaje que podía romper, el sombrío abismo abierto bajo sus pies. Pero, de repente, vio brillar algo entre los dedos de la duquesa; ¡unas tijeras! y ella cortó la cuerda, y el desdichado, cayendo desde una altura de quince metros, se rompió el cráneo en las piedras del foso. »

III

Yo había escuchado sin interrumpir; por fin exclamé:

–¡Eso no es cierto!

– Un poco después del amanecer, un criado oyó débiles lamentos. Acudieron de inmediato y recogieron a Albin completamente ensangrentado. Con voz casi extinta, murmuraba que, paseándose desde muy temprano, alrededor del castillo, había resbalado al borde del foso. Pero yo quedé solo, junto a él, en la habitación donde lo habían acostado, y, antes de morir me lo confesó todo.

–¡No! ¿Por qué la duquesa habría cometido ese crimen?

–Los muertos no hablan.

–¡Oh! ¡sería espantoso!

–¿Todavía dudas? pues bien, escucha, la duquesa está allí. Aproxímate a ella y dile, como quien no quiere la cosa, esta frase banal, mirándola besar a su hija: «Es usted dichosa, señora, y digna de vuestra felicidad.»

–¿Por qué habría de decirle eso? ¿Crees que se turbará, tal vez?

–¡Ya verás! ¡ya verás!

Procedí como él quería. Tras algunas palabras, pronuncié la frase que él me había dicho, y ¡estaba seguro que la duquesa no se alteraría! Ninguna turbación, en efecto: ella sonrió dulcemente, y volviendo hacia mi sus hermosos ojos serenos, dijo:

–¿Digna de mi felicidad? ¡oh!, no, pero estoy protegida.

–¿Protegida?

–De entrada por Dios; y luego por un talismán que tengo. Nosotras, las bretonas, ¿sabe usted?, somos un poco supersticiosas. Fíjese, he aquí mi amuleto, añadió, con la sonrisa todavía más dulce y los ojos más serenos.

Me mostraba un singular brazalete que tenía en la muñeca derecha, – un brazalete hecho de un trozo de cuerda de seda; y se dedicó a besar los cabellos de la bonita Lola.

Huí de allí. Me reuní de nuevo con Georges. Le dije:

–¿Por qué no has denunciado a esa miserable?

–¡Porque la amo! – respondió con una voz sorda donde afloraba un sollozo-, y porque tal vez, un día, ¡quiera cometer otro crimen!»

HILAIRE FLORENT

Estábamos en la Comedia-Francesa, uno de esos martes pasados, en el momento en el que Got exclama: «¡Que desgracia! ¡mi pobre dinero, mi pobre dinero, mi querido amigo, se me ha privado de ti! y puesto que tu me has dado lo que soy, he perdido mi soporte, mi consuelo, mi alegría: todo ha acabado para mi y no tengo nada más que hacer en el mundo... Voy a acudir a la justicia, y preguntar por toda la casa: a los criados, a los mayordomos, a los hijos, a mi hija y a mi mismo también. »

La hermosa Sra. de Hansfeld, – a propósito, ¿sabe usted que no es alemana, pese a ser tan rubia? holandesa a lo sumo, y no demasiado, lo preciso para tener, mostrándose parisina, el buen gusto de hacerlo adrede; – la bella Sra. de Hansfeld se volvió con tanta rapidez sobre la espaldera de su sillón que el reverso de mi guante que se encontraba allí de casualidad se volvió completamente blanco y dorado a causa del polvo de arroz que ella se pone en la espalda y del polvo de azafrán que se aplica en la nuca. «¡Harpagón es imposible, y vuestro Molière no sabe lo que dice! murmuró con un mohín de desprecio en los labios. ¡Es un hombre que sacrificaría todas sus ternuras por los botones de oro de un cofrecillo!» Y, al mismo tiempo golpeaba con la palma carnosa de su mano izquierda el extremo de un abanico emplumado, que al cerrarse hizo un ruido de un pájaro que se posa tras el vuelo.

La Sra. de Hansfeld tiene excelentes razones para negar la avaricia. Su marido, – uno de los más ricos banqueros del mundo, que el año pasado prestó catorce millones de florines contantes y sonantes al tío del rey de Turingia, – tuvo que separarse de ella, judicialmente, ¡pues lo habría arruinado! A comienzos de cada año, le envía una suma que el parlamento de una monarquía constitucional dudaría en aprobar como el presupuesto de una reina; ella considera que es suficiente para algunas semanas. En cierta ocasión que un usurero – pues ella pide prestado con frenesí – le había llevado, por la mañana, veinte mil francos, sólo le quedaban quinientos francos por la noche, y ella solamente recordaba haber comprado en casa de Barbedienne un esmalte de quince luises y un ramo de violetas de diez centavos a una de las pequeñas vendedoras de flores que corren tras los coches por el Bosque de Bolonia. Fue ella quien, mirando en la calle de la Paz, un diamante de un valor casi igual al del Regente, decía con un suspiro: «¡Sería absolutamente deseable, si costase un poco más caro!» Y su ingenua necesidad de dilapidar no se limita – tal es el despreciable rumor que circula – a arrojar oro por

puñados; se cuchichea que se deja llevar a veces por liberalidades más personales; que su registro de amores está tan atiborrado como su cartera de negocios; que, por amor a entregarse, y a fe mía que se entrega. Calumnias, juraría. Pero es cierto que en la Ópera, donde su hermosa gordura nívea a medio fundir, fuera de la blusa, se ofrece sin ninguna restricción de tul, y en los bailes de disfraces, donde la franqueza de sus maillots invita a todo el mundo a la admiración, ella se muestra generosa de sí misma hasta la más exuberante prodigalidad.

–Señora, le dije, de todas las pasiones que pueden martirizar las almas, incluso las más elevadas y más puras, por desgracia, no hay otra más ferozmente celosa, ni más egoístamente dominadora que la Avaricia. ¿Conoce usted a Hilaire Florent?

–Sí, creo que sí, – dijo – Me suena ese nombre. ¿Un sabio, verdad?

–Un sabio prodigioso, increíble, inconcebible, una biblioteca hecha hombre y en la que veinte bibliófilos trabajando con denuedo veinte horas al día durante veinte años, no acabarían de catalogar. Nombrad a Hilaire Florent: «¡By God!» exclama Darwin, «¡Saperment!» profiere Haeckel, y el Sr. Pasteur dice: «¡Ah! ¡diablo!» Arqueólogo, es cierto, geólogo, sin decir químico, ¡caramba! matemático, ¡eh!, astrónomo sin duda. Un sabio tan precoz que a la edad en la que los demás niños comienzan a balbucir la primera declinación latina, él ya había aprendido todo lo que sabe, y sabía, sin haberlo aprendido, todo lo que se ignora. Incluso lo que los más minuciosos espíritus juzgarían inútil investigar, él lo sabe, por coquetería; incluso lo que las almas visionarias no intentarían adivinar, él lo sabe, por orgullo. Cuantos pelos había bajo el ala membranosa del terodáctilo, y cuantas pulgadas medirá a lo largo, en épocas futuras, la cola del hombre de Fourier; si el cráneo encontrado en Cromagnon fue roto por una hacha de silex pirómaco o de silex molar, si los cañones que se utilicen en la última guerra europea, hacia el año 3927, llegaran a ochenta mil metros o a setenta y nueve mil solamente; en cuántas jornadas los fenicios, sobre sus barcos de vela, doblaron el cabo más meridional de la oscura África, en cuantos minutos las aeronaves, próximamente, harán la deslumbrante travesía desde Sirius a Orion; en qué efigie estaban las piezas de oro que el rey Zeus hizo llover sobre Danae; en qué lugar las tempestades han barrido una de las sandalias de Ekpedocles arrojadas por el cráter, pues nunca se ha encontrado más que la del pie izquierdo; cómo se denominaban los doce vaqueras que formaban ronda alrededor de Crichna, el dios negro, y las mil doscientas concubinas de los reyes magos que vinieron a saludar al dios rubio Jesús; y también en qué tierra aún innominada, sobre qué roca árida y golpeada por los rayos, el último hombre y la última mujer, entre el hundimiento de los universos, intercambiaran el beso supremo ¡él lo sabe! Hacer oro, dirigir globos, eternizar la vida humana, serían, para él, resultados mediocres que obtendría como un juego si esa fuese su fantasía, – pero tiene un alma a la que basta el orgullo de la posibilidad y que desprecia la nadería de la realización. Ese, para quien los lenguajes humanos, todos lo que se han hablando, que se hablan o que se hablarán, le son tan familiares que ha podido escribir un nuevo canto del *Ramayana*, – pues le faltaban treinta mil versos a ese poema, – ese que ha celebrado en estrofas sáficas generalmente atribuidas a Moskos los amoríos de Erynnis, de Mytilene, por Lysistrata, de Mileto, y que, por la mañana, haciendo el nudo de su corbata, compone una canción que cantarán, en el año mil doscientos de la era de Balder, los pescadores de morsas y los cazadores de pingüinos de un archipiélago polar todavía en formación en la profundidad del océano de hielo.

–¡Basta, basta!, ¿se burla usted de mí? me han hablado de su Hilaire Florente. Alguien que sabe griego, eso es todo. Me lo imagino desde aquí calvo con los cabellos de un gris sucio, que se rizan, delgado, pálido, arrugado, con tics nerviosos, los ojos

pequeños, guiñándolos de seguido, un labio pálido tembloroso, con tabaco en la nariz y tinta en las uñas...

–¡Señora! es más bello que una muchacha o que un Dios adolescente. A los treinta años parecía que tenía dieciséis. Su rostro, donde la boca tiene la crueldad sonriente de una rosa roja, está hecho de una carne tan blanca y tan fresca como la mica de la nieve y la pulpa de la gardenia. El azul puro de sus ojos es el de un lago donde incluso una virgen nunca sería mirada; y, a despecho de la moda inepta que transforma las cabelleras humanas en brochas para hacer relucir los zapatos, deja crecer impudicamente, sí, hasta el extremo de su levita que se asombra, sus nobles cabellos en bucles que envuelven su cabeza adorable de efebo de una gloria de oro rosa, pálido y verde!

–¿Cómo? ¿es guapo y sabe griego?

–Lo sabe, –¡como Adonis! Y a ese hombre que diviniza la doble omnipotencia del saber universal y de la perfecta belleza, las voluntades celestes, celosas de completar su obra, han concedido aun, para que viva en un perpetuo éxtasis, y sienta íntimos y tiernos ritmos, canciones, líneas; ellas le han dado la bravura perdida, – él se ha batido en cuatro duelos encantadores y por mujeres insultadas en la calle, a las que no conocía, – ¡pues hubiese sido absurdo que siendo todo lo que es, no fuese un héroe! En fin, para que fuese tan respetado por la multitud como adorado por la elite, ha recibido de las Providencias ¡la riqueza! Poeta, sería François Coppée; músico, Massenet; pintor, Puvis de Chavannes; si sobreviniese una guerra, los viejos coroneles se asombrarían viendo a ese voluntario intrépido; y además posee cuatro granjas en Normandía, tres viñedos en Gascuña, un palacete en los Campos Elíseos, y cinco edificios de seis pisos cada uno en la avenida de la Opera.

–¡Pero vuestro amigo es un ser milagroso!

–Así es.

–¿Y sabe usted bien que, si usted no exagera, el Sr. Hilaire Florent, –¿me lo presentará? – debe ser muy amado...

–¿Mujeres? Idolatrado. ¡Pero él nunca ha amado a ninguna! Su alma es inefablemente pura, al igual que su rostro es bello. Es esa alma que tiene en los ojos y que es tan límpida. Hambriento de ideal, ideal él mismo, las muchachas apenas bellas que se venden y no valen lo que por ellas se pagan, le producen nauseas, e incluso entre las vírgenes, ¿dónde encontrar una novia digna de él?, toda vez que en los tiempos en que vivimos la más ingenua de las pensionistas prorrumpe en risas cuando su primito le arroja una nota de amor por encima del muro del convento, y oculta bajo su almohada la fotografía de un tenor o de un gimnasta, o a menos que ella no se duerma sin incluso soñar maliciosamente, lo que es más abominable todavía. Así pues, se resignó a la soledad, y, radiante con sus quimeras, le gustan las visiones femeninas cuyas largos vestidos solo resuenan en el ritmo de los poemas, ya que tiene por bellos labios sonoros la doble rima de los dísticos, o las diosas que resplandecen como estrellas blancas en los cielos de las mitologías! Sin embargo, un día...

–¡Ah! ¡por fin!

–Sí, un día su corazón se conmovió, como bajo un apretón, por un amor cruel, celoso, irresistible. La pasión se apoderó de él, lo aferró, no lo dejaba. Comprendía de lo que se trataba, sabía que ya no se podía controlar, que su cuerpo de dios, su alma de ángel, su ciencia, su belleza, su genio y su bravura, estaban poseídas sin descanso y para siempre por la sonrisa de una mujer.

–¿Qué mujer?

–Una obrera. Una modista, que, por estar muy cercano su almacén, había alquilado una buhardilla en uno de los edificios de Hilaire Florente, donde él mismo vivía.

–¿Como? ¿una modistilla?

–No importa, puesto que se parecía (pues nada es imposible para una parisina) a las heroínas adorables de los poemas y a las resplandecientes Inmortales.

–Sí, entre esas pequeñas, hay algunas que no son nada feas. ¿Hilaire Florente fue feliz?

–¡Espantosamente desgraciado, señora! Escuche. Una noche vino a mi casa. Estaba irreconocible. Delgado, temblando febrilmente, los cabellos despeinados, los ojos apagados, su boca, antes tan rosa, ahora exangüe; me dio miedo. Me dispuse a interrogarle creyéndole enfermo, enfermo terminal. Fue entonces cuando me lo explicó todo, por primera vez. Desde hacía seis meses, – oye usted bien, ¡seis meses! sufría a causa de esa mujer a la que veía dos veces al día solamente, por la mañana, cuando se dirigía al taller, y por la noche cuando regresaba, y a quien jamás había dirigido la palabra. «Figúrate, me dijo, la que espero sin atreverme a esperarla, mi alma gemela, la mujer de mis sueños, es ella, lo intuyo, estoy seguro, es ¡ella, ella, ella! Si no me ama me mataré, pues en verdad la muerte me será más grata que esta vida ¡dónde agonizo con un buitre en el corazón!» Y se arrojó en mis brazos sollozando como una madre cuyo hijo único acaba de fallecer. Su dolor hizo que me saltasen las lágrimas. Así, pues, en este tiempo de caprichos superficiales y de banales amores, encontraba un sentimiento sincero, profundo, exclusivo, absoluto. Yo siempre había estimado a Hilaire Florent, y me dispuse a quererlo más. Pero ante todo era prioritario consolarlo, darle esperanzas. Vamos, vamos, no estaba todo perdido ¡que diablos! ¡Ella lo amaría seguramente! ¿Por qué no se había atrevido a hablarle todavía? El habría debido declararse sin demora. ¡Además ella no podía arrojarse a los brazos de un desconocido! Y, puesto que ella vivía en su casa, – ¡era una feliz suerte! – él podía hacerle una visita al día siguiente, encontrando un fácil pretexto, y podría comenzar a cortejarla... Hilaire Florente levantó sus grandes ojos azules completamente devorados por las lagrimas, y, con la voz entrecortada por desgarradores sollozos, dijo: «–Sí, sí, había pensado en ello, pero si le hago la corte, ¡quizás aproveche para no pagar su alquiler!»

LA SEÑORITA ZULEÏKA

Nada emborracha más abominablemente que un vaso de ginebra nueva, bebido de un solo trago, tras una larga caminata al sol, en algún albergue rosa y negro del Tirol situado al borde de una cuesta dando la impresión que va a caerse, dejando colgar sobre la carretera la hiedra y el lúpulo de su tejado como si de largos cabellos se tratase.

Tras el tercer vaso, mi compañero de viaje observó entre la humareda ocre del pino húmedo, a los bebedores que nos rodeaban, – caras largas y gruesas, impasibles, que, bajo un sombrero gris coronado con una pluma de un verde dorado, fumaban largas pipas blancas, – aspirando el olor de los jamones colgados y acodado sobre la mesa, exclamó sin mediar palabra:

– ¡Nuestro enemigo no es nuestro jefe, es nuestra amante! ¿Cómo se llama su Dalila? No importa, usted es Sansón. Mientras usted duerme a su lado, ella afila sus tijeras en silencio en el pedernal de su corazón. ¡No se ría de esta metáfora! Es el corazón de las mujeres lo que es de alabastro, no su seno. ¡Todo mal proviene de ellas! Nosotros somos los lobos devorados por esos corderos. La maldad femenina es ubicua y eterna. Por Helena se perdió Troya, y por Sita la isla de Ceilán, al igual que Lola casi hace perder Munich y Lolo quebrar la Banca de Bélgica. Desde Semíramis¹, la paloma con pico de hierro, – para no remontarnos demasiado atrás en la historia, – hasta la mayor de las señoritas Rissler, la mujer siempre ha sido igual; hay poca diferencia entre la función de la señorita Anatoline sonriendo, bajo las palmeras de cinz de Mabilie², a los abogados de provincias o a esos jóvenes hijos de familia bien, a los que Suzanne Lagier ha llamado los pequeños «hijos públicos», y la de Cleopatra, que, bajo las palmeras de esmeralda de los jardines de Alejandría, dejaba acercarse a ella a los hermosos esclavos nubios; una recluta, la otra educa; resultado idéntico: el hombre sucumbe, destrozado.

¹Semíramis fue, según las leyendas griegas, reina de la antigua Asiria. Se le atribuye la fundación de numerosas ciudades y la construcción de maravillosos edificios como Babilonia, con sus palacios y hermosos jardines colgantes. Conquistó Egipto y según la leyenda ascendió al cielo en forma de paloma. Aparece nombrada en la Divina Comedia como emperatriz de mucha gente y desenfrenada en el vicio de la lujuria.

²El baile Mabilie era el establecimiento de moda en París. Estaba reservado, debido a su alto precio, a personas bastante acomodadas. En 1844 fue transformado en una especie de jardín artificial, de ahí la expresión “bajo las palmeras de cinz”.

–¿Está usted achispado? – le dije.

–Todavía no – respondió.

Y continuó:

– No considero fuerte a un hombre porque pueda sostener un mundo como Atlas, o tres mundos como la tortuga hindú; no admiro más que con reservas a Milon quien de un buey vivo se hacía un abrigo, y al atleta que prometió dar tres vueltas al Jardín aclimatado llevando el gran elefante cargado con veinticuatro bebés, diez niñeras y un número igual de militares. El hombre verdaderamente fuerte es aquél que permanece en pie bajo esa cosa ligera, fugaz, imponderable, que se llama la sonrisa de una mujer; sea esa mujer la hija de su portera o la prima de su aguador.

«Antes la lucha era posible. La mujer tenía una arma dulce y cruel, la coquetería, pero había medios para defenderse de ella. A la coquetería el hombre respondía mediante la impertinencia. Celimena³ estaba segura de que podía más que Alceste; él era ingenuo y franco, lo llevaba mal el pobre; ¡pero los Marqueses eran adversarios temibles! Se mostraban frívolos y vanos como ella. Ser casi una mujer es un buen medio de vencer a la mujer. ¿Cómo hacer para torturar a un amable hombre, que, a la hora de la cita, se preocupase cien veces más de los bucles de su peluca que de los cabellos de su amiga, y se esfuerza, cayendo de rodillas, en no arrugar los encajes de su chaleco? Por desgracia, la lucha ha cambiado de carácter. Como uno se imagina el cañón Krupp después de la ametralladora, la mujer, después de la coquetería, ha inventado el flirteo.

«Eso es formidable. La coquetería se dirigía al espíritu, al corazón; el flirteo, sin ambages, abiertamente, ataca los sentidos del hombre; ¡resiste si puedes, pobre diablo! «Mira mis brazos, mis hombros, – ¡toda la carne a plena luz!» La mujer se atreve a todo para conquistar; la seda de los vestidos, entre el mantel, después de las trufas y el champan, busca la tela de los pantalones; el extremo del zapato roza la punta de la bota; mientras que, en la mesa, la inclinación languideciente de los bustos desvela misterios cálidos y corsés que bostezan. ¿Y por qué se ofrecen de ese modo? para rechazarnos. «¡Fíjate, mira!... No, no lo tendrás.» ¿Sabe usted lo que se experimenta? Ganas de estrangularlas. Pero el estrangulamiento no sería admitido en algunos salones. Es necesario encontrar otra cosa.

–¿La ha encontrado usted?

–Desde luego. La impertinencia bastaba para dar réplica a la coquetería, para el flirteo hay que responder mediante...

Dudaba.

–¿Y bien? – le dije.

–¡Mediante la impudicia! ¿Qué se ofrecen? Tomémoslas. De golpe. Con dientes y uñas. No durante una cena o en un baile, – esa conducta podría llamar la atención, y conviene evitar el escándalo, – pero en su casa, al día siguiente o el posterior, durante una de esas visitas íntimas con las que a menudo se placen en llevarnos al extremo mediante desnudeces perversas. ¿Ha visto usted en el zoológico a los leones hambrientos saltar hacia la carne que se le arroja? Sigamos ese ejemplo. Le propongo fundar una sociedad mutua de seguridad contra la barbarie del flirteo.

– ¡Rayos! sus procedimientos son violentos y peligrosos.

–¿Eso cree usted? Razonemos. De dos cosas una: la seductora dará la alarma o no. Si no llama a nadie, todo a pedir de boca en el más discreto de los salones.

– ¿Y si grita?

³ Protagonista femenina de *El Misántropo* de Molière.

–Entrará el mayordomo y usted será puesto de patitas en la calle. Pero la seductora, aterrorizada por la severa lección que usted le habrá infligido, tal vez dude en recomenzar con otros su infernal maquinación, y ¡usted habrá salvado de la rabia o de la desesperación a un número considerable de valientes y francos muchachos!

Llegado a este punto de mi relato, quisiera encontrar una fórmula de juramento que nunca ha de ser traicionada, para persuadir a mis lectoras que yo nada tengo en común con el protagonista de esta historieta; su teoría me parece monstruosa, –¡el nihilismo del amor!– y si me he atrevido a exponerla, es únicamente por el temor de que algún otro lo hiciese con una gracia que yo no tengo: lo que habría podido hacerla parecer menos detestable. Estoy comprometido en interés de la moral.

Él prosiguió:

–Lo he intentado. Había ido a Weimar, – en la época en la que se iba a Alemania, – a escuchar los dramas líricos de Richard Wagner. ¿Conoce usted Weimar? una ciudad que es un bosque de rosas.

«Fui presentado a la señorita Zuleïka Cohen. Cohen porque había nacido en el barrio judío de Frankfurt; Zuleïka porque era la hija de un poeta persa.

«Ese poeta persa era alemán como el vino del Rhin . Pero había traducido a Ferdusi o a Keyam, no sé cual de los dos. De ahí, una gran celebridad. Entre los compatriotas de Goethe, no es muy difícil ser excesivamente original. Decir a una mujer: «¡Mi Leila!» es lo último en galantería; y aquellos que llaman al ruiseñor Bulbul, pasan por ser una especie de prodigios.

«En cuanto a Zuleïka Cohen, era un monstruo.

«Diecisiete años, un poco gorda, un poco redonda, con unas mejillas sonrosadas que quieren ser mordidas, una boca que revienta como un fresón maduro, ojos de color de aguardiente tostada; y, alrededor de esa carita cálida y llena, exhalando perfumes de carne, unos cabellos castaños, casi morenos, pelirrojos por zonas, se retorcián, se desplegaban, volaban, haciendo pensar en no sé que aureola de diablesa, completamente maltrecha de besos.

«Después de cenar en el comedor del hotel del Príncipe Carlos, ella se mostraba de un modo terrible entre los hombres, incluso en presencia de su padre.

«En falda corta (pues aprovechaba lo que le quedaba de infancia para enseñar, de unas piernas torneadas como las de Artemisa, solamente la gruesa pantorrilla), desplegando fuera de un corsé de muselina las redondeces duras de su busto, que lucían, un poco blandas; iba, venía, corría, sonreía a éste cerca de los labios, miraba a aquél otro cerca de los ojos, y arrojaba a todos, como un irritante desafío, con su proximidad, bocanadas de calores íntimos. ¿Ha visto usted, en alguna barraca de feria, un malabarista que hace girar a la vez una veintena de platos sobre una mesa, apresurarse de uno a otro, sin cesar, para no permitirles ni un solo instante de detención? ¡Lo que el malabarista hace a los platos, Zuleïka nos lo hacía a nosotros! y, todos, encantados, extasiados, enloquecidos y torturados, jadeábamos, nos estremecíamos, sin tregua, sin fin. En cierta ocasión, ¡Dios me condene! se sentó sobre mis rodillas como un niño que juega y se echó a reír en mis barbas.

«Eso ya era demasiado.

«Al día siguiente se volvía a representar el *Vaisseau Fantôme*⁴; me senté al lado de Zuleïka, en la sala casi oscura.

«Escotada como para un baile, inclinándose y levantando un poco su corta falda, – más corta todavía. – para apoyar sus pequeños pies al borde de una silla, reía muy cerca

⁴ Ópera de Richard Wagner, compuesta en 1843

de mí, balbuceaba, se removía, se acercaba, se frotaba, se ofrecía... – un cálido cosquilleo de detalles que nos dice: «¡Eh! bien, ¿te apetece?»

«Yo dejaba caer mis anteojos a su lado, demorándome mucho tiempo en recogerlos.

«Emitió un grito, luego se calló, ocultó sus pies bajo su falda, abrochó su corsé, pues ¡estaba desabrochado! cerro los ojos a medias y se recogió en su silla.

–¡Estaba vencida!– exclamé yo.

–Sí.

–¿Y por la noche, después de la cena? ¿se comportó con modestia? ¿un vestido largo? ¿un corsé alzado?

Mi compañero dudaba en responder.

–En honor a la verdad me veo obligado a decir, – confesó finalmente – que por la noche fue más impertinente que la víspera y se mostró más escotada que nunca.

Yo exclamé riendo:

–¡Es que vuestro ardid no valió de nada!

–No –dijo seriamente – es que yo había sido demasiado reservado.

EL PEDIGÜEÑO

Voy a hablarle de un pobre hombre siniestro y divertido a la vez. ¿Su nombre? poco importa. Usted lo reconocerá.

Ese miserable despliega más actividad, ingenio y paciencia para conseguir almorzar dos o tres veces por semana y dar bandazos una de cada tres noches, que la que necesitaría un hombre honrado para obtener el más dulce confort. Picar piedras en las carreteras o descargar barro de los muelles, son amables y lucrativas tareas comparadas con la suya; ¿y por qué se dedica a ella? por amor a la holgazanería. Trabaja más que ningún ser vivo precisamente para no hacer nada.

Este hombre es el Pedigüeño.

Entienda usted bien que yo no estoy hablando del buen y decente muchacho, estudiante o artista, con pajaritos en la cabeza, que un día pide prestado un luís, uno se lo presta al día siguiente, y a continuación no nos atrevemos a reclamárselo con la misma diligencia que se lo hemos entregado. Pequeñeces, despistes; usted sonrío y todo está dicho.

El hombre en cuestión no es ni joven ni despistado; es un espíritu metódico, práctico, regular, una especie de negociante; creería de buen grado que tiene dos estilos; pedigüeño es su tarea y tiene por oficio la miseria.

Tiempo atrás trató vagamente de hacerse pasar por hombre de letras; se insinuaba en los despachos de redacción, hablaba de una revista que iba a hacer representar en los Folies-Marigny, mostraba de lejos algunas hojas garabateadas, que podían ser el manuscrito de un artículo, y finalmente obtenía de la indiferencia de unos y de la distracción de otros, el derecho a distribuir puñetazos. En realidad, aunque la ausencia de todo talento y una perfecta ignorancia de la ortografía le concediesen algún tipo de éxito, él no había pensado nunca en escribir fuese lo que fuese. Ya sentía su auténtica vocación y comenzaba a pedir prestado, a decir verdad un poco al azar, sin método, con las típicas torpezas de debutante, para ir preparándose una clientela más que para su inmediato provecho.

Ahora se ha convertido en un notable artista, seguro de sí mismo, no dejando nada al azar ni a la inspiración; es un pedigüeño impecable.

Se despierta antes de que amanezca sobre el colchón de una casa amueblada o sobre el hospitalario sofá de algún taller de pintor, salta de su lecho, sin pereza, como un

artesano puntual, y, pasando sus largas y delgadas piernas por las perneras de un pantalón de algodón de invierno o de gruesa tela para el verano, pieza indispensable de su uniforme de trabajo, prepara el plan de su jornada.

Como tiene la prudente costumbre de anotar el nombre de sus víctimas unos días antes sobre el reverso de un sobre vacío de papel de liar cigarrillos, puede elegir, sin temor a una réplica, a las víctimas del día que comienza; tras algunos minutos de reflexión, sale rápidamente, y, enjuto, delgado, en un chaleco muy ceñido, no demasiado gastado – pues no es conveniente ser rechazado por los criados, – con la cara amarilla, los brazos pegados al cuerpo, sin volver nunca la cabeza, no mirando ni a izquierda ni a derecha más que por un leve movimiento de los ojos, se lanza a través de París.

Los pedigüños por lo común evitan trabajar por la mañana; pero él ha roto con las vanas tradiciones, ha creado un arte nuevo.

Llama violentamente a la puerta de uno de sus «amigos». Una criada todavía sin acicalar acude frotándose los ojos, y entonces, en voz muy alta, casi a gritos, dice:

– ¡Está en casa, muy bien! Un hombre ordenado. No se moleste, solo tengo una palabra que decirle.

Empuja a la criada, atraviesa el salón con paso sonoro, entra en la habitación tropezando con algunas sillas, no sin echar un vistazo a la mesilla de noche, donde los últimos reflejos de la lámpara hacen brillar las monedas dispersas, y, mientras el amigo espantado se dispone a incorporarse, él exclama con atronadora voz:

– ¡Hágame un favor! me bato en duelo esta mañana, dentro de una hora. ¡Oh! tranquilícese, no le pido que sea mi testigo; sé que a usted le gusta dormir hasta tarde. No, no, vuelva a dormirse. Se trata de una minucia: tres francos, para el coche. De casualidad estoy sin un céntimo. Pero no se levante. Cojo los tres francos de la mesilla de noche. Se los devolveré mañana, si no he muerto. Adiós; no me tienda la mano, podría coger frío.

Y, visto y no visto, ya se ha ido, cerrando con estrépito las puertas. Aturdido, espantado, no entendiéndolo nada, no comprendiendo, la víctima se ha dejado hacer, y una hora después, levantándose, creerá tal vez haber sido presa de una pesadilla.

Él vuelve de nuevo a las andadas. No es de aquellos a los que un primer éxito mitigue el ardor; no, él cumple una función, la cumple sin descanso, consiga lo que consiga, sin vanidad tras la victoria, sin desánimo después de la derrota.

A partir del mediodía, la tarea se hace más difícil; no pudiendo contar con el aturdimiento del primer despertar, renuncia a las visitas, actúa al aire libre; la calle es su campo de batalla.

Siendo consciente de que es muy conocido y temiendo ser evitado si se deja ver de lejos, camina prudentemente en medio de la calzada, detrás de algún gran camión, y desde allí, sin girar el cuello, va vigilando las dos aceras. En el momento que entreve a una persona de la que sabe más o menos el nombre, se precipita, se dirige de súbito ante el transeúnte reconocido. Ningún saludo, nada de buenos días, con un aire de familiaridad brutal pregunta:

– ¿Cuánto tengo en mi mano? – dice abriendo su palma llena de monedas de plata.

– Pero... no lo sé... siete, ocho francos, creo – responde el transeúnte estupefacto.

– ¡No es así! nueve francos cincuenta, y me hacen falta diez para tomar el tren. ¡Présteme diez céntimos, rápido! Salgo a las dos y cincuenta y siete.

La estrategia de la mano llena, o, más generalmente, del dinero mostrado para obtener más, es un bonito procedimiento; nuestro hombre lo ha variado hasta el infinito. Ha vivido más de un año gracias a un billete de cincuenta francos que le confió una

portera, a la cual se lo devolvía fielmente cada noche. Provisto del precioso papel, se acercaba a la primera persona que el azar le presentaba.

–¡Mire! ¡pero mire, caramba! ¿Qué tengo en la mano?

–Rayos, un billete de cincuenta francos.

–¡Eso es! Pues bien, ¡estoy en un buen aprieto! Tengo que enviar este billete a mi tía que vive en Lyon, pero ¡no tengo fondos para sellar la carta! No quiero mermar el total, ¿comprende usted?, ella no es rica, ¡mi pobre tía! Présteme veinte centavos para el sello.

¡El ardid de rechazar un franco a un tan buen sobrino! Por desgracia, la portera no pudo continuar haciendo el adelanto cotidiano; ella había prestado el billete a uno de sus inquilinos, un pedigüeño más inocente que había olvidado devolverlo. «¡Ruinoso oficio!» había exclamado el auténtico pedigüeño.

En el bulevar, a la hora llamada del absentá, raramente obtiene éxito, al estar casi todos los asiduos de los cafés literarios al corriente de sus ingeniosas estrategias. Sin embargo, no renuncia a tentativas casi siempre inútiles, pues ni una hora se debe permanecer ocioso en una vida bien ordenada.

Es extraño ver al crepúsculo, corriendo con aire atareado a lo largo de las mesas llenas, delgado, enjuto, directo, con el aire de una flecha que va recta hacia el objetivo.

A pesar de la rapidez de su paso, analiza a los consumidores espantados, y en el momento que detecta uno «nuevo», se detiene, gira en ángulo recto, salta hacia la víctima elegida y le pide prestado... ¡dos centavos! sí, dos centavos, «para comprar un periódico vespertino que no se encuentra en los cafés» o «para añadir un centavo a otra que él ya tiene, lo que le permitirá tomar el omnibús» o «para hacerse lustrar sus botas, porque cena esa noche en casa del director del teatro de la Porte-Saint-Martin⁵».

Las noches de estrenos, practica una bonita industria. Toma posiciones en el café más próximo al teatro y espera pacientemente bebiendo media taza de café.

Una vez acabado el primer acto, los espectadores vienen y van o se agrupan sobre la acera; él los acecha y no tarde en hacer una seña a uno de los críticos que conoce un poco.

–¿Eh? ¿Qué hay de nuevo?

–¡Oh! Que alegría que usted esté aquí. Figúrese que he tomado media taza de café sin pensar que había dejado mi monedero sobre la cómoda al vestirme. Présteme diez centavos, debiéndole una. Estos accidentes pueden ocurrirle a todo el mundo.

Reiterada cinco o seis veces, esta pequeña comedia produce una suma apreciable. Además, está probado, el pedigüeño sabe moderar sus ambiciones. El pide a menudo y pide poco. ¿Por qué? ¿Porque está demasiado «quemado» para esperar el éxito en operaciones importantes? tal vez, pero quizás también por principios, por método, a consecuencia de un profundo conocimiento de los hombres, y persuadido como todos los buenos comerciantes, que son los pequeños arroyos los que hacen grandes ríos.

Sin embargo algunas veces, en ciertas circunstancias completamente favorables, y sobre todo cuando se encuentra en un medio todavía sin explotar, el pedigüeño se aventura a intentar negocios de mayor envergadura.

Un día, pasando ante un café de la calle del Sentier, observó a través del cristal la figura de un hombre muy joven, dulce, de aspecto bondadoso, un poco inocente incluso, una persona que llamó su atención.

⁵ El Teatro de la Porte-Saint-Martin es una sala de espectáculos situada en el número 16 del bulevar Saint-Martin en el X distrito de París.

Entró con aire humilde, desviando la mirada, casi furtivo, y se sentó muy cerca del joven.

–¿Que desea el señor? – preguntó el camarero del café.

–Le pido disculpas, no quisiera tomar nada... perdóneme... solamente quisiera... papel y tinta... para una carta...

Con aire compasivo, el camarero le trajo lo necesario para escribir, y, entonces, con mano temblorosa, emitiendo profundos suspiros, frotándose los ojos de vez en cuando con el reverso de la mano izquierda, el pedigüeño trazó estas líneas:

«Mi querida, mi pobre madre,

«Todo ha acabado, ¡ya no queda esperanza alguna! He llamado a todas las puertas. ¡Dios sabe lo que me ha costado dirigirme a mis amigos! Pero era necesario hacerlo por ti, para ti, a la que una propietaria desalmada ha expulsado de nuestra miserable buhardilla, y que me esperas tiritando bajo el portal de un garaje, casi en la calle.

«Por desgracia nuestro infortunio no ha conmovido a nadie. Y sin embargo, los cien francos que pedía prestados –¡que mendigaba!– para poder entrar en nuestro nuevo alojamiento y para comer pan durante algunos días, esos cien francos, estoy seguro de haber podido devolverlos a principios del mes que viene, cuando tú cobrases el trimestre de tu pensión. ¡No me han creído! ¡Me han dado con la puerta en las narices!

«Pues bien, pobre y querida madre, lo siento, no podré soportar la vista de tu indigencia y tu desesperación... Puesto que no soy bueno en nada, al menos me ahorraré ese espectáculo terrible... ¡Adiós!... ¡adiós! Perdóname... Que Dios te proteja... Cuando recibas esta carta... ya no seré más que un... »

Fue interrumpido por un grito de angustia.

–¡Oh! caballero, caballero, no acabe, no escriba eso – le dijo el joven.– Discúlpeme. Estaba usted tan cerca. Me he fijado en usted a causa de ese aspecto tan triste y he leído sin querer por encima de su hombro. ¿Necesita cien francos? Escuche, yo no soy rico y no tengo dinero, pero soy empleado en casa del Sr. Durantin, el fabricante de telas, en la calle del Sentier, a dos pasos de aquí; puedo pedir que me hagan un adelanto sobre mi sueldo del próximo mes. Tendrá usted los cien francos. ¿Pero esta usted seguro de poder devolvérmelos? pues sin mi dinero moriría de hambre.

– ¡Ah! caballero – exclamó el monstruo sollozando de alegría – es usted mi providencia, la providencia de mi anciana y venerable madre. ¡Desde luego que se los devolveré! no somos muy pobres... un contratiempo momentáneo...

Un año más tarde, cuando inspeccionaba el bulevar Poissionnière, el pedigüeño se volvió vivamente porque acababa de recibir un bastonazo sobre el hombro. Reconoció sin emoción al joven empleado de la calle del Sentier a quien naturalmente no había devuelto un céntimo; y en honor a la verdad hay que reconocer que supo mantener una actitud verdaderamente estoica en tal circunstancia.

Los reproches le caían en andanadas. Él sonreía.

Los golpes llovían. Seguía sonriendo.

Pero no se limitó a ser estoico, fue sublime. Habiéndose percatado de que su chaleco había quedado un poco deteriorado por el bastón del joven, le pidió prestados cuarenta centavos para hacer zurcir la prenda.

ADRIENNE

Era sábado. En la Comedia Francesa, tras el segundo acto de *Jean Baudry*, circuló de pronto el rumor, propagándose de sillón en sillón y subiendo desde las butacas a los palcos, que se acababa de encontrar a Vincent Mickel colgado en su habitación con una corbata rosa al cuello. Hubo conmoción, incluso sorpresa. La sorpresa en París es más rara que la emoción. ¿Cómo? ¿era posible? ¿era cierto? ¿Vincent Mickel se había suicidado? ¿Por qué? ¿qué razones tenía? Joven – treinta años – ya famoso – una medalla en el último Salón de Exposiciones, – y libre, – veinte mil francos de renta, – y también tenía, – él no lo decía pero se sabía, – la inapreciable alegría de haber ofrecido su alma entera, sin ser rechazado, a la más envidiable de las más bellas mujeres. Sorprendía por tanto este acto de desesperación en medio de tantas dichas; nada explicaba una muerte así en tal existencia. Algunos hombres, en el Foyer, que habían sido compañeros de Vincent Mickel, recordaban en voz baja su naturaleza inquieta, tan ardientemente prendado de lo Exquisito y lo Perfecto, que las taras de la Belleza humanan desalentaban en gran medida su nerviosidad siempre alerta como la de los convalecientes, y que la menor sacudida lo estremecía a veces con un temblor histérico; lo habían visto llorar con cálidas lágrimas, de repente, sin razón aparente; todo su ser tenía la sensibilidad de los oídos de algunos músicos, que se atormentan y exasperan, hasta el más agudo de los sufrimientos, con la sola aprensión de una posible falsa nota. Sin duda tales recuerdos podían dar lugar a algunas suposiciones, pero de un modo vago y sin pruebas. Ningún hecho conocido, ninguna certitud posible. Todavía hoy, dos días después de los funerales, la causa de ese suicidio es un oscuro misterio. Sin embargo he creído descubrirla en una historia que me ha sido contada y que a su vez contaré.

Vincent Mickel se aburría en una pequeña ciudad del Midi de Francia – poco importa cual – mientras la Sra. Adrienne de G... se aburría en Inglaterra junto a un pariente enfermo; ella había partido de improviso, y, durante esa ausencia, él no quiso quedar en París; creyendo que sufriría menos al no verla, allí donde no tenía la costumbre de verla, y que, sin ella, por desgracia, se sentiría menos solo en una ciudad en la que nunca hubiesen estado juntos. Pero con qué angustia pasaba las horas y los minutos, – releyendo de la mañana a la noche las queridas notas perfumadas, besando de la noche a la mañana la frágil miniatura en su estuche de terciopelo rosado – ¡él esperaba el inefable instante de su reencuentro! Llegó una carta. Tres palabras: «Estoy

en París.» Se le encogió el corazón. ¿Una carta? ¿Por qué una carta? El correo es tan lento. ¿Por qué Adrienne no lo había avisado mediante un telegrama? Se hubiesen encontrado un día antes. ¿Acaso no serían algunas horas de embriaguez ganadas? ¡Ah! las mujeres que indiferentes son, incluso las que aman. Pero no importa, ella había regresado, todo estaba bien. No tubo necesidad de hacer su maleta ya que estaba preparada en previsión de la buena noticia; y, habiéndola cargado sobre sus hombros, – no había tiempo de llamar a un mozo – descendió rápidamente las escaleras, metiéndose en un coche. Cuando estuvo ante la estación, el tren acababa de partir. Emitió un grito de rabia y se mordió los puños. Debería esperar el próximo expreso. ¡Esperar! ¡mientras ella lo esperaba! Cayó sentado sobre su maleta y permaneció allí, con los brazos caídos, consternado.

Por fortuna recordó que el tren, desde la ciudad a la estación vecina, debía subir una pendiente muy larga, muy dura, y en consecuencia marchaba con una cierta lentitud. ¡Adelantaría al tren! ¿Cómo? todavía no lo sabía, pero ya pensaría en un medio, ¡caramba! Dejó su equipaje, se dirigió corriendo a los alrededores de la estación, informándose de puerta en puerta; había tenido una idea: encontrar, no un coche, – ningún cochero habría consentido en ir más rápido de lo indispensable, – sino un caballo. Un carnicero le dijo: Tengo uno. Un animal pesado, bajo, viejo, jadeante. No importó, él lo compró, lo hizo ensillar de cualquier modo, saltó encima y partió, obligando al estupefacto caballo a galopar, destrozándole el vientre a base de propinarles fuertes patadas con el talón que hacían un ruido de bombo. Como la noche caía corría el riesgo de extraviarse a través de la desconocida campiña. Pero ganó el seto que bordea el ferrocarril, no apartándose de la vía. Fue una carrera agotadora y grotesca. A cada movimiento que él hacía para mantener su montura al galope, cargaba ciertamente todo su peso. ¡Quizás no llegase a tiempo! Era tan lento ese animal. ¡Oh! lo reventaría pero llegaría. Más fuerte, siempre más fuerte, lo golpeaba, gimiendo, resoplando, sudando. ¡Llegó! El tren estaba en la estación, la locomotora silbaba, sonó una campanilla. «¡Demasiado tarde!» grito un empleado. ¡Vamos allá! Vincent Mickel saltó la barrera, empujó al hombre, se introdujo en un vagón y cayó en un rincón, roto.

¡Pero qué alegría en el alma! Seguramente vería a Adrienne mañana. ¿Qué hora era? Extrajo su reloj. Las nueve. El tren estaría en París a la una menos veinte. Así, dentro de dieciséis horas – veinte minutos para el traslado en coche, – él tendría en sus brazos a su adorada bien amada. ¡Y a partir de ese momento nada podría impedirlo! Como se encontraba solo en el vagón, se tumbó para intentar dormir, sabiendo que dormido soñaría con ella. El sueño no llegó. ¿Es que se puede dormir cuando el recuerdo y la esperanza os cuchichean en el oído su deliciosa canción? Con los ojos cerrados, la veía en su plena belleza. La fresca boca rosada donde los besos pían como pajarillos en el nido, con los dulces ojos azules, – levantó un poco el párpado para mirar si las estrellas eran tan dulces como los ojos de Adrienne – y el cuello encantador y frágil en el que ella tenía la costumbre de anudar un pañuelo rosa; veía todo a través de la oscura bruma ensoñadora de sus cejas. Luego, cuando amaneció, – ¡el día! ¡el día! ¡dentro de siete horas estaría en París! – se le volvió a aparecer, dormido aún, con una mejilla en la mano, la frente sobre las pesadas ondas de sus cabellos desplegados, en la querida habitación completamente impregnada de ella, donde el primer rayo pálido que se desliza entre las cortinas apaga con su blancura el último fulgor de la lámpara. ¡Oh! algunas horas todavía, – y entraría en esa habitación, y, arrodillándose, con los brazos extendidos... Una formidable sacudida, en un estrépito repentino de tabiques desmoronados y de espantosos clamores, lo precipitó contra la portezuela que se había abierto, y, sin saber lo que estaba sucediendo, se encontró tumbado sobre la espalda en el lodo de un barranco, mientras que a su alrededor, con sobresaltos de espanto y

griteríos de horror, iban y venían, corrían, asustados, despeinados, hombres y mujeres; una anciana, prosternada sobre la vía, levantaba el cuello y gritaba al cielo de un modo espantoso.

Se levantó. Se palpó. Sano y salvo. Por una especie de milagro, el accidente, – un choque de trenes – no había ocasionado ninguna víctima; los viajeros más dañados no tenían más que algunas contusiones. Pero su desastre, el suyo, era completo, puesto que la locomotora no podría ponerse en marcha y en consecuencia ¡hoy no vería a Adrienne! Sobre una colina, a izquierda, se levantaba una ciudad; se arrojó a través de las tierras de labranza, hundiéndose sus piernas en los arroyos, saltando las fosas, escaló una cota, atravesó una plaza completamente engalanada con banderas, se encontró en la estación antes la taquilla... Ningún tren para París antes de la una de la madrugada.

¡No le quedó más remedio que resignarse! Ni a pie, ni a caballo, ni en coche, podría recorrer en algunas horas una distancia de ochenta kilómetros. Con rabia en el corazón, jurando entre dientes, se dedicó a merodear por la ciudad, y lo que duplicaba su cólera, era que a su alrededor todo era festivo: grupos de aldeanos riendo bajo el claro sol matinal, ventanas donde ondeaban banderolas tricolores, gorritos de mujeres en los que se desplegaban al aire unas cintas. Quizás se inaugurase ese día la estatua de un ilustre personaje. Desembocando en una amplia llanura que parecía un campo de maniobras, Vincent Mickel vio algunos hombres agrupados en torno a un globo aerostático que estaban inflando.

¡Una idea loca lo invadió! Corrió hacia esos hombres, dijo que quería hablar con el piloto enseguida. El aeronauta se aproximó. «¿Cuándo parte usted, señor?» – Dentro de una hora. – ¿Dónde descenderá? – si el viento no cambia, en París. – ¡Parto con usted! – ¿Sabe señor que eso le costará doscientos francos? – No, quinientos.» Una hora más tarde, y bajo el buen viento que soplaba hacia París, Vincent Mickel subía a través del espacio, con las manos aferradas al borde de la cesta, y bajo el globo se agitaban ya confusos, los gestos mezclados de una innumerable multitud, mientras que las mil banderas, desplegándose y moviendo sus alas muy cerca de la tierra, tenían el aspecto de una amplia concentración de pájaros que renuncian a seguir o otro gran pájaro que ha levantado el vuelo. ¡Ascensión deliciosa en la pura claridad del aire! Pero pronto, lo que era viento fue una ráfaga; el aeróstato, bajo el irresistible empuje, comenzó a dar bandazos, girando de un modo vertiginoso, con la formidable velocidad de un obús. «¿Seguimos dirigiéndonos hacia París? – Si, pero más rápido,» – dijo el piloto inquieto. ¡Demasiado rápido! ¡Qué imbécil! ¿Es que se puede ir demasiado rápido cuando se va hacia quien se ama y que os ama y os espera? Incluso cuando estalló la tormenta, golpeando y haciendo peligrar la frágil envoltura de seda entre las sombrías nubes; incluso cuando el relámpago atravesó la cesta con su ziz zag fulminante, incluso cuando el globo, más espantosamente todavía, comenzó a dar vueltas y girar bajo la tempestad, Vincent Mickel, golpeado por el viento y la lluvia, no juzgó que fuese demasiado rápido, y se regocijaba pensando que toda esa conmoción de la naturaleza lo arrastraba hacia el beso de Adrienne, y creía, extasiado, que ¡era el furor de su voluntad lo que desencadenaba los elementos! «Santo Dios» gritó el aeronauta. Roto por un rayo, el globo caía. ¡Perdidos! «¿dónde estamos? – ¡Eh! sobre París, ¡que el diablo nos lleve!» ¡Sobre París! el espanto de Vincent Mickel tuvo una inmensa alegría, pues había llegado. Sin embargo la terrible caída, como la de una piedra en el aire, continuaba, continuaba, aumentando. Finalmente vencido por el miedo, Mickel había cerrado los ojos. ¡Una brusca detención! ¡agua por todas partes! agua entrando en su boca! habían caído en el Sena. Mickel se hundió, volvió a la superficie del río, vio la cesta yéndose con la corriente, reconoció el Louvre, y, siendo un buen nadador, alcanzó la orilla en algunas brazadas. Pero tenía en el brazo izquierdo un dolor intenso. Se acordó que, en la

caída, había impactado violentamente con algo muy duro, un tejado de casa tal vez, o el muro de una avenida. Debía tener el brazo roto.

¡Por fin en su casa, en casa de ella! La miraba, arrastrándose a sus pies, con lágrimas de embriaguez en los ojos, diciendo: «¡Te adoro!» besando esas tan querida manitas, e introduciendo su cabeza en la seda del camisón como un pájaro que se revuelca en la cálida arena. Luego, cuando estuvo seguro de que ella estaba allí y que él la tenía y que los dioses son menos felices que los hombres si los dioses no aman, se puso a contarle, riendo, como si se tratase de una historia divertida, todo lo que había hecho para llegar hasta ella, todo ese extravagante y terrible viaje: el tren perdido, el caballo del carnicero, el accidente del ferrocarril, el globo, la tempestad, la furiosa caída y su dolorido brazo.

Pero Adrienne, entonces, sonriente, bonita, no conmovida, pero asombrada, – sí, teniendo en su mirada esa sorpresa irremediable de no comprender en absoluto, dijo:

–¡Oh! pero estás loco realmente por haberte expuesto de ese modo; podías haber llegado mañana.

Él no respondió. Quizás haya sido únicamente a raíz de esas palabras por lo que se suicidó.

LA SEÑORA DE PORTALÈGRE

I

¿Ya le he hablado de la Señora de Portalègre? si hace tiempo fue bonita, hoy está mucho mejor, porque tiene treinta y cinco años. No se envejece más que en provincias; en París la belleza se adquiere; es un arte que hay que aprender, y, muy joven no se aprende nada. Alguien preguntaba a un hombre con mucha experiencia si le gustaba la condesita de C..., recientemente presentada en sociedad: «No, respondió, pero me gustará.» Además los frutos maduros ofrecen una especial ventaja en este tiempo donde la vida transcurre tan aprisa: uno no se molesta en cogerlos, caen por sí mismos. La Señora de Portalègre, por lo que se cuenta, cae con facilidad. Pero si tiene amantes, se ignora generalmente la razón. ¿Recuerda usted la frase que Gavarni pone en boca de una de sus «casquivanas». como se decía entonces? Hela aquí, más o menos: «¡Aquel que me hiciese soñar, podría vanagloriarse de ser un cachondo!» La marquesa de Portalègre, gran dama, tendría el derecho de decir lo mismo, con palabras más elegantes. Tan absolutamente insensible como perfectamente bella, fríamente imperiosa, ella no cede sin duda más que para dominar, no se entrega más que para poseer, a fin de ser «dueña». Pues nadie la ha oído pronunciar una palabra de conmiseración, ni visto llorar una lágrima de emoción. Es la bárbara y serena triunfadora. Si se le sirviese en la cena el corazón de su último amante, ella comería sin disgusto, incluso con placer; y creo que repetiría si estuviese bien sazonado.

Anteayer, el salón donde yo le hacía mi visita para felicitarle el año nuevo, estaba completamente lleno a rebosar de figuritas exquisitas. En un desorden loco y encantador, sobre la marquetería de las mesas, sobre el satén estampado de los sillones y los cojines, sobre el ébano del piano de cola, los esmaltes japoneses, grandes jarrones o frágiles copas, armonizaban sus esplendores un poco apagados; los abanicos de varillas de marfil tallado con las láminas pintadas en tonos vivos, se abrían a medias como alas de pájaros exóticos sobre cofres de cristal tan transparente que uno no los habrían visto si no hubiese sido por sus cierres de oro; las estatuillas de bronce erigían orgullosamente su desnudez verde entre el lujo chillón y hermoso de las pequeñas cestillas doradas y de las cajitas de satén violeta, amarillo o rosado, donde los mil caramelos yuxtaponen y amontonan todos los colores de una loca paleta; aquí y allá, un

joyero entreabierto dejaba entrever las fulgurantes pedrerías de un collar, de un brazalete, o de una larga cadena; y, entre el deslumbramiento de esas elegantes riquezas, la Señora de Portalègre, paseándose sobre ellas, de un modo extraño, en los intervalos de la charla, con una mirada que no ve, hacía pensar, con su indiferente gracia, en alguna apacible inmortal, apenas satisfecha, que se había dignado a aceptar ofrendas.

–Señora,– pregunté - ¿no fue Horacio Berchon quien le envió esto?

Yo señalaba una cajita de cartón azul satinado, cerrado con un descolorido cordón dorado, una de esas cajas que se encuentran en las confiterías y que se hacen llenar de caramelos y bombones comprados a granel. El regalo tenía un aspecto bastante miserable y cutre, realmente vergonzoso entre tantos suntuosos presentes.

–Sí – respondió ella asombrada. – ¿Cómo lo sabe?

–Lo he adivinado. Ese pobre Horacio...

–¡Ah! es cierto, ya recuerdo, el Sr. Berchón está empleado en el ferrocarril, ¿verdad? No es rico; se gana la vida penosamente. Pues bien, ¿por qué no permanece en su mundo? No habría debido hacer que me lo presentasen.

–Él la amaba.

–¿Usted cree?

–La amaba, señora, profundamente. ¿No conoce usted la historia de ese amor? Es un poco novelesca. En cierta ocasión que usted regresó de Trouville, cuando estuvo a punto de caer descendiendo del vagón, alguien se precipitó hacia usted y la agarró; un hombre pobremente vestido, un empleado como usted dice. Era Horacio Berchon. Lamentablemente usted le dijo: «Gracias», y su voz es de las que uno jamás olvida.

–¿Fue así como se enamoró de mi?

–Así es.

–Es muy divertido.

–Completamente divertido.

–¿Pero quién me lo ha presentado? No lo recuerdo.

–Yo.

–¡Ah! sí.

–Sufría mucho al no volver a verla. Yo lo conocía hacía tiempo; habíamos ido juntos al colegio. Me lo rogó tanto que hice lo que quería.

–Ha cometido usted un gran error.

–¡Desde luego!

–Pero, – preguntó con una sonrisa – ¿Por qué dice que me amaba? ¿Ya no me ama?

–No.

–¿Cómo?

–Ha muerto, señora.

–¡Oh! ¡ha muerto! – dijo – sin pensar en no sonreír más.

–Lo han enterrado esta mañana.

–¿Y qué le ha ocurrido para morir tan pronto?

–Casi nada. Ha comprado esa caja de bombones, eso es todo.

II

La historia era sencilla y lúgubre. Al volver a ver con cierta frecuencia a esa mujer, Horacio Berchon se había vuelto loco. Recibido en el palacete Portalègre las noches de las grandes fiestas, se mantenía en algún rincón, tímido, devorándola con la mirada. Nadie reparaba en ese desconocido, nadie le hablaba. En una ocasión sin

embargo, alguien le dirigió la palabra. – «Haga llamar a mi coche, se lo ruego» – creyendo que era un criado a causa de su frac deshilachado y de su chaleco demasiado grande. ¡Ese traje de etiqueta! Para pagarlo –solamente en parte– había vendido todos sus otros trajes. Al no tener más que uno, se veía obligado a llevarlo puesto todos los días, incluso para ir a su oficina. El paño fino enseguida se gasta; entre los elegantes bailarines, Horacio parecía un mendigo en traje negro. Poco le importaba, pues la veía. Solamente, cuando él se retiraba, lo más tarde posible, tenía cuidado de vigilar, para salir, el momento en el que no había nadie en el recibidor, a fin de que no se advirtiese que no solicitaba abrigo. De esas veladas llevaba consigo a su cuartucho de un hotel, cerca de la estación del Havre, la visión de la deslumbrante criatura arrastrando, medio desnuda, encajes y sedas entre una doble fila de saludos; y, toda la noche, sobre la pequeña almohada caliente por su fiebre, besaba hombros y mordía cabellos.

Diciembre tocaba a su fin; Horacio Berchon, de pronto, una mañana, observando que se estaban construyendo unas pequeñas barracas en el bulevar, cayó en la cuenta de que todos los hombres que acudían a los salones del palacete Portalègre, sin duda enviarían regalos por fin de año a la marquesa; ¿cómo haría él para enviarle uno también? ¡Oh! su situación no le permitía comprar una de esas preciosas bagatelas que se admiran en los escaparates de los almacenes suntuosos; debería resignarse a no ofrecer otra cosa que caramelos en alguna pobre caja; pero aun así, por poco que eso fuese, ¿podría permitirselo? Desgraciadamente, para tranquilizar al sastre que le reclamaba todavía cien francos, – a causa del frac, ya usado, – había gastado su sueldo de diciembre; y como solo hacía tres meses que estaba empleado, no tenía ninguna paga extraordinaria que esperar. Así pues, ¡ni un céntimo! y en consecuencia, ¡ningún regalo a la Sra. de Portalègre! Ni siquiera algunas castañas glaseadas en una bolsa de papel blanco donde el nombre del confitero resplandeciese en letras de oro. A medida que se aproximaba el fatal día de año nuevo, su angustia se duplicaba, se hacía intolerable. ¡Al menos necesitaría diez francos! Sí, con diez francos habría podido presentarle quizás, algo «conveniente». Pero, ¿dónde conseguirlos? Diez francos que uno no tiene son como un millón que se intenta buscar. Y llegó el uno de enero. Desde el amanecer, Horacio Berchon, tras toda una noche sin pegar ojo, oyó pasos apresurados por la calle; hombres que tenían dinero iban a comprar regalos para sus parientes, para sus esposas, para sus amantes. Sólo él no tenía ni un céntimo, sólo él no podía dar nada. ¡Nada que ofrecer a la que amaba cien veces más de lo que ningún hombre hubiese amado jamás a una amante, esposa o pariente! Y, sin ninguna duda, la Sra. de Portalègre repararía en ese detalle. Creería que no había pensado en ella, o bien diría: «Es un muchacho mal educado.» ¡Saltó de la cama! Iría junto a sus amigos. Pobre pero orgulloso, no le gustaba esa alternativa; pero esta vez vencería sus repugnancias, pediría prestado. Diez francos, al fin y al cabo no es gran cosa; los devolvería a finales de enero. Horacio Berchon no tuvo suerte; algunos de sus amigos ya habían salido, otros se encontraban sin dinero, la mayoría objetaban que también tenían regalos que hacer. Fue una horrorosa jornada de vanas gestiones, de amargas humillaciones; y, por la noche, perdida toda esperanza, no habiendo cenado, agotado, se apoyó contra un muro, con los ojos anegados por gruesas lágrimas. Emitió un grito de júbilo: su frac, ¡tenía su frac! Podía venderlo, le darían al menos diez francos. Sí, sí, era indispensable venderlo. ¿Cómo haría sin frac para ir a las veladas de la Señora de Portalègre? Ya lo solucionaría más tarde, ya se las arreglaría con otro sastre que le concediese un crédito. Lo prioritario ahora eran los regalos, los indispensables regalos. Entró en una casa de empeños, no pudo obtener más que ocho francos a cambio del traje, bastante raído por cierto, corrió a una confitería cuyo escaparate rebosaba caramelos y cofres de seda bajo el gas. Pero por ocho francos no encontró nada que se pudiese ofrecer decentemente, sobre todo a una

gran dama. Con cuarenta centavos más no habría tenido que verse en un apuro a la hora de elegir; miraba una bonita caja azul, atada con un cordón de oro que habría hecho perfectamente su cometido. Volvió, resoplando, a la casa de empeños y vendió su chaleco, – dos francos – regresó a la confitería, compró la caja, y corrió al palacete Portalègre donde entregó los bombones al portero volviendo un poco la cabeza para no ser reconocido. ¡Por fin! ¡lo había conseguido! Él, pobre diablo, – como los apuestos jóvenes de los bailes, – ofrecía presentes a la marquesa. Satisfecho y orgulloso hinchaba el pecho... Solamente entonces se dio cuenta de que estaba tiritando, que tenía fiebre, que todo su cuerpo estaba frío como el hielo. Desde hacía más de una hora iba en mangas de camisa bajo el gélido viento, bajo una lluvia de nieve fundida. Quiso regresar a su casa, muy rápido, pero apenas podía caminar, se tambaleaba, estremeciéndose de pies a cabeza. La gente creía que estaba borracho. Le resultó muy difícil arrastrarse hasta su calle, hasta su casa, y acabó desplomándose en las escaleras. Lo encontraron allí, con estertores, susurrando palabras delirantes y lo acostaron en su cama. Un médico, al que llamaron apresuradamente, le diagnosticó una congestión pulmonar. Horacio Berchon murió dos días después.

III

La Sra. de Portalègre había escuchado ese relato, tranquilamente, fijándose tanto en mí como en la caja azul, con la feroz limpidez de sus grandes ojos verdes. Cuando me callé, no dijo ni una palabra. Se produjo un largo silencio. Salí tras un saludo. Desde el recibidor, donde un criado me ayudaba a ponerme mi abrigo, podía ver el interior del salón cuya puerta había quedado entreabierta. La Sra. de Portalègre, sentada ante la chimenea, tenía sobre sus rodillas la pobre caja con cordón dorado. La tenía abierta, miraba los bombones, – unos bombones comunes, castañas glaseadas en migajas, pralines descoloridos. Tomó uno y lo comió, sonrió, comió otro, y otro, luego más, siempre sonriendo. Parecía encontrarlos excelentes.

MADELEINE JUDAS

¿Es cierto todo lo que se dice, baronesa? ¿Os habéis dedicado a esa vil tarea, vos, tan bonita como sois? pues realmente sois bella, con vuestros aires locos de mundana exasperada, que sabe mostrarse sabiamente cuando conviene con la reserva un poco fría de una joven institutriz. ¿Esos deditos que tan solo deberían dejarse rozar por manos enamoradas, han manoseado el dinero obtenido por métodos despreciables? ¿Por unos rublos en San Petersburgo, por unos frederics en Berlín, por unos luises en Francia, os habéis dedicado a leer horrorosas cifras de contingentes y de provisiones militares con vuestros dos ojos marrones, donde sueñan recuerdos de alcoba? ¿Vuestros carnosos labios que nos hacen, nada mas verlos, aflorar el beso a la boca, han interrogado subrepticamente a viejos generales imbéciles, y vuestras orejas, pequeñas y complicadas como claveles recién abiertos, donde la abeja “te amo” debería solo zumar, han robado secretos de Estado? Desde luego, nadie habría pensado censuraros por haber mentido un poco ni de engañar a menudo, ¡puesto que es usted mujer! pero era un amante al que había que engañar por otro, – ¡eso hubiese hecho felices a dos! – y era jurando ser fiel como usted se había permitido mentir. ¡Ha preferido traicionar por dinero a las naciones! ¡Ah! Dios, acechar el instante de abandono supremo donde el ingenuo que la adora ahoga sus miradas en vuestros ojos, para preguntarle arrullando de amor: «Dime, alma mía, ¿cuántos regimientos, en caso de guerra, podría movilizar Francia?» ¡Oh! no trataré de explicaros lo infame que es eso; apostarí que no lo comprenderíais; pero, a falta de conciencia, habéis tenido gusto, ¿verdad? – ¡vuestros exquisitos vestidos lo demuestran! – y por eso habríais debido evitar ser una espía, señora, no porque esté mal, sino porque cuando menos es feo.

Así pues, sois una criatura perfectamente despreciable. Sin embargo no puedo evitar tener por vos un poco de misericordia a causa de una vieja aventura en la que sin duda habéis sido abominable y abyecta, pero en la que no sé que fugaz rayo de ternura os ha atravesado el corazón.

Hace doce o trece años Boris Alexandrowitch Boronine, – ¿os acordáis, verdad? – estudiaba derecho en San Petersburgo. Era un joven un poco indómito, muy dulce. El espíritu lleno de visiones, el alma llena de sueños. Conspiraba contra el zar. Admitamos que era uno de esos a que se llaman nihilistas. Abortada la conspiración, el estudiante fue encerrado en una fortaleza; pero se evadió y logró abandonar Rusia, cuya policía

imperial se mostró muy irritada pues Boris pasaba estaba considerado como un hombre peligroso. ¡Era imprescindible detenerlo! ¿Cómo? ¿Se enviarían agentes al extranjero? Sí, sin duda. Pero los agentes son lentos en sus persecuciones y sus estrategias son torpes. Por fortuna vos estabais allí, baronesa. Una vez acordado el precio, partisteis lo más pronto como os fue posible. – ¡esa maldita costurera francesa no acababa de entregaros vuestros vestidos nuevos! – Se sabía que Boris estaba refugiado en el gran ducado de Weimar.

Creo que hay más rosas en Weimar que en ninguna ciudad del mundo. Cualquier pared sirve de pretexto para acoger los tallos de los rosales; cada ventana es fuente de una perfumada cascada, no hay ningún rincón donde no haya un parterre; e incluso las calles más transitadas semejan frescos caminos completamente enrojecidos de gavanzas salvajes. Además Weimar tiene su parque augusto y sonriente, grandioso y bonito, a quién Goethe consideraba El Nuestro; el jardinero continuó lógicamente la labor del poeta cortesano: abrió unas avenidas ceremoniosas como una cantata principesca y cuidó los tallos de rosas para que estuviesen floridos como poesías. Me gustan sobre todo las poesías y las cantatas. El blasón de Weimar debería ser, sobre fondo de sinople, una densa mata de rosas.

Es en esta ciudad en flor dónde vivía Boris, sólo, triste, y soñando con su patria. Pero dos días después de vuestra llegada, señora, ya había olvidado todo: su miseria, sus melancolías, e incluso su entusiasta añoranza por la Rusia oprimida. ¿Qué habíais hecho para azorarlo de ese modo? Pasando junto a él, bajo los árboles del parque, habíais levantado un instante vuestro velo.

Fue todo un exquisito y apasionado idilio, pues él os quiso con amor profundo, y, vos, clemente por este joven exiliado, no habríais querido rechazarle el consuelo de la esperanza. En el frescor de la mañana, caminando por el césped donde todavía cruje la escarcha de la niebla, o por la noche, cuando el horizonte se ensangrienta entre las ramas de los árboles, ambos ibais juntos a lo largo de los suaves senderos solitarios, e, inclinados uno sobre el otro, deliciosamente mecidos por la caricia de vuestras voces unidas, los ojos en los ojos, los labios cerca de los labios, sentíais abrirse en vuestros corazones más rosas que las que florecían entre las espinas de los rosales.

Pues bien, ¿por qué no lo hacíais detener por lo cuatro policías que os habían acompañado a Alemania? porque no podíais, ¡caramba! En esa época, el gran duque de Weimar se mostraba muy celoso de los privilegios de su autoridad, y el arresto de un extranjero no sería efectuado sin escándalo. Por el contrario, en el cercano ducado de Saxe-Meiningen, habríais podido actuar a vuestras anchas; el principillo de ese Estado liliputiense habría tenido mucho cuidado en no contrariar a una enviada secreta del zar. Era pues necesario convencer a Boris de que se arriesgase a ir al principado vecino; y es por lo que ocurrió por lo que amabais a ese joven.

Una noche, vuestro carruaje, con dos criados sobre el pescante y otros dos detrás, abandonó Weimar, entró en el territorio de Saxe-Meiningen, y se detuvo ante una casita, donde una sola ventana brillaba a través de las oscuras ramas del jardín.

Vos habíais alquilado esa casa, y Boris os esperaba allí. ¡Oh! ¡no había sido nada difícil convencerlo para que pasara la frontera! «¡Es allí, lejos de los curiosos, en una soledad de flores y follaje, dónde quisiera estar con usted por primera vez!» Estas palabras lo habían embriagado. ¡Poseeros! ¡Ah! para poseeros, ¿a qué abismo no se hubiese precipitado? y esa casita, en la cual para ser un nido no le faltaban más que los pájaros, no era un abismo. Los pájaros pronto estarían allí.

Apenas apeada del coche, los cuatro criados os rodearon.

–¿Ahora? – dijo uno.

–Sí, subid la escalera detrás de mi, sin ruido. En el momento en el que abra la puerta de la habitación, os arrojaréis los cuatro sobre Boris, lo reduciréis y lo llevareis al coche. ¡Ah, otra cosa! Si se resiste demasiado violentamente, podéis matarlo. ¡Adelante!

Los hombres de la policía os siguieron a la casa. ¡Lo habíais conseguido! ¡Teníais al conspirador, al nihilista! ¡sería detenido, tal vez asesinado! ¡vuestra misión pronto estaría cumplida! Cuando vuestra mano iba a tomar el pomo de la puerta, vacilasteis. ¿En qué pensabais? ¿en el amor, en la confianza de ese joven que os esperaba completamente emocionado de embriaguez? Sí, tal vez en eso o en otras cosas aún...

Los policías, sorprendidos, os miraban.

–¡Ah! bien, no, – mañana temprano.

Y un instante más tarde, en la habitación, con los ojos medio cerrados, un poco húmedos y vuestros bellos labios ofrecidos, a fe mía que ¡perdisteis completamente la cabeza bajo los desenfrenados besos de Boris!

Al amanecer, fue detenido, amordazado y secuestrado. Pero al fin y al cabo, antes de apoderarse de todos los días que le quedaban de vida, le habíais dado una de vuestras noches. Él os habrá perdonado un poco, señora, porque vos lo habéis amado un poco. Después de eso, murió en Siberia.

LA PEQUEÑA THOMASSON

I

Era la cena número cien en el restaurante Brébant, en el gran comedor tapizado de negro y oro, donde los brazos colgantes de los candelabros y los apliques, semejantes a racimos de agua congelada que brillaba, tintineaban entre las idas y venidas de los camareros con un ruido de sombreros chinos de cristal. Estrépito de tenedores y risas, palabras confusas y de elevado timbre, seguidas de entrechocar de vasos, y, aquí y allá, charlas en voz baja mientras los codos de la tela se entretienen en rozar los codos desnudos. Pues, bajo el claro temblor de las velas, alrededor del luminoso mantel, arreglado con ramos y arabescos, y repleto de porcelanas y fulgurante de platerías, se encontraba allí, en traje negro, con una gardenia en el ojal, todo el espíritu del París periodístico, y vestidos como en escena, faldas cortas y corsés bajos, satenes, sedas, flores y encajes, toda la belleza de la farándula parisina. A decir verdad, las hermosas muchachas cumplían concienzudamente su función, que no era otra cosa que mostrar a los ojos maravillados la cálida nieve viva de los brazos y los hombros, y el rosa carnoso de las bocas rojas. ¡Los hombres de ingenio eran idiotas! Toda inepta broma de las más antiguas antologías, las banales metáforas del argot de bulevar y los retruécanos, veinte años atrás vulgarizados por los refranes de los café-concert, se mezclaban en el baturrillo de los apóstrofes y las respuestas. Tomad cincuenta hombres perfectamente inteligentes, ponédlos juntos en una fiesta: apostaríais lo que fuese a que obtendríais una cincuentena de imbéciles. ¿Por qué? Misterio. Tal vez la convención tácita de estar todos «divirtiéndose» anule la originalidad de cada uno; tal vez la presencia de rivales que observan, haga germinar en ellos la franqueza de los impulsos y las agudezas. Pero, esa noche, a falta de talento, la alegría campaba por sus fueros, ruidosa; y, puesto que los vinos eran buenos y las mujeres bonitas, puesto que el vapor de los platos se mezclaba con olores de terciopelo y piel, había en el corazón y en los ojos de los comensales ese alegre humor que proporcionan el buen yantar y la hermosa carne.

Bruscamente, Rose Mousson sollozó en su plato completamente lleno de cangrejos a la bordelesa, porque su amante, un tenor de los Folies-Parisinos, había hecho, agachándose bajo la mesa para recoger su servilleta, que la gruesa Constance Chaput emitiese un grito. El incidente pasó inadvertido gracias a la pequeña Thomasson

que cenaba, esa noche, con personas importantes a causa de su éxito en la obra festejada. Tomó a Rose Mousson por el brazo, la llevó consigo hacia una ventana, y allí, tras las cortinas de cretona rosácea, que dejaba traspasar la luz del comedor, se dispuso a consolarla y a aconsejarla.

—¡Ah! de todos modos debes mostrarte indiferente, ¡no alterarte por un hombre! — dijo ella con la voz agria y aguda, voz joven y experimentada a la vez de una Déjazet a los setenta años.—¡Los hombres! Y éste es peor que los demás. Hablamos de un guapo caballero que almuerza todas las mañanas en tu casa y nunca te ha preguntado de donde sale el dinero para ir al mercado. ¡No digas que no! yo conozco a ese pájaro; estaba con Léo en la época que ella vivía en la edificio donde vivo yo. Él pagaba su sastre con los billetes de Leo. ¡Te digo que es cierto! Un día me encontraba allí cuando ella le reclamaba una suma, y el no quería devolvérsela; necesitaba dinero para ir al café, ¡o a algún otro lugar! No, es demasiado tonto dejarse estafar de ese modo. ¡Oh! sé bien lo que vas a decirme. ¡Lo amas! ¡tú lo amas! Una buena broma a mayores, el amor. Hija mía, tú no eres de tu tiempo. ¿Es que acaso se ama hoy en día? Bueno, en las obras de teatro, para hacer llorar a los burgueses, pero es bien sabido que no se consigue. Sin duda, sin duda, eres joven y quieres divertirte, lo entiendo. Esa no es una razón para perder el tiempo en tonterías, ¡como una ingenua! Sea la fiesta si el corazón te lo pide. Hay mujeres a las que le gusta eso. Que le vamos a hacer. Pero debes ser razonable, reflexiona. Bonita como eres, es vergonzoso que no tengas ya tu apartamento y tu coche. ¡Mirad a Rose Flaman! ¡He aquí una que no se deja engatusar por los actores! También dos casas en Bougibal, y letras del Tesoro, querida. Pero, tú, te lo advierto, si no pones a ese tenor de patitas en la calle, no llegarás a nada y serás desgraciada como las piedras. ¡Me dará igual cuando seas limpiadora de pisos o barrendera de calles, tras haber cantado dúos con tu ruiseñor de cartón!

La pequeña Thomasson, que hablaba a Rose de este modo, como buena compañera, cumplirá trece años el año que viene, el domingo de Pascua.

II

¿Hay pájaros que gorjean en los árboles? ¿Hay entre la hierba, flores que se recogen riendo para hacer ramilletes? ¿Existen niños que juegan todo el día, al aire libre, al sol, luego se duermen por las noches, cansados y felices sobre las rodillas de la madre que los mece con una bonita canción? Y, esas muñecas que se ven detrás de los escaparates de las tiendas de juguetes, ¿se las regalan realmente a pequeñas muchachitas que las visten, las desnudan y las acuestan con tiernos arrebatos?

La pequeña Thomasson lo ignora, siempre lo ha ignorado. Bueno, si sospecha que en los árboles hay pájaros y flores entre las hierbas y niños acunados por las madres y muñecas mecidas por las niñitas, es que alguna vez pudieran haber figurado en las canciones o en los guiones que se le dan a memorizar.

Hija de una portera de un pequeño teatro que había sido vendedora en el Châtelet, nació y creció en la fétida atmósfera de los largos pasillos oscuros y las estrechas escaleras donde van y vienen, con juramentos soeces y sucias palabras, los aprendices de maquinistas y el tropel de figurantes. A los cinco años llevaba cartas a los camerinos de las actrices, merodeaba de la mañana a la noche entre bastidores. En lugar de sol, gas; en lugar de los frescos paisajes y los jardines floridos, la pintura de las telas de los decorados de fondo; por cielo las cintas de aire que tiemblan como una colada que se ha puesto a secar; y, mientras no le era revelado nada de todo lo que quieren saber las ingenuas curiosidades de la infancia, aprendía todo lo que puede mancillar y pervertir el joven candor de una alma. Los impudores de la desnudez en los camerinos

entreabiertos, los abrazos en los pasillos mal iluminados, parejas que no se inmutaban por su presencia, y todas esas bajas aventuras, las citas concedidas en respuesta a notas llevadas por una acomodadora, las idas y venidas de viejas vendedoras de flores llevando ramos; todo eso la envolvía.

En honor a la verdad, aprendía mal, a fuerza de ver, sin comprenderlo aún, como un escolar aprende por corazón, a fuerza de leer, una lección demasiado complicada para su edad; y, siempre ingenua, pero repitiendo las palabras que oía, cínicas o libertinas, imitando los gestos, las actitudes que observaba, tenía un no sé qué de inocencia infame. Algunas veces se despertaban en ella unos instintos de una vida diferente, instintos alegres y encantadores. Un día, durante el ensayo de una opereta, miró durante mucho rato, detrás de un decorado un hilo desenrollado que un maquinista había dejado allí, y, bruscamente, – aunque tal vez ella no hubiese visto nunca saltar a la cuerda, – tomó el hilo y se puso a saltar a la cuerda con entusiasmo. Un corista, en traje de cortesano del país de los Sonetos, consideró que la niña molestaba su entrada, y de un empujón la envió rodando a un rincón, gritando: «Date prisa en apartar tus pies de ahí, tonta» Ella pensó que no estaba bien saltar a la cuerda. Otra vez, – por la mañana– sentada sobre el peldaño de piedra, delante de la entrada de artistas, seguía con su larga mirada asombrada y triste a las muchachitas que iban por grupos con una cesta al brazo y libros en la mano, y, volviéndose hacia su madre que barría el pasillo, le dijo con voz temblorosa por un apasionado deseo: «¡Oh!, mamá a mi también me gustaría ir a la escuela!» ¡La Sra. Thomasson le propinó una bofetada! La niña se resignó, suponiendo que no era decente ir a la escuela.

Pero esos momentos eran raros y fue cambiando cada vez más. Comenzaba a gustarle, comprendiendo, el mal que había a su alrededor. Sí, ¡comprendió! ¡a los nueve años! El vicio tiene esas precocidades. Hay primulas envenenadas. Había encontrado personas – no entre los artistas, sino entre las personas que viven de ellos, y en torno a ellos, y que son a un teatro lo que los patanes son a un ejército, – personas que había encontrado para que le explicasen las cosas, como se suele decir para educarla. Y la caída de esta pequeña alma fue irremediable cuando la Sra. de Thomasson, – no se puede mantener sin hacer nada a un hijo que cuesta los dos ojos de la cara– se decidió a ofrecer a su chiquilla al director para representar un papel de princesa inocente en una comedia que se estaba montando.

La muchachita representó el papel, y, por su aplomo de pilluela depravada, a fe mía que tuvo mucho éxito. Se la solicitó en todos los teatros, para todas las obras en las que había una niña. ¡Éxito tras éxito!

A partir de ese momento ya estaba formada; pues, lo que había podido quedar todavía de natural infancia lo perdió en los artificios de la escena, ya no fue ella nunca más, no volvió a pronunciar palabra alguna más que con el tono que le había sido enseñado, no hizo ni un gesto que el autor no hubiese indicado, y acabó por ser, al cabo de algunos meses, a los doce años, e incluso en la vida real, no una joven actriz sino una espantosa mujercita de teatro. Al mismo tiempo, comprendiendo cada vez más, adquiriendo extrañas experiencias, se convirtió en una criatura perfectamente perversa, y, por desgracia, absolutamente consciente.

Esos eran los antecedentes por lo que la noche de la centésima cena, daba consejos de moral a Rose Mousson tras la cortina de cretona rosácea, y porque, acabando la cena, – mientras los últimas parejas, un poco achispadas, se hablaban muy cerca, en voz baja, bajo el amanecer que se adivinaba en el aire a través de los cristales, después de apagar las velas y que la Sra. Thomasson, ¡la madre! completamente ahíta de viandas, se aferraba a una botella de chartreuse amarillo, – ella dijo a la gruesa Constance Chaput pesadamente tumbada sobre tres sillas en el fondo del comedor: «Ya está, iré a verte

mañana, después del ensayo, pero no se lo digas a Leo, porque, imagínate, si supiese algo, me arrancaría los ojos, ¡tenlo por seguro!»

LA MARQUESA FAUSTINE

I

Los tres leones de rubio pelaje y los tres leones negros, que un domador malayo exhibía aquellos días en el teatro de la Porte-Saint-Denis, eran unas bestias bastante feroces, y cuando, fustigados por los latigazos bajo las miradas de la muchedumbre, saltaban en una confusión de melenas de un extremo a otro de la gran jaula que vibraba, la llama furiosa de sus ojos amarillos, el marfil expuesto de sus colmillos y sus estridentes rugidos de cólera no testimoniaban precisamente una excesiva benevolencia respecto a la especie humana. El domador afirmaba que cualquiera que se introdujera en la jaula, estando él ausente, sería devorado inmediatamente; jamás quiso prestarse a semejante imprudencia; incluso respondió: «no» a una muy ilustre actriz, curiosa por probar ante los hermosos animales salvajes la gracia cadenciosa de su gesto y el encanto de oro de su voz.

Pero pocas cosas resultan imposibles a un joven audaz que tiene cincuenta mil francos que arrojar a diario por las ventanas de su fantasía; y como tal es el caso del Sr. de Nérici, éste consiguió sin dificultad pasar toda una hora, por la noche, solo con la marquesa Faustine, con las temibles fieras.

Pues a la marquesa se le había antojado cenar en compañía de su amante dentro de la jaula de los leones.

II

Tan bajita y tan delgada, frágil y delicada, un poco doblada, con aspecto de un rosal quebrado, mal apuntalado por el viento, y que va a caer en cualquier momento, la marquesa da la impresión, a quien la considera en su debilidad, de algo que se marchita. Pero, miradla cuando un deseo la anima: se levanta, brusca, como tocada por un resorte; la mano se cierra crispada haciendo oscilar el abanico; al igual que las cuerdas de un violón, los nervios del raquíptico brazo se tensan, dispuestas a todos los trabajos del placer y del mal; los ojos huecos, de oro negro, se iluminan, y los labios rojos parecen unos pimientos que entran ganas de comérselos. Esta débil mujer, como si cayera una lluvia de rosas, recupera un vigor que doblaría el hierro. No entreguéis nada a la

marquesa que pueda ser destrozado, ni vuestro cuerpo ni vuestra alma; pues, aun remilgada, es formidable, del mismo modo que fea es exquisita. ¡Es anémica! como los gules⁶. Ninguna de las rudas labores de las mundanas, ni las mañanas galopando por el Bosque tras noches sin dormir, ni las sesiones de maquillaje veinte veces reiniciadas, ni las tardes cuando se baila, ni, durante las largas cenas oficiales, ni el abrazo opresor del corsé que muerde, ni más tarde, junto a alguna escalera furtivamente montada, bajo el velo, los desabroches precipitados en un reservado de un restaurante nocturno, ni toda la ruda tarea de los amores, de las traiciones y de las risas, no la desaniman. ¡Es infatigable!

Además, en esta parisina de hoy en día, se esconde una romana de la antigüedad; no es sin razón que el nombre de Faustine le haya sido puesto debido a sordos rumores. ¿Acaso por alguna oscura metempsicosis, lleva consigo el alma de alguna delicada y feroz emperatriz prendada de todas las alegrías culpables, sonriendo al hundir alfileres de oro en la piel de ébano, que cada vez sangra más, de los esclavos, – ¡el rojo es hermoso sobre el negro! – extasiándose de escuchar, entre los besos de los amantes de esa noche, el estertor de los amantes de ayer, allí, muy cerca, en el patio pavimentado de pedrerías, bebiendo, desde luego, como Cleopatra, perlas en el vino, pero bebiendo también lágrimas en la sangre? ¿Es de España, donde la vuelven loca las corridas de toros, y de Londres donde los sesos brotan bajo los puños de los boxeadores, y de Italia donde, en los circos antes cubiertos de cenizas y olvido, las antiguas jaulas de fieras tienen unas extrañas disposiciones, de donde trajo consigo espantosos deseos de barbarie en la alegría y de horror en la embriaguez? Se rumorea que es abominablemente perversa y terrible; ávida de todo lo imposible, hambrienta de todo lo prohibido. Ahora bien, en la vida de hoy en día, esta mujer, al mismo tiempo que abyecta, es absurda. En ella se mezcla la ignominia con la puerilidad. Pesadillas de colegiala endiablada. ¡Fi! marquesa, no hay que añadir malas costumbres al mal gusto. Por mi parte, si vos me pedís que cene en vuestra compañía en la jaula de los leones, yo no hubiese dejado de acompañaros hasta la estrecha puerta con barrotes de hierro; allí, cortésmente, os habría cedido el paso, luego, cerrando la puerta, me iría a fumar un cigarro al aire libre, soñando en la pequeña provinciana con la que mi tía abuela quiere casarme. Pero el Sr. de Néricie, que, por besar vuestras uñas rosadas, se expondría a todos los peligros, quiso llevar la situación hasta el límite; tal vez juzgando que la empresa era de alto rango, dado que no estaba exenta de peligro.

III

La cena fue encantadora.

Asombrados al principio, y reculando hacia los rincones con unos rugidos que mostraban unas espantosas encías, los leones pronto dejaron de prestar atención a esos huéspedes desconocidos, y recomenzaron sus eternas idas y venidas de fieras aburridas.

La mesita blanca, a plena luz, bajo las veinte velas de dos candelabros de cristal, fulguraba de platerías, y, al lado de las perdices frías, en unas cestillas de Sevres tallado, lucía entre el musgo, el oro de las uvas y el aterciopelado rosa marrón de los melocotones, la verde seda de unas peras alargadas.

Los amantes se sentaron uno frente al otro, él en frac negro, el chaleco muy abierto, correcto, ella en un vestido de satén malva que se arrugaba y brillaba en múltiples pliegues, con unas rosas de té en sus cabellos pelirrojos, escotada, iluminando bajo el fulgor de las velas, su piel un poco seca del color de una corteza de granada. La

⁶ Un **gule** es un demonio necrófago que, según ciertas leyendas orientales, habita los cementerios, profana las tumbas y se alimenta de los cadáveres. (N. del T.)

cola de un león, al pasar, tiró el vaso de fino cristal tallado donde la marquesa había depositado sus guantes. «¡Trinche rápido esa perdiz, Sr. de Nérici! realmente me muero de hambre. » Y, un poco inclinada, con las dos manos sobre el mantel le tendió su plato riendo, mientras que a pasos pesados, alrededor de la mesa iluminada, muy cerca de los comensales, merodeaba incesantemente la ronda salvaje y negra.

¡Jamás parisino alguno mostró más ánimo que esos dos parisinos esa noche! Mil palabras alegres, rápidas, que dan la impresión de no querer decir nada, se dispersaron aquí y allá, sin saber donde, como libélulas enloquecidas, produciéndose unos silencios que lo decían todo; unos madrigales con un poco de picante ironía; y veinte cuentos, sobre todos y todas, crueles y hermosos, interrumpidos y reiniciados, aderezados por los brillos claros de la platería y el cristal. Pero la intimidad risueña, mientras el champán también reía en los vasos, se complicó con un poco de ternura; y se produjo ese momento en que las sonrisas de dos bocas cercanas se van a convertir en un beso.

IV

Los leones se detuvieron.

Inmóviles, con los bellos caídos y estrellas rojas en los ojos, observaban a los amantes; a veces un breve estremecimiento recorría la piel de sus riñones, hacía vibrar los músculos de su pecho, y, entre una sacudida de melena, les salía de la garganta un gruñido que exhalaba vapor. ¿Que tenían? ¿Que les ocurría? No estaban inquietos ni por la luz, ni por los ruidos; y hete aquí que ahora, ante la pareja que se aproximaba, que charlaba con más ternura, los labios cerca de los labios...

¡Las dos sonrisas se convirtieron en un beso!

Entonces las seis bestias feroces, como embriagados de un furor o de una alegría repentina, brincando y rugiendo, se abalanzaron hacia los barrotes de la jaula en una formidable confusión, y regresando volvieron a arrojar. Ni una saltó hacia el lado de la mesa, pero sus ojos inyectados en sangre, se volvían siempre, irritados o enternecidos, – pues la ternura de los monstruos se asemeja a la cólera – hacia el hombre y la mujer, ¡sobre todo a la mujer! El peligro era extremo, desde luego. «¡Bah!» dijo la marquesa; y el Sr. de Néricie no estaba para contradecirla. Hablaban muy bajo y con mimo entre los felinos, en medio del enorme tumulto. En un instante el guirigay se mitigó. Ella observó que uno de los leones negros, que se había acercado a ella, balanceaba voluptuosamente su cabeza en el satén del vestido que arrastraba por el suelo. Luego los brincos de nuevo reanudados, hicieron vibrar las planchas y los hierros; y, hasta la hora en la que llegó el malayo, el murmullo disperso de los besos fue como un vuelo de pájaros cantores entre un estrépito de truenos.

V

–¿No habéis tenido miedo? – preguntó al día siguiente la Señora de Soïnoff a la marquesa Faustine.

–Dios mío, no.

–¿Y os habéis divertido?

–Sí, bastante, ya lo creso. Solamente pensaba en una cosa.

–¿En qué, decidme?

–Es realmente lamentable que no se encierre también, alguna vez, a aquellos que nos aman o nos han amado detrás de los barrotes, como se encierra a las fieras.

–¡Oh!–dijo la pequeña señora de Soïnoff, asombrada– ¿por qué habéis pensado semejante cosa?

La marquesa Faustine hizo caer con la punta de la uña la ceniza a medio quebrar de un cigarrillo rosa.

–¿Por qué?– dijo – porque tal vez sería muy divertido cenar con un león en la jaula de los hombres.

LA SEÑORITA ABISAG⁷

Uno de estos martes pasados, ascendía por la gran escalera de la Comedia Francesa. Me detuve, maravillado, y me incliné lleno de respeto; pues era un espectáculo, a la vez encantador y venerable, el de esta joven muchacha, esbelta y tan perfectamente bella, sosteniendo, peldaño tras peldaño, el entrecortado descenso de ese lento e impedido anciano. ¡Absolutamente bella, en efecto! con el candor un poco frío, altivo y augusto que tienen las flores de lis y las vírgenes. Sin embargo se curvaba, se humillaba, filial y servil. Y no tenía en la mirada, en la actitud, ni orgullo, ni resignación ni un exceso de ternura que habría podido parecer afectado. Ella no buscaba las miradas y no las evitaba tampoco. Se comportaba con gran sencillez. Evidentemente, el hábito y la satisfacción de cumplir con su deber hacían que encontrase natural llevarlo a cabo. Fue Así como Cordelia ayudó al rey Lear a descender del trono⁸. Yo adivinaba toda una vida de grave e inocente sacrificio, de inconsciente heroísmo. Además, como esa noche se representaba *Edipo Rey*, del Sr. Jules Lacroix, me puse a pensar en el *Edipo en Colonia*, de Sófocles, y pude oír en mi recuerdo el divino suspiro de Antígona: «¡Lo que no resulta dulce para nadie me lo parece a mi cuando lo sostengo en mis manos!»

–¿Conoces al general Glinckosch? – me preguntó Valentín tomándome del brazo.

–No.

–Acabas de saludarlo.

–He saludado a su hija también, a la que tampoco conozco.

–¿A su hija?

–Esa persona que lo ayuda a bajar la escalera.

–Esa no es su hija.

–Esta bien, su sobrina, o alguna pariente lejana.

–El general no tiene parientes.

–¡Oh! – exclamé con gesto del disgusto que me provocaría ver arrastrarse una babosa sobre el pétalo de una rosa– ¿no será su esposa?

–No es su esposa.

Pero Valentín sonreía, con un rictus malicioso que me desagradó.

⁷ Abisag aparece en el Libro de los reyes como una doncella que servía y calentaba al viejo David; aunque fue la última de sus esposas, no mantuvo relaciones con él. (N. del T.)

⁸ Alusión al *Rey Lear*, una de las principales tragedias del William Shakespeare. (N. del T.)

–¿Supongo que no irás a decir que, bella, orgullosa y pura como la he visto, esa joven es la amante de ese anciano?

–¿Su amante? No.

–Menos mal. ¿Pero que relación tiene con el general Glinckosch?

– Ven a la residencia si quieres conocer una historia tan monstruosa y lamentable como los incestuosos amores de Edipo y Yocasta.

«¿Te has fijado bien en el general? Es odioso, con sus ojillos inyectados en sangre y bilis, como, bajo la hinchazón de sus párpados, siempre derrama una sucia lágrima; con su piel gris, parecida a la de la tierra seca, y donde se agrietan, aquí y allá, unas ulceraciones de viejas heridas; con su boca caída, de donde cuelga y se mueve, cuando camina sacudido por temblores, una lengua no rosada, sino blancuzca y exangüe. Jamás tan abyecto rostro ha mancillado la mirada de los hombres y las mujeres desde que el príncipe Saratoff se ha podrido bajo tierra, ¡lo que no debe hacer mucho tiempo!, diría el enterrador de Shakespeare. Y si se pudiese ver el alma del general, parecería más inmunda que su cara. Antes de llevárselo, ¡el Diablo, que tiene sus detalles de delicadeza, deberá lavársela!» Por muy distraído que seas, has debido escuchar veinte anécdotas que todo el mundo comenta, y que son ciertas. Se cuenta en las embajadas la razón de que el entonces coronel Glinckosch, en 1863, en Viena, debió ser borrado de las listas del ejército; el proceso no tuvo lugar por orden del emperador; y las dos víctimas – ambas se casaron a continuación con dos burgueses de Budapest – fueron confinadas en un convento en los alrededores de Salzburgo; una de ellas se volvió medio loca. Desde los diez años que hace que se ha retirado y que vive en Francia, el general ha podido, gracias a su inmensa fortuna, – ¡una renta de dos millones de florines! – evitar los escándalos demasiado llamativos; pero circulan rumores en voz baja difíciles de refutar. Se sabe lo que ha ocurrido, en más de una ocasión, en el pequeño palacete de la avenida Hoche, que tiene tres entradas; no se ignora que, a consecuencia de una oscura aventura, una sirvienta normanda, llegada la víspera de su pueblo, fue encontrada una mañana detrás del palacete con un pañuelo en la boca, y las manos atadas con unas ligas. Incluso aún sin llegar a consumar el crimen, los vicios del general son singulares y temibles. Pregunta en los bastidores de los pequeños teatros o en las cuadras del Hipódromo, a las muchachas facilonas que de ordinario desconocen la timidez y las reticencias; las más temerarias no te contarán palabra alguna sin no poca congoja de las extrañas cenas y de las fiestas a las que Glinckosch las ha invitado en unos salones dispuestos como las pequeñas casas de los Fronsac y las de la Popelinere. Qué cuadros estaban colgados en las paredes, qué dibujos dispersos sobre los muebles, y de que comedias han sido las protagonistas, – pues se representan comedias en casa del general, – solamente dos o tres se han atrevido a confesarlo, turbándose, casi completamente enrojecidas. A día de hoy, las más intrépidas que son tentadas en vano por intermediarios que muestran billetes y oro, ¡no consienten en acudir a casa de ese horrible hombre!, pues la perversidad de sus exigencia se ha exacerbado del mismo modo como los años han abolido definitivamente sus fuerzas; y la gruesa Constance Chaput, que, sin embargo, ha sido durante tres meses la amante del actor Vassang, y, durante ocho días, la amiga de la pequeña Thomasson, ha rechazado tajantemente los mil luses que debía encontrar en la palangana de una alcoba infernal. Pues bien, escucha esto: a ese monstruo, feo, vil, terrible, temido por las prostitutas, una jovencita de dieciocho años, pura y bella, – sí, la que has visto antes – ha venido a ofrecerse una mañana sin ser solicitada, con resolución, y, por la noche, ¡infame Abisag!, ha dormido al lado del abominable anciano»

Interrumpí a Valentin con un gesto de horror.

–¡No, no! ¡No puede ser! ¿Por qué haría eso? ¡Lo inexplicable no puede ser cierto!

– ¿Quién dice que la conducta de la Señorita Abisag sea inexplicable? Escucha e intenta reconocer que hay más cosas en la vida que los castos juramentos y los ingenuos abandonos bajo las matas de rosas que la enamorada luna apenas se atreve a besar.

«Nada mejor que ser bella, y desde luego, su belleza, su encanto, su juventud, podría entregarse por completo a algún apuesto y orgulloso hombre joven, – marido o amante, – ¡que le aportaría un gran goce entre unos brazos vigorosos! ¡Amar, ser amada, ese es el sueño eterno y encantador! Pero ser pobre es horrible, incluso cuando son dos; incluso cuando se adora, la miseria, la habitación sin muebles, la despensa vacía, la chimenea sin leña, y todo el día el timbre sonando por la visita de los acreedores que hablan en voz alta delante de la puerta, y las noches inquietas a pesar de la ternura de los besos, y el rencor, sobre todo, de ver pasar en carruajes a mujeres vestidas de seda y encajes, mientras que una tiene que ir a pie, en ropa barata, llevando el último par de trapitos al monte de piedad más próximo. ¿Por qué no convertirse en una puta, como tantas otras? Sí, podría ser. Pero también es horroroso entregarse sin amar. Además, el éxito es incierto; aun siendo bonita y joven, y en un abrir y cerrar de ojos se cae muy bajo, enseguida; y, como una se aja pronto en el arroyo, enseguida se puede convertir en una cinta marchita, que ni los mismos carreteros desean sus servicios. No, lo que hay que hacer es buscar la ocasión de enriquecerse de pronto, de una sola vez. ¿A qué precio? ¡Poco importaría! puesto que si una se vuelve verdaderamente rica, bastante rica para ser libre, puede a continuación ser feliz a su antojo. No digo que no sea un razonamiento culpable, pero Abisag lo ha hecho como tantas otras miserables criaturas. Y encontró la ocasión – ¡tal como quería, precisamente! y, con una brusquedad resolutiva que, en otro ámbito de ideas y en otras circunstancias hubiese sido admirable, agarró esa oportunidad como un ave de rapiña toma con sus garras un pajarillo. ¿Por qué paciente voluntad, o por que concatenación de azares se produjo el acontecimiento? Lo ignoro, es inútil saberlo. Ahora, la sana y serena niña, ¡perfuma y encanta la alcoba del odioso David! No muestra ningún disgusto, sonrío consintiendo en todo. Y he aquí que, a cambio de su cama caliente y de su vieja sangre que se reaviva, el general Glinkosh ha comprado tres casas a Abisag, le ha dado montones de diamantes, y sumas de dinero, y más que tuviera. Pero eso era poca cosa. Ella le obligó a redactar un testamento que la nombra como heredera universal. Cuando el viejo haya muerto, ella poseerá ¡cuarenta millones de florines! Ahora bien, el morirá pronto, dentro de algunos días, mañana tal vez. No es que ella haya concebido jamás algún brutal y pueril proyecto... ¡no está tan loca! Existen otros medios. Virgen todavía, – ¡puesto que el es tan viejo!– ha adquirido, tomando consejos y leyendo libros, acerca de las más espantosas ciencias del pecado y la condenación. Joven puta, es una despiadada cortesana, la paciente devoradora. ¡Ah! ¡cuántas nauseas y arcadas! y ¡ganas de estrangular entre sus manos vengadoras esa garganta que vibra de placer! Pero no, no, no hay que apresurarse; no hay que comprometer un éxito seguro. Todavía dos o tres sonrisas más, alguna caricia, todavía un solo beso y será liberada, y entonces se entregará a aquel que ama, ¡triumfalmente rica, y pura!»

–¡Basta! ¡basta!– exclamé.– Si tal mujer existiese, darían ganas de apagar todas las estrellas y de pisotear todas las rosas. Pero, afortunadamente estás mintiendo. ¡Eh! sí, mientes, o, si lo prefieres expresar de otro modo, te lo estás inventando. Pues Abisag, que sólo ella habría podido contarte esta espantosa historia, se guardaría mucho de revelártela.

- No la conozco por ella, – respondió Valentin, negligentemente.
- ¿Por quién, entonces?
- La historia me fue contada, una noche en la que estaba achispado, por el Sr. de Viorne.
- ¿El Sr. de Viorne?
- Sí, un joven sin fortuna, que se debe casar con Abisag cuando el general fallezca.

EL DIRECTOR DEL TEATRO

Al comienzo de todo lo que existe, – del tiempo en el que los animales todavía no hablaban, – había un pacto tácito entre el Genio y el Público. Entonces el poeta prodigaba los encantamientos soñadores de las comedias de amor, o dejaba en el drama plasmar sus dolores sagrados, chorrear la sangre de sus divinas heridas, para el pueblo ingenuo y magnánimo; y el pueblo, enternecido o sollozante, se agrupaba en los teatros, con el temblor religioso de los fieles arrodillados en un templo, y glorificaba apasionadamente al poeta.

Pero es de destacar que si esta entente se hubiese mantenido, los *Premières armes de Richelieu*⁹ jamás habrían sido representados sobre la escena del Gymnase, ni nunca *las Mil y una Noches* sobre las tablas del Châtelet.

Ahora bien, precisamente, entraba en las previsiones de la Providencia diabólica que preside los destinos humanos, que *las Mil y Una Noches* y *los Premières armes de Richelieu* fuesen representadas sin descanso, bajo todos los títulos imaginables, en todos los teatros conocidos.

¡Era necesario enfrentar al Poeta y al Pueblo! era necesario que esas dos hermanas, el alma sublime de uno sólo y el alma ingenua de todos, se convirtiesen, sin esperanza de reconciliación, en dos encarnizadas enemigas, siempre ultrajándose o burlándose la una de la otra.

Y todo fue porque el diablo, – llamado también Maligno porque creó el vodevil, – ha formado a su imagen y semejanza a ese monstruo abominable: el Director de teatro.

Desde el momento que se instaló en el sillón de la dirección, de cuero o de terciopelo verde, – tuviese una antigua tapicería, o satén dorado estampado de flores rosas, ese sillón parecería siempre verde, puesto que es ¡el sillón del director! – el Director de teatro habla en estos términos al ujier, no menos cruel que él mismo, que vigila con saña en la antesala o en el pasillo:

– Tu no ignoras que los locos llamados poetas siempre se revelan por algún signo exterior la peligrosa demencia que los posee. La mayoría son jóvenes, y algunos son

⁹ *Les Premières armes de Richelieu*, comedia en 2 actos, de Bayard y Dumanoir. estrenada en el Palais Royal de Paris, el 3 de diciembre de 1839-

apuestos; en estos tiempos donde la calvicie triunfa, – desnudez del cráneo que armoniosamente corresponde a la vacuidad del cerebro, – ¡fingen tener cabellos! y sus ojos, a veces, tienen llamas ardientes y dulces, indicio de un alma que reclama los cuidados del doctor Blanche. Tu me darás el placer de prohibir la entrada, sin excepción, a todos los visitantes que, jóvenes y apuestos, se permitiesen tener la cabeza menos lisa que una bola de billar bien pulida, y la mirada menos encendida que un viejo céntimo recogido en el lodo del arroyo. E incluso, si esos importunos insistiesen, te autorizo a decirles con risa sarcástica que he partido para las Indias o para el África ecuatorial, con el objetivo de contratar a un elefante rosa o a un unicornio sabio, que interpretará el principal papel en una comedia de los hermanos Cognard adaptada por el Sr. d'Ennery.

Pero, tomada esta precaución, nada estaba hecho todavía. Los poetas habrían podido ensañarse, y el público, ávido de belleza, habría podido exigir la obra de los poetas. ¡Lo que hubiese sido desastroso! Era entonces indispensable envilecer, corromper y embrutecer a ese público.

«¿Te imaginas que puedes amar los nobles versos, que te gusta estar emocionado o radiante por los amores y los infortunios de los héroes imaginarios? ¡Vamos hombre! tú no te conoces a ti mismo, ¡como niño grande que eres! Lo que te encanta es el esplendor de los decorados, la seda y el oro del vestuario, el tropel de muchachas desnudas y el ladrido de la jauría en los bosques de cartón. Mujeres y perros, ¿qué más puedes desear, si no son algunos elefantes y ocho o diez leones? Emborráchate con todos los viles y magníficos espectáculos. Fíjate, ¡brazos, hombros, pechos y nalgas! Si quieres haré apresurar los maillots. Bajo el fulgurante rosa o azul de la luz eléctrica, entre los vuelos enloquecidos de las faldas y los olores del maquillaje que suda, – mientras la jauría desgarrar las viandas, – ¡tú devorarás con la mirada, la carne! Y nada que dar a la criadita al salir.»

Pero el público, – en cuanto alma que es, a pesar de todo, sobrevive, – no se hubiese dejado hacer, habría resistido a la tentación; el Director de teatro juzga prudente usar un poco de calumnia.

«¿Acaso no ves, ¡oh, inocente multitud!, que los poetas se burlan de ti? Son impertinentes y altivos. Los temas que eligen, heroicos o legendarios, se burlan de tu vida cotidiana, y el lenguaje que hablan, no, que cantan, desprecia tu lenguaje familiar. Se levantan para hacerte ver lo insignificante que eres, y disfrutan infringiéndote la humillación de no comprenderles. ¿No lo sabes? a los que llaman burgueses, los filisteos, ¡eres tú mismo, público! Tú eres el *vulgum pecus*, estúpido y odioso. ¿Y, benevolentemente, te prestarás a que se te rechace, adorarás que se te ultraje?»

Por otra parte, el Director de teatro decía a los poetas:

«¡Eh! Dios mío, que locura se apodera de vosotros, al arrojar vuestras perlas a los cerdos? Desde luego, ¡yo adoro la poesía y las grandes obras! el ritmo de los versos me mece deliciosamente; nada más que escuchando besar dos bellas rimas quedo embelesado. Sería mi alegría, – ¡pues al fin y al cabo soy un hombre de letras!– representar nobles dramas y románticas comedias. Pero el público, ¡ah! hijos míos, el público ¡qué bruto! ¿Creéis que entiende algo de vuestras delicadezas, de vuestros refinamientos? ¡Quimera! Para deslumbrar a este imbécil, hay que ser un imbécil como él. Aceptad un buen consejo: haced poemas para leerlos los unos a los otros, o para recitar a vuestras amantes extasiadas; y dejad a la inepta y abyecta multitud, lejos de vosotros, muy lejos, regocijarse en el fango de los divertimentos que ella prefiere.»

Tan a menudo y durante tanto tiempo, el Director de teatro ha hablado de ese modo, que ¡se ha acabado por escucharle, por creerle! y ahora se ha abierto un abismo,

vertiginoso e infranqueable entre la multitud, internada en la obra con maillots, y el poeta, solitariamente exiliado en la Oda.

¿Pero qué ventaja encuentra el director de teatro en ser lo que es? No ignora que los decorados y el vestuario y los elefantes y las jaurías devoran sumas enormes, y que hay, como en el suelo de la escena, agujeros en su caja por donde desaparecen inevitablemente, – sin fuegos de Bengala, por desgracia – los sacos de oro y los fajos de billetes. ¿Se deja deslumbrar por algún éxito momentáneo? Es improbable. Tantos ejemplos, antiguos o recientes, están allí para advertirle que ningún éxito de esta especie, incluso brillante, no dura, y que todas las comedias, finalmente, se acaban por esta mediocre y limitada apoteosis: la quiebra. No, lo que lo deslumbra y lo impulsa, no es la quimérica esperanza de enriquecerse; sino que es la embriaguez de ordenar a hombres y a mujeres con todo el poder de una tiranía más perfectamente despótica que la de los más imperiosos Césares y los más impasibles sultanes. Pues ningún jefe, en efecto, es tan jefe como él; y, desde luego, Héliogabale, gran sacerdote del sol, príncipe de los romanos, y Dios, no sería, al precio del Director de teatro, más que un rey constitucional.

¿Que puede hacer? De todo. Es a su palabra, menos que su palabra, a un gesto suyo, menos que a su gesto, al más mínimo fruncimiento de sus cejas, como obedece, estremeciéndose como una mata de rosales sacudida por el viento, el tumultuoso ejército de figurantes, músicos de orquesta, maquinistas, costureras, controladores y acomodadoras. Los artistas también, sí, los más famosos, aquellos incluso que hacen taquilla también le son sumisos, – a pesar de pasajeras revueltas,– como los mensajeros de Hipolito lo eran a ese joven héroe. Él es el domador por excelencia, el dominador sin réplica. Sin embargo, todos aquellos a los que oprime, podrían presionarlo a su vez, puesto que él no puede nada sin ellos, puesto que en efecto depende de ellos. No, se inclinan, se humillan, incluso se arrodillarían. ¿Por qué? sin motivo aparente, o más bien por la única razón de que ¡él es el Director! Yo no diría que él abusa de este poder, pero que lo posee, lo afirmo.

Y esta tiranía no se ejerce solamente en los teatros importantes donde la continuidad del éxito puede conferir alguna importancia o algún lustre a aquellos que los dirigen. He visto esta situación en un tugurio de los bulevares lejanos: desde hacía tres meses los actores y las actrices no habían cobrado; irritados finalmente, – ¡pues el hambre exaspera! – estaban allí, en el pasillo, todos, el padre noble y el ingenuo, el traidor y la gran coqueta, el cómico joven y el cómico veterano, y los demás, y, con ellos, los empleados y los violinistas y los clarinetistas; todos, con cólera en la mirada, la rabia en los dientes, abundando en tumultuosas injurias contra el hombre que los había engañado, hablaban de sus muebles vendidos, de llaves rechazadas por los propietarios de las viviendas, de hijos que no tenían pan desde la víspera, – jurando no tener esta vez piedad por su deudor, de manifestarle su vileza abiertamente, y de ¡saltarle a los ojos si no abría su caja! «¡Yo lo estrangulo!» concluyó un gran primer papel que había representado a Portos en provincias; pero, desde que hubieron sido introducidos, en batiburrillo, en el despacho del Director, donde él estaba sentado, imperturbable, en su sillón de director, se produjo un gran silencio; esta tropa de bestias aullantes, de súbito se convirtió en un rebaño de corderos, que incluso no balaba; ni una reclamación, ni una queja; sin darles un pataco, sin hacerles una promesa, el dueño los despidió, humildes, sumisos, satisfechos, con saludos que reculaban obsequiosamente hacia la puerta; e incluso el gran primer papel se sintió muy honrado, tomando un aire muy altivo, porque el Director de teatro golpeándole amistosamente en el hombro, se permitió pedirle prestada una pieza de cuarenta centavos.

Pero esto acabará. Un día, – que tal vez no esté lejano, – un levantamiento victorioso de poetas y de artistas sacudirá el viejo yugo, y se precipitará, cantando alguna violenta *Marsellesa*, al asalto de los teatros, esas Bastillas de los manuscritos. Nos llevaremos, no a los directores, – ¡la clemencia honra a los vencedores! – sino a los sillones de los directores de cuero o en terciopelo verde. Serán amontonados, esos asientos augustos, más temibles que tronos, sobre una pira bien encendida, en alguna plaza pública en fiesta; y, mientras los revolucionarios bailan en torno a las hermosas llamas, se volverán a reconocer, a la luz del incendio, y reconciliarse, felices, y abrazarse por fin los Poetas y el Público.

CAROLINE FONTÈJE

En plena juventud, en plena gloria, en el mismo momento en que su belleza podría haber conquistado todos los corazones y su talento a todas las almas, Caroline Fontèje – puesto que hay que llamarla con otro nombre que no sea el suyo, – se ha convertido en la amante del trapeceista Sternozzi. Sí, esta admirable mujer, esta gran poetisa, adorada y celebrada, doblemente triunfadora, se ha entregado a ese saltimbanqui que, por encima del guirigay de las aclamaciones de asombro, se arroja intrépidamente de un trapecio a otro haciendo brillar a la luz del gas las lentejuelas doradas de su ceñido maillot color carne. Y ella no ha ocultado la bajeza de su elección. Cada noche sale con Sterzonni del camerino donde se pone su uniforme de seda y plata, se pasea con él por las caballerizas esperando el momento de los ejercicios, le habla en voz baja, muy cerca del oído, en algún apartado; luego, tras la representación, se lo lleva consigo, radiante y orgullosa, con celosa diligencia. Que todos conozcan su ignominia le gusta, ella así lo quiere; si pudiese haría imprimir la historia de su amor en líricas y cónicas estrofas sobre grandes carteles verdes, al lado del nombre de su amante.

Cuando esta abyecta aventura fue de dominio público, yo corrí a casa de Caroline Fontèje una mañana; me aproximé a ella sin decir palabra, y la miré durante largo rato, tristemente, interrogándola con la mirada.

– Sí, es cierto – exclamó, mostrando en una roja sonrisa sus bellos dientes de loba feliz; es cierto, ¡amo a Sternozzi! ¿Cree usted que soy una loca o me juzga infame? ¿Habría debido entregarme, no a un payaso, sino a alguien de mi condición, un noble o un artista? ¿A usted, por ejemplo? Pues bien, ni infame, ni loca. Lógica, eso es todo. Y si he decepcionado, como cree usted, no ha sido culpa mía.

–¿Quién es entonces culpable? – pregunté, dolorosamente sorprendido.

Ella respondió:

–Usted y su sastre. ¿Qué opinión tienen ustedes los hombres de nosotras las mujeres? ¿Cree usted que la diferencia de sexo implica fatalmente una diferencia de naturaleza y que, por no tener virilidad, no se forma parte de la humanidad? Profundo error, mi querido colega. ¡*Homo sum!* decía la gran emperatriz. Y tenía razón. En el teatro, las bellas criaturas medio desnudas de las comedias mágicas y las del ballet, entre las muselinas y las sedas, en las cálidas claridades que las besan e iluminan, os

ofrecen con gestos de putas su belleza de hurí¹⁰, despertando así la visión de no se sabe que harem paradisíaco y canallesco; en los salones, mostrando sus hombros blancos, las duquesas y embajadoras pasan deslumbrantes entre el remolino de los vales; en las esquinas de las calles, las jóvenes obreras, cuyo corsé de Orleáns se ciñe bien, levantan un poco su vestido para saltar el arroyo, y muestran, entre la falda de cachemira roja y los botines negros, un rápido destello de una media blanca: ¡vuestros ojos se iluminan! y del encanto de la mujer, visto o entrevisto, ¡nace en vosotros un deseo que se puede convertir en amor! A cualquier hora, en cualquier lugar, y por todas partes, las ocasiones de prendarse siempre os son presentadas, brutales o exquisitas. Las coqueterías mimosas, las torpes desnudeces siempre os solicitan; y sois los Paris¹¹ de todas las diosas. Pero a nosotras, la mujeres, – ¡*homo sum*, no obstante! – ¿qué tentaciones se nos ofrecen? ¿Mediante qué delicados artificios o mediante qué violentas audacias podemos ser atraídas? ¿Qué atractivo, como una trampa adorable y terrible, se nos presenta? ¡Ah! cuando los hombres jóvenes de largas cabelleras, esbeltos y blancos, llevando, en sus brazos desnudos, la corta capa púrpura, regresaban, fuertes y orgullosos, del gimnasio o del estadio; cuando los jóvenes caballeros de Roma, imberbes, con el cuello al descubierto, pasaban en carro por la Vía Sacra; cuando, tras la caída de la coraza, los buscadores de aventuras, prendados de Oriana o de Clorinda¹², vestían la larga túnica que se abre sobre el pecho; y más tarde, cuando los favoritos, bellos como mujeres, con perlas en la oreja y diamantes en los dedos, abrochaban sus collares de oro alrededor de las fresas ornamentadas; cuando la cabeza altiva de los mosqueteros se levantaba, con el desafío en la mirada, bajo el penacho de los sombreros; cuando los terciopelos y las sedas envolvían de colores deslumbrantes la grácil impertinencia de los Clitandres¹³ y los Valères¹⁴; e incluso, cuando los jóvenes indómitos miembros de la Convención¹⁵, en traje ceñido, consideraban el cadalso con una mirada de la que una mujer hubiese estado celosa, y cuando, ridículos y adorables, los Increíbles¹⁶, con los pantalones de seda violeta, daban sus saltos marcando sus muslos, entonces, nosotras también, como vosotros hoy en día, podíamos ser motivadas por la fuerza o por la gracia, y, de entrada encantadas, ¡amar pronto! Pero fíjese usted ahora. ¡Sus levitas son absurdas, sus chalecos dan pena, y sus pantalones grotescos! ¡Sus mangas descienden hasta las falanges de los dedos! ¡El cuello de las camisas les sube hasta las orejas como una argolla estranguladora como no queriendo que se vea el daño que hace! La boca –¡el beso!– desaparece en la maleza enmarañada del bigote, y todo lo que le queda de rostro se oculta bajo el ala de los sombreros, que tanto gustan a los enterradores. ¡Ni una forma, ni un color! Hemos llegado a creer que los escultores son unos mentirosos y los pintores unos impostores; pues, a veces nos preguntamos si, bajo la monotonía colgante de largos abrigos, hay un cuerpo. Y todo esto hasta el punto que, avergonzadas, temblorosas, asqueadas, aquellas que quisieran que se les diese realmente el equivalente de lo que ellas dan, van a aplaudir en furtivas barracas de feria

¹⁰ En el Islam, una **hurí** es una de las jóvenes perpetuamente vírgenes que esperan a los creyentes en el Paraíso el día del Juicio Final (N. del T.)

¹¹ Alusión al personaje de la mitología griega, que tuvo que dirimir una disputa entra las diosas Hera, Atenea y Afrodita y fue el que desencadenó la guerra de Troya. (N. del T.)

¹² Alusión a personajes de las novelas de caballerías. En particular al Amadís de Gaula (N. del T.)

¹³ Alusión a uno de los personajes de La mujeres sabias de Molière (N. del T.)

¹⁴ Alusión a uno de los personajes de El Hipócrita de Molière (N. del T.)

¹⁵ Durante la Revolución Francesa, la Convención Nacional fue la asamblea consitutonal y legislativa que duró desde 1792 hasta 1795.

¹⁶ Los Increíbles y sus equivalentes femeninas, las Maravillosas, constituían un movimiento en la Francia de finales del s.XVIII caracterizado por su gusto por el lujo.

a los voluminosos Hércules que allí se muestran, o a los circos, para ver a los payasos elegantes y finos, de armoniosas formas.

Yo respondí, herido en mi amor propio:

– Esa, señora, es una extraña moral; existen, creo yo, otros amores que los que se consuman en el coche de un saltimbanqui, detrás de una barraca, en la feria de Neuilly o en la fiesta de Saint-Cloud.

Ella, girando sobre el respaldo del sillón su bella cabeza de faunesa parisina, exclamó:

– ¡Muéstreme un héroe! ¡Enséñeme un poeta! para que me arrodille a los pies gloriosos de aquél que ha vencido o de aquél que ha cantado. Somos mujeres, pero también somos almas. ¿Dónde están las gloriosas heridas? Yo las vendaré. ¿Dónde están los grandes corazones entristecidos que divulgan al pueblo sus dolores y sus esperanzas en poemas proféticos? Yo los consolaré. Dadme un Dunois¹⁷; seré un paje de armas – y el traje me sentará bien–; dadme a Hoche¹⁸, seré cantinera; y si me ofrece usted a Petrarca, seré Laura, – ¡y no tendré más hijos que con él! Pues es en nosotras, las mujeres, más que en vosotros, hombres, donde sobrevive la pasión sublime del ideal: nosotras no vemos ni la edad ni la fealdad cuando hay grandeza y gloria. ¿Que importa el rostro? Nos basta el pensamiento. ¡Ah! somos admirables en efecto, puesto que podríamos, con el abandono enamorado de Julieta, bajo las caricias de Romeo, echar nuestros brazos al cuello de Thersite, si él fuese Achille, y besar los labios de Esopo, si él fuese Homero¹⁹. Pero ¿dónde están vuestros héroes, y donde están vuestros poetas? ¿Necesito un triunfador? Heme aquí, dice un general. ¿Pido un Shakespeare? Presente, dice un reportero. Nadie es grande, y mi alma lo es. Si me comprometiese con un diplomático o un soldado, no obtendría más que un traje negro o un uniforme, y los poetas me dirían con risa sarcástica: «¿Ha visto usted el último ballet en los Folies-Bergère?» Pues bien, dado que no hay ni vencedores ni cantores, me dedico a los saltadores. Estúpidos, de acuerdo, pero apuestos y orgullosos, y completamente deslumbrantes, como las ágiles panteras, ¡poseyendo vigor y gracia! Y en mí, igual que en usted, se conjuga lo animal y lo racional: si el espíritu no puede volar dejad surgir a la bestia.

–¿Ha acabado?– pregunté yo, cada vez más ofendido.

–Una cosa más – dijo ella– ¿Queréis ser amados? Sed grandes, o, a falta de grandeza, tened encanto. ¡*Homo sum!* ¡*Homo sum!* Pero, si continuáis siendo tan mediocres, tan viles; si lleváis sombreros donde falta una divisa de lacayo, trajes donde el cuerpo se oculta, cuellos que suben hasta las mejillas; si, al fin y al cabo, no pudiendo ser héroes, no sois siquiera hombres, ¡tened cuidado! Los tenores con terciopelos ceñidos a su cuerpo, cuyo cuello maquillado se deja ver, y los jóvenes actores en botas hasta la rodilla, y los histriones en maillot ajustado, que, de pie sobre la tensa cuerda o

¹⁷ **Jean, bastardo d'Orléans** (el término bastardo no era entonces peyorativo), conde de Dunois, llamado **Dunois**, nacido el 23 de noviembre de 1402 y muerto el 24 de noviembre de 1468 en el castillo de Lay, fue uno de los capitanes franceses en la guerra de los Cien Años. Fue también compañero de armas de Juana de Arco. (N. del T.)

¹⁸ **Louis Lazare Hoche**, nacido el 25 de junio de 1768 en el barrio de Montreuil en Versalles y muerto el 19 de septiembre de 1797 en Wetzlar (Oberhessen), fue un general francés de la Revolución. (N. del T.)

¹⁹ En la mitología griega, Thersite, hijo de Agrios es un guerrero griego de la guerra de Troya. Homero lo describe como el guerrero más feo del ejército griego. Además es insolente, mentiroso y burlón. Ulises lo hace apalear y Achille, exasperado, lo mata por haber querido violar el cadáver de Penthesilea. Después de lo que, para purificarse, Achille debe hacer el peregrinaje a Lesbos. (N. del T.)

sentados sobre el travesaño de los trapecios, dan a los circos no sé que aire de museos vivos, ¡os robarán triunfalmente a vuestras amantes y a vuestras esposas! Y si, una noche, al salir de la Ópera Cómica, donde habrá tenido lugar la primera entrevista, ofrecéis el brazo a vuestra novia, a lo largo de las calle que discurre entre los edificios, detrás de vuestros futuros suegros, podrá suceder que la inocente damisela, mientras que susurráis las tiernas palabras de las jóvenes confesiones, apenas os escuche, soñadora, mirando en sus sótanos a los panaderos medio desnudos que amasan la harina con brazos vigorosos.

LA MAESTRA

–¿Consejos? ¿Queréis consejos? Tiene gracia. No pido otra cosa que dároslos, y lo que me preguntáis es muy sencillo. Poseéis una gran fortuna, lleváis un apellido ilustre, – ¡Hélène de Courtisols! ¡mis cumplidos, condesa! – y sois la más bella de las bellas, regordeta y encantadora como se os ve, con vuestros ojillos rojos de gata iluminada, vuestra nariz respingona de pilluela, vuestros dientes que parecen querer morder, labios carnosos llenos de sangre que quieren ser mordidos, – incluso esos dientes, deseosos y prometedores, me preocupan un poco por vos, – y vuestra tez, cuya blancura transparente y ligera, se sonroja en los pómulos como la espuma del champán donde se hubiese dejado caer dos claveles rojos. ¡Pero claro! diecinueve años apenas y casada desde hace un año solamente. Todavía hay en la joven mujer que vos sois algo de colegiala. Se mezcla en el exquisito olor que sale de vuestra mangas, ¡oh!, no ese perfume de pudor rancio de las virginidades irremediables, – ¡pues ya estáis realizada! – sino una reminiscencia del incienso y de las flores de la capilla del convento. Ya espabilada, pero siempre ingenua. Es pues muy natural que vengáis a consultarme, a mí, que tengo fama de no ignorar nada de lo que está prohibido saber a una mujer, y ¡que tendría cuarenta años si no supiese tener treinta!

La Sra. de Ruremonde se sentó muy cerca de la pequeña condesa, que ataba y desataba, para calmar su desasosiego, – sonrojándose un poco, – las cintas rosas y negras de su sombrero.

–Así pues, ¿estáis decidida? ¿decidida por completo? Porque os aburrís en compañía de vuestro marido, en la profundidad de vuestros bosques de Bretaña ¿queréis permanecer entre nosotras, tener un salón, ser admirada, ser célebre, convertirse, en definitiva, en una de esas perfectas e ilustres dama de la alta sociedad, que, maravilladas y que maravillan, viven en la real quimera de todos los lujos y de todos los triunfos, y que, despiadadamente, asombran, doman, turban y enloquecen a un París extasiado?

–Sí – respondió la Sra. de Courtisols, con un tono de voz resuelto.

–¡Es un muy noble deseo! Escuchadme pues, inocente, y aprovechad las lecciones de una vieja criminal. Ni que decir tiene que no os diré ni una palabra del mundo que debéis ver ni del vestuario que deberéis llevar. La mujer que el mismo día que entra en la vida parisina, no tiene suficiente tacto para adivinar y encontrar a las doscientas personas a las que es posible abrir su puerta, y para saber, sin haberlo aprendido nunca,

que vestido, qué sombrero, qué botines, qué guantes, convienen, no a todas, sino a ella solamente, según el lugar, la hora y la circunstancia, – misa, visita, paseo por el Bosque de Bolonia, cena, baile o estreno teatral, – no es, ni será nunca más que una burguesa de provincias de la que ¡no hay que ocuparse ni un solo instante!. En cuanto al barrio en el que es de buen tono vivir, el palacete que se debe tener, los caballos que hay que cambiar cada tres meses, son detalles sobre los que hay abundantes informaciones; no perderé el tiempo en esas banales minucias. No, voy a ir directamente al meollo de la cuestión, a lo principal, indispensable, por decirlo con más exactitud a aquello de lo que depende todo lo demás. Escuchad bien, y responded con entera franqueza. Si un hombre, artista o gran caballero, joven, guapo, ya ilustre, que os adora, se arrojase a vuestros pies tras todo un año de respetuoso cortejo y de muda pasión, y os tomase perdidamente las manos dirigiéndoos miradas suplicantes, – vamos, responded, querida, – ¿que experimentaríais, decid?

La Sra. de Courtisols quedó un poco desconcertada, y se puso a atar y desatar las cintas de su sombrero, girando su rostro más sonrojado aún.

–¿Y bien?

– Pues... en realidad... no sé...

–¡Ah! exijo sinceridad absoluta.

–¡Sois terrible! Dios mío, si un joven... muy apuesto... amándome mucho... desde hace tiempo... me estrechase las manos... me mirase... creo... me parece que quedaría un poco... turbada... tal vez...

–¡Lo que me temía! vuestros bellos labios, demasiado carnosos y demasiado rojos, no me inquietaban sin razón.

La neófita, asombrada, preguntó:

–¿Cómo? ¿Acaso es indispensable, para que una mujer esté de moda, ser completamente insensible y cruel? Si hay que decir todo, yo me imaginaba, por el contrario...

–Os equivocáis,– respondió severamente la Sra. de Ruremonde.– ¡Oh! ¡sé lo que vais a decirme! Todo el mundo rumorea que la Sra. de Portalègre, la misma noche del debut del pequeño Emmelin en el Odeon, introdujo en su coche al pequeño cantor florentino, ni siquiera cambiado de traje, envolviéndolo con sus abrigos. De la Sra. de Soïnoff se cuenta una historia más extraña y siniestra: que antaño amó, por un capricho cínico y bonito, a un payaso del Circo de verano, Aladín, que acababa de ser condenado a muerte por haber entregado mal el trapecio a su compañero Icarion; y que, muy poderosa, siendo de esas que tiene relaciones en todas partes, incluso en las prisiones, permaneció, vestida para un baile, en la celda del saltimbanqui asesino hasta la hora en la que el director de la Roquette entró diciendo: «Aladín, el emperador ha rechazado vuestra demanda de gracia.» Otros aseguran que llevó al condenado a su casa vistiéndolo ella misma para ir al cadalso. Por lo que a mi respecta, soy la protagonista de las más extravagantes novelas. ¿No le he robado un tenor a una pequeña actriz de los Bouffes? ¿No me han visto con él, en Venecia, sobre los canales, escuchando sus barcarolas²⁰? Y si los charlatanes no llegan a afirmar cosas semejantes, al menos soy una mujer de nuestro mundo a quien se le atribuyen dos o tres amantes. ¿Quién ha entrado, ayer noche, en el Café Inglés, un poco antes de medianoche, con el velo bajado, y que ha salido al amanecer con los cabellos en los ojos, mientras las escobas de los barrenderos rozaban el asfalto de las aceras? Yo, o alguna de mis semejantes. Se me ha visto detrás de la pantalla de seda verde, en todos los palcos de los pequeños teatros; y – ¡leed las crónicas de los periódicos mundanos! – si el conde X... y el marqués Z... se han

²⁰ La barcarola es una canción folclórica cantada por los gondoleros venecianos (N. del T.)

batido en duelo, ayer por la mañana, en el Véniset, fue por una flor de mi ramo que he dado a uno y negado al otro, ¡aunque ambos tuviesen igual derecho a obtenerla! Pues bien, nada de todo eso es cierto, o, al menos, absolutamente cierto. Que se nos acuse, a nosotras mundanas, no nos disgusta, e incluso voluntariamente lo exigiríamos. Los rumores estridentes forman parte de nuestra gloria; no seríamos bastante sorprendentes si no fuésemos un poco diabólicas. ¡Aprobamos el exceso de calumnias gracias al cual somos extraordinarias! Incluso no nos esforzamos, mediante la impertinencia de nuestras palabras, mediante la libertad de nuestros gestos, mediante el descaro de nuestros escotes en el baile o en la Ópera, en proporcionar pretextos a los mentirosos, darles probabilidades; pero, – ¡entended bien esto, querida! – todas las impudicias y ni una imprudencia. Hacer nacer todas las sospechas, sí, pero no justificar en realidad ninguna. Provocar la calumnia, – pues es útil – pero desafiar a demostrarla. Una audacia casi extrema, pero «casi» solamente, y que se queda corta. Ofrecerse siempre, sin entregarse jamás. Y el amor, sobre todo, nos está prohibido. Para amar hace falta tiempo. ¿Acaso tenemos tiempo? ¿Es que no tenemos necesidad de ir de visita, pasar largas temporadas en casa del modisto, cenas y veladas? Las escenas en las que Romeo y Julieta se adoran son muy largas! «¡Os amo!– Perdón, caballero, hay un baile de gala en casa de la Sra. de Lurcy-Sévy.» Y además el amor afea. ¿Quién ama sin llorar? no quiero tener los ojos rojos. Las preocupaciones provocan arrugas en la sonrisa. Tal vez adelgazaría el día en el que mi amante me amase menos. Además, fíjese en esto, pequeña: si somos libres seremos menos deseadas. Las puertas demasiado herméticamente cerradas desaniman a los visitantes, pero las puertas grandes abiertas no los tientan demasiado; hay un punto intermedio: la puerta entreabierta. Así pues, no amar nunca, ¡nunca! ¿Han amado los poetas, entendiendo por tales a los hombres verdaderamente dignos de ese sustantivo? Dante no tuvo amantes; Beatriz tenía doce años cuando él la vio. ¡No me hable de Petrarca! era un sabio, que componía sonetos mediocres, y Laura era una marisabidilla. Shakespeare jamás estuvo enamorado, a menos que lo haya estado del «Lord de su amor»; más vale creer que no. ¿Y por qué los poetas verdaderamente sublimes no han consentido en las humanas ternuras? porque temen la turbación de las pasiones; porque quieren consagrarse por entero a la persecución de su ideal, a la consumación de su obra. Pues bien, nosotras también, nosotras, mujeres, nosotras, mundanas, perseguimos un ideal, tenemos una obra que cumplir. Una obra tal, que ningún poema la supera: ¡nos gusta ser infinitamente bellas, adorables, serenas! Y es por lo que no amamos, por lo que no debemos amar.

–¡Oh! – dijo la pequeña condesa muy preocupada por esta severa teoría; – ¡ciertamente es duro en verdad! No se puede rehacer el corazón que se tiene, y, alguna vez, aún a nuestro pesar, entre tantas seducciones y tiernas ocasiones...

La Señora de Ruremonde la interrumpió:

– La Señora de Portalègre, – aunque sea una de las más perfecta de entre nosotras, – también tenía antes esas dudas, y supongo que todavía las tiene. Pero triunfa gracias a una estrategia muy hábil. Cuando está segura de comenzar a amar, – los más grandes corazones tienen esas debilidades, – se marcha, se expatría. Pasa un mes entero, bien en el bonito país vasco donde los hombres jóvenes parecen dioses, bien en las costas de Bretaña donde las parisinas asombran y deslumbran a los robustos muchachos, bien en alguna isla del Norte donde los pescadores ingenuos y fuertes levantan con una sola mano nasas de plomo que un gigante no llevaría sobre sus hombros sin doblarse. A partir de ese momento habrá en Irún, en Penmarch o en Tromsoë, un joven que se acordará durante mucho tiempo, deslumbrado, de una adorable y encantadora criatura enamorada. Pero la Señora de Portalègre, una vez de regreso a París, no conserva ningún recuerdo que la turbe y, deliciosamente elegante y frívola, triunfa, – calumniada

sin duda, ¡pero no importa! – en el cumplimiento de su destino, en su fría gloria de perfecta mundana.

A decir verdad, no sé que efecto produjo esta extraña conferencia. ¿Quedó la Sra. de Courisot desalentada por las austeras obligaciones que le eran impuestas? Lo que es cierto es que la pequeña condesa no abrirá su salón hasta dentro de un mes o dos, al regreso de un viaje que ha debido hacer, por razones de salud, al país vasco, o a Bretaña o a Noruega, no se sabe exactamente a dónde.

LA SEÑORA DE VALENSOLE

El Señor de Valensole entró furiosamente en la salita de su esposa, arrojó sobre la mesa una carta abierta, arrugada, y dijo con rechinar de dientes:

–¡ Vos me engañáis, señora!

Ella miró a su marido, luego a la carta, continuó arrancando una a una, con gesto despreocupado, algunas hojas marchitas de una gardenia, y respondió tranquilamente:

–Sí, señor, así es, os engaño.

–¿Confesáis – gritó el marido – que sois la amante del conde de Vaugueray?

–¿Por qué habría de negarlo? vos lo sabéis. Pero no lo sabéis todo – añadió, tomando una flor que se puso en el tercer ojal de su blusa.

–¿Que tengo que saber todavía, miserable?

–Muchas cosas, os lo aseguro. Que soy del Sr. de Vaugueray es algo incuestionable en este momento. Pero también he sido cariñosa con el Sr. de Penalva, un español: quizás hayáis leído en algún periódico, el mes pasado, mientras estabais en Holanda, una anécdota bastante picante en relación con una caseta de baño en Trouville, que, bruscamente abierta bajo un golpe de viento, permitió a todo el mundo observar a «una de nuestras más bellas mundadas» y a «un joven extranjero» obligados a mantenerse muy cerca el uno del otro debido a las pequeñas dimensiones de la caseta? El extranjero era el Sr. de Penalva; la mundana era yo. Eso es lo que ha pasado. En cuanto al futuro, me da la impresión de que no será de vuestro agrado. He dejado de amar al conde de Vaugueray. Muy provinciano, aunque parisino. Un deportista casi palafrenero. En fin, no distinguido del todo. Es muy comprometedor. ¡Vos mismo harías bien en renunciar a verlo! Pero me ha presentado a uno de sus amigos, el Sr. Georges Strudelle, capitán del estado mayor, un hombre más cabal. Os lo recomiendo. ¡Oh! todavía no ha habido entre nosotros más que sonrisas y ligeros apretones de mano de un flirteo absolutamente irreprochable. Pero siento que hace progresos. Gana terreno. Ya ha conseguido ser recibido, incluso cuando no es mi día. En fin, entra dentro de lo posible que en breve cometa alguna locura por él, a menos que no haga una tontería por ese tenor de Milán, tan pálido y moreno, vos ya sabéis, que nos ha cantado la pasada semana la serenata del *Barbero* en casa de la Sra. de Portalègre.

El Sr. de Valensole había tomado, de la repisa de la chimenea, un pesado candelabro de bronce japonés, y amenazante, con los ojos inyectados en sangre, lo tenía levantado sobre la cabeza de su esposa, quien no cesaba de hablar.

–¿Vais a matarme? – dijo ella sonriente.–¡Oh! podéis hacerlo. Pero tened cuidado: esa brutalidad os privará de la única satisfacción que podéis esperar en el estado en el que estáis; me refiero al de conocer la causa de vuestra desgracia. Por añadidura, ese asesinato sería una injusticia. No soy yo la culpable; sois vos. Si tenéis el mal gusto de querer proporcionar un hecho luctuoso a los periódicos, en buena lógica deberíais pegaros un tiro en la cabeza en lugar de rompérmela a mí.

Él escuchaba, idiotizado de horror. Ella se sentó en un sillón bajo, e inclinando la cabeza hacia atrás, con la nuca sobre la seda del respaldo, continuó hablando negligentemente.

– ¡Erais el mejor y el más encantador de los maridos! Joven aún, elegante, sin mal humor, preocupado por agradarme, y agradándome. Además, muy mundano, muy rico, e incluso no concibiendo que se pudiese dudar de pagar una sonrisa de joven esposa agradecida, me dabais y compartíais conmigo todos los placeres y todos los lujos. ¡Ah! ciertamente el marido modelo, con el que sueñan sobre las almohadas llenas de confidencias las pequeñas internas de los conventos donde se comienza a aprender la cuadrilla cruzada y el vals desde que se ha hecho la primera comunión. También yo os amaba con todo mi corazón, con un amor muy sincero, casi profundo. Y me encontraba feliz, no deseando otra cosa que serlo al día siguiente como lo era hoy; y sabed, caballero: jamás se me pasó por la cabeza dejar, aunque solo fuese por un instante, mi mano en la mano de otro hombre que no fueseis vos; orgullosa de mi felicidad y de la virtud que le debía, despreciaba a todas las vanas y culpables mujeres que ceden a las pecaminosas tentaciones, – ¡ni siquiera yo tenía tentaciones!– y deshonran el apellido que llevan.

«Pero llegó el día en el que vos ibais a hacerme una irreparable afrenta.

«Una noche salíamos de un pequeño teatro del bulevar. Soplaban el viento y llovía. Me estreché contra vos bajo la marquesina y os reíais cerca de mis labios, – teniendo prisa, desde luego, para regresar a casa – mientras el mayordomo acercaba el coche.

«Una vendedora de flores iba y venía, delgada, fea, casi harapienta, presentando bajo las narices de las personas un ramo de gruesas rosas rojas.

«No eran frescas esas rosas. Demasiado abiertas, casi deshojadas, con aspecto de una vieja sonrisa. Sin embargo, ¿cómo os lo diría? bajo el gas amarillo, en el gris de la lluvia y el viento, entonces me parecieron exquisitas, y, estremecida por el otoño, me extasiaba como una niña por esa primavera a dos centavos la flor.

«Os dije, más cerca de vos todavía:

–Regaladme una rosa, amigo mío.

«Pero el mayordomo ya llegaba, y vos respondisteis, desapacible, la primera vez:

– No, no, ¿para qué? Venid rápido.

«Subimos al coche. Con la cara pegada a la ventanilla vi alejarse a la florista, que todavía seguía ofreciendo sus flores rojas a los transeúntes. ¡Cometisteis un gran error, caballero, no regalándome esa rosa!

«¡Pues yo la quería!

«¡Oh! sin duda, hasta ese día, jamás me habíais negado nada, colmando mis más mínimos deseos, e incluso aquellos que ni yo misma me daba cuenta en desear. Todas las bellas telas y los raros encajes; los delicados muebles que pueden servir a las parisinas puesto que han servido a las japonesas; los coches ligeros que tienen alas en lugar de ruedas, y los finos caballos que de ellos tiran, ¡los tenía! Tenía un palacete en París y un castillo en Touraine. Habíais comprometido dos años de vuestros

emolumentos para pagar mis deudas en la joyería Worth para que tuviese un collar de diamantes negros, ¡iluminando de llamas sombrías la blancura de mi cuello! Pero yo había querido una rosa y vos os atrevisteis a negármela.

«¿Habéis leído un cuento de Théodore de Banville, titulado *El Carruaje*? Un cuento, no, un poema adorable y poderoso, eterno y moderno, divino y real, como si se hubiese debido a la colaboración de Orfeo y Balzac. Allí, en algunas páginas, el autor afirma y pretende demostrar que «el mejor medio de perder a las mujeres es mostrarse cobarde, aunque tan solo sea un minuto.» Pues bien, Théodore de Banville se ha equivocado, ¡una vez! Pues yo os lo digo – y creo habérselo probado suficientemente, – existe un medio mejor de perder para siempre la admiración, es decir el amor de una mujer; es, después de haberle dado tanto, ¡negarle una sola cosa! aunque le hubieseis dado todos los tronos de todos los imperios, basta con negarle nada más que una de las flores marchitas que venden por la noche en los bulevares las harapientas floristas.

«Así es: las mujeres son una dominadoras eternamente insaciables, a quien todo falta desde el preciso instante que les falta algo, por insignificante que sea. Conseguí para mi las estrellas, sea; pero traedme ese pequeño guijarro del camino. Exijo los enormes sacrificios, es cierto, pero no puedo ignorar que pasen de las más pequeñas trivialidades. Me gusta ser obedecida, en todo lugar, a toda hora y de todos modos. Si Cleopatra, cenando, discutió con Marco Antonio, tal vez fue porque tras haberle dado de beber perlas, él no le ofreció de inmediato una frágil fresa rosa que estaba en una cesta de frutas, y de la que ella tenía ganas en ese preciso momento.

«Tras vuestra negativa a regalarme la rosa, ya no fuisteis para mí el hombre al que tanto había querido durante tanto tiempo. Yo no me había mostrado agradecida con vos, desde luego – ni lo hubieseis querido ni tampoco os lo debía; – pero concebí un sordo y duro rencor, más profundo que lo que había sido mi amor. ¡En un instante mi deseo no había sido vuestra única regla! ¿Cómo era posible que, durante dos segundos, distraído, habiéndome entendido mal, o temiendo mojar vuestros pies en el barro, hubieseis tenido un pensamiento no acorde con el mío y os hubieseis resistido a mi capricho? ¡Lo hicisteis peor todavía! no comprendiendo lo que había de bello abandono y de amoroso mimo por mi parte no pidiéndoos precisamente al rico y generoso, sino a vos, el amante, un objeto de tan poco valor. Si me hubieseis dicho, a propósito de un vestido de veinte mil francos o de un caballo que hubiese ganado el gran premio de París, o de no importa que otra cosa cualquiera que un millonario puede pagar: «¡No lo tendrá!», probablemente os hubiese; pero no podía perdonaros el no haberme ofrecido lo que se siempre puede ofrecer, y sea quien sea, ¡un enamorado! Irritada, humillada, mi corazón dejó de perteneceros; y, un día de aburrimiento o de rabia, – un día en el que había visto pasar una florista por la calle, – me entregué al primero recién llegado porque vos no me habíais regalado una rosa.»

En un estado terrible por haber escuchado eso, él iba a echarle las dos manos al cuello, apretar su garganta, estrangularla. Ella le dijo, siempre con una sonrisa en los labios.

–¡Ah! ¡vengaos, puesto que es vuestro vulgar capricho! Pero si muero, y si, invadido por un remordimiento tardío, tenéis la intención de llevar alguna ofrenda a mi tumba, no se os ocurra depositar sobre la lápida un ramo de rosas, pues ¡me levantaré de mi ataúd para arrojáros las a la cara!

LA SEÑORA DE RUREMONDE

De todas las mujeres que en los salones de París, de San Petersburgo y de Londres, se dedican a flirtear, dejando con abandono su mano, con un estremecimiento, entre los dedos de algún joven atónito, o, sentadas indolentemente en un sofá, cruzan las piernas bajo la estrecha falda que se ciñe y se abomba, o bien, inclinadas, en los postres, hacia su vecino de mesa, con aire de estar escuchando una confidencia, les gusta exponer a las miradas, bajo la nariz, bajo los labios, el doble fruto vivo de su pecho sediento y hambriento, – la Sra. de Ruremunde, sin duda, ¡es la más execrable de todas! Ninguna ha ido más lejos que ella en la abominable virtud de rechazar después de haberse ofrecido. Se cuentan de ella atrevimientos casi increíbles, desconcertantes. Durante seis semanas viajó a Italia con el Sr. de Puyroche, guapo, joven, audaz, sin frío en los ojos ni en el corazón, y que tiene un sólido puño; se alojaban en los mismos hoteles, y la puerta, entre las dos habitaciones, de ordinario cerraba mal, – una noche ella lo llamó, al encontrarse demasiado cansada para desatarse la cinta de sus cabellos y desabrochar su corsé; pasaban a menudo las noches en el saloncito del coche-cama, reservado solamente para ambos, ella, mimosa, sentándose muy cerca de su compañero, poniendo a veces su cabeza sobre el hombro de él, diciéndole: «Ayudadme», cuando quería subir, a medio vestir, a la más alta de las dos camas de la litera, desde donde, más tarde, en la penumbra, dejaba colgar su pie descalzo. Pues bien, de regreso a Francia, el Sr. de Puyroche juró – ¡un presumido que se humilla! –que la Sra. de Ruremunde, en todo el viaje, tal vez había sido la amante de un gondolero en Venecia y de un lazzarone en Nápoles; pero que jamás se había entregado a él, ¡nunca! ni la misma noche en la que, en Procida, cansada de un largo paseo y deslumbrada por el murmurante mar, ¡se bañó completamente desnuda ante él, entre los laureles, bajo las estrellas!

I

Una vez sin embargo, – la hora de la derrota siempre llega para los más orgullosos, – se vio invadida por la pasión, sí, ella, una conquistadora conquistada. ¡Él no era guapo ni célebre! Un joven, eso es todo. Alguien incluso que ni era de la alta sociedad, que se había presentado por casualidad una noche en casa de la Señora de

Soïnoff y ya no volvería más. ¡No importa! ¡lo amó de repente con todo su ser! Al principio no lo comprendió, se sorprendió, creyó haberse vuelto loca, se preguntó si no había bebido demasiado champán en el buffet. Pero no, sus labios apenas se habían mojado en la espuma que envidiaban todos los labios. ¿Qué era entonces lo que le sucedía? Él no le había dirigido la palabra, solamente la miraba con ojos donde se encendía la furia de un inextinguible deseo; eso bastaba para que ella se encontrase deliciosamente extasiada; y, cuando bailaron juntos, – fue ella quien, de repente, tomada de una inexplicable demencia, se había acercado a él y le había dicho: Venid, – cuando se arrojaron en el torbellino vertiginoso de las músicas y las sedas, cuando se sintió estrechada por ese joven corazón desconocido que latía ardientemente, y que un caliente aliento le acariciaba el cuello y los mechones cerca del oído, olvidó quien era, donde estaba, e, inclinándose hacia él, desfalleciente, murmuró: «¡Vuestro nombre! ¡vuestra dirección! le juro que estaré en vuestra casa, mañana, a las tres.» Luego, toda la noche, tras la fiesta, bajo los encajes que tantas veces envolvieron su sueño de imposible mundana, se acordó de esa dirección, de ese nombre, dando besos futuros a la imbécil almohada muda, aceptando, buscando los ilusorios abrazos en las sábanas que querían desprenderse. Pues la más fría coqueta es mordida un día por el victorioso Deseo al que en vano desafía, y el amor ultrajado, burlado, procura, más tarde o más temprano, vengarse de un modo brusco y terrible.

II

Al día siguiente, después de largas horas de insomnio que encienden la sangre y exasperan los nervios, ella caminaba con el rostro bajo el velo, dirigiéndose al domicilio de él. No había pensado en tomar un coche; el aire fresco era bueno para su piel que ardía. Le hubiera gustado que nevase, que hiciese frío; que unos copos blancos cayesen sobre su cuerpo, sobre su corazón, sobre todo de nieve que tal vez la hubiesen enfriado, la hubiesen envuelto de un opaco y pesado pudor. Pues en verdad era terrible lo que hacía, ¡lo que iba a hacer! Ella que había rechazado, tras haberlos atraído, a los más apuestos e ilustres hombres que le mendigaban de rodillas el pequeño centavo de oro de una mirada o la rosa moneda de una sonrisa, ahora era esa misma mujer, casi sin haber sido solicitada, quién llevaba todas las riquezas de su corazón y de su cuerpo, ¿a quién? a un desconocido, cuyo nombre se parecía a todos los demás nombres que se leen en las noticias, y que, viviendo en Montmartre, –¡oh! en las afueras! – debía ser algún pintor bohemio que había hecho de su ático un taller. Ella se despreciaba, se encolerizaba consigo misma, hubiese deseado abofetearse. Pero continuaba su camino, furiosa y encantada. La fatalidad de un inexorable deseo caminaba detrás de ella, empujándola por los hombros de un modo irresistible con manos invisibles. ¡Hubiese dado todo por poder volver sobre sus pasos, y sufría por no haberlo conseguido ya! Tenía visiones de brazos que se abren y se cierran, de bocas que se callan, de miradas que se besan, se prolongan, que se intensifican. ¿Pero qué era lo que la poseía de ese modo? Jamás se había sentido así. Pensó en las antiguas leyendas de los encantamientos de amor. Sin ninguna duda estaba sufriendo algún tipo de hechizo, algún embrujo. Mientras caminaba, siempre más aprisa, casi corriendo, se decía que debía haber un medio de vencer esa obstinación, ese absurdo deseo, de sustraerse a una caída durante tanto tiempo evitada. Pero, no, no, no se le ocurría nada, se sentía martirizada, no tratando siquiera de luchar, y corría más aprisa...

Cuando subía por la calle de Saint-Georges, sus ojos, vagamente, se detuvieron sobre el escaparate de una tienda de modas.

Veinte sombreros se exponían detrás del cristal, preciosos, deslumbrantes, con alas, parecidos al vuelo de unos pájaros que se posasen en unas ramas. Había allí «mosqueteros» de fieltro negro, de donde cuelgan largas plumas, y unas boinas de piel de nutria, graciosamente arrugadas, desenfadadas, impertinentes, que tenían el aspecto de querer ser llevadas ladeadas sobre la oreja, y unas «cofias» de satén, más modestas, cuyas cintas colgaban, ligeras y suaves. De vez en cuando, entre unas cortinas de seda muy ligera, que una mano apartaba, se veía el bonito y pálido rostro de la vendedora, que dejaba ver una cabeza completamente aureolada con un corto mechón de cabellos dorados, sonriendo a los transeúntes, con unos labios cuyo carmín se avivaba bajo el casi invisible plumón de un incipiente bigote.

La Sra. de Ruremonde se había detenido. A causa de los sombreros sin duda. Incluso cuando se va a una cita, una puede quedar deslumbrada al pasar por el delicado brillo de un pájaro del paraíso con su pico de esmalte verde y con su cola de pequeña cometa de terciopelo.

Entró en la tienda, para hacer alguna compra evidentemente. Sonriente, atareada, la vendedora, – a quien sus levísimo bigotillo sentaba muy bien, ciertamente, – iba y venía por la coqueta tienda forrada de satén malva, como un saloncito; y en el fondo había dos cortinas que, entreabriéndose bajo el viento provocado al pasar, dejaban adivinar la presencia de un cuarto, casi oscuro, sedoso, misterioso, tierno.

Todos los sombreros fueron rápidamente retirados del escaparate, y ya se encontraban sobre una mesa de madera rosa en una confusión de alas vivas y flores marchitas.

–¿Deseáis probaros esta boina, señora? Es la última moda y os sentará muy bien.

–No, no estoy peinada. Probadla vos, os lo ruego. Yo juzgaré el efecto.

La complaciente vendedora se puso la boina con presteza.

–¡Ah! es muy bonita, en efecto, – dijo la Sra. de Ruremonde espaciando ella mismo, con la punta de sus dedos, los pequeños rizos de la aureola dorada alrededor de la boina; y estáis admirable así.

Ambas se miraron fijamente en silencio, durante un largo instante.

–Tengo otros sombreros, allí, en el cuarto trasero, – dijo finalmente la vendedora – y si queréis tomaros la molestia en verlos...

–De muy buena gana, – dijo la Sra. de Ruremonde.

III

Llegada la noche, ella volvía de Montmartre; ¡pues no había dejado de ir a casa de su bailarín de la víspera! Un pintor, en efecto. Durante tres horas, – mientras él la miraba, prendado, – ella había merodeado por el taller, curiosa, figoneando, riéndose ante las ninfas tumbadas en la arena marina y las odaliscas que se escurren sobre pieles de animales, hojeando álbumes japoneses, manoseando las figuritas de porcelana, mirándose en el espejo de Venecia; luego, tumbada en el diván, había escuchado, con las cintas de su sombrero desatadas y con un cigarro rosa en los labios, las tiernas y cálidas palabras del artista arrodillado. ¡Pero ni una sonrisa, ni un beso! Implacablemente virtuosa. Todas las negativas después de todos las promesas. Y ahora, dejando tras de sí a otro desesperado, regresaba radiante, triunfal, en su orgullo de impasible mundana y de immaculada coqueta.

LOS TRES AMANTES DE VALENTIN

Caminaban juntos una mañana en el frescor del aire azul y rosa, bajo las ramas que flanqueaban los árboles de una estrecha avenida, oyendo los pequeños trinos de los madrugadores pájaros que saltando de hoja en hoja, dispersaban gotas de rocío.

Ella se inclinó hacia él, y, completamente abandonada, con los brazos caídos, el cuello doblado y los ojos casi cerrados, murmuró: «¡Stpehane!» con la languidez y la deliciosa ternura de la primera declaración.

Él hizo un gesto de desaprobación, pero consideró de buen tino no mostrar su descontento.

Un día, en el querido saloncito de cálidos bordados y satenes apagados, donde siempre planea y pesa un poco no se sabe que tibio perfume de flor, ella se encontraba tumbada sobre el diván dentro de la delicada transparencia de un camisón de encajes, – ¡parecía una bañista vestida de espuma! – y él, arrodillado, miraba subir y descender la redondez, un poco jadeante, del busto, o se extasiaba viendo florecer, fura de la zapatilla caída, la rosa de pitiminí de su talón desnudo.

Ella lo atrajo hacia sí, y, besándole en los cabellos, suspiró con voz desfalleciente: «¡Marcel!».

Él se mordió furiosamente el labio, pero tuvo la prudencia de no dejar traslucir su mal humor.

Una noche se adoraban. En la habitación cerrada, casi a oscuras, donde la lámpara mortecina se extinguía como una flor que muere de amor, el deseo transportaba todos los besos a sus labios y todos los abrazos a sus brazos.

Prendada, extasiada, ella exclamó: «¡Ah! ¡Georges!».

¡Esta vez, el dio un brinco y blasfemó como un carretero! No se llamaba ni Georges, ni Marcel, ni Stéphane, ¡pues se llamaba Valentín! Y, con voz iracunda, protestó a la impertinente criatura que desde luego elegía mal los momentos para confundirse de tal modo. ¿Había tenido tantos amantes que tenía una agenda por corazón? En cuanto a él, quería ser para su amante él mismo y no otro, pretendía que lo llamase como él se llamaba y no soportaría la humillación de tantos seudónimos; y, tras muchas otras palabras, llegó a la conclusión de que ella era una golfa mientras buscaba su sombrero.

Sentada al borde de la cama, y recogiendo en pesado trenzado todos sus cabellos desordenados, ella respondió tranquilamente:

– Sois un imbécil.

Y, lo que le decía, se lo demostró.

– ¡He amado con ternura a Stéphane! Tiernamente y castamente. Entonces vivíamos, él con dieciséis años y yo con quince, en el barrio de una gran ciudad en la que la casa de mi madre era vecina de la casa de su tío. ¿Habéis jugado a inocentes juegos siendo pequeño? Nada más exquisito, os lo aseguro. Con un grupo de niños sentados en círculo sobre el camino, jugábamos por la tarde, en la dulzura un poco misteriosa y turbadora del crepúsculo, mientras que las mamás gruñonas, charlaban entre ellas y tricotaban medias de lana en el umbral de sus puertas; nunca olvidaré un gran hangar siempre abierto, a donde íbamos, en pareja a jugar a las prendas detrás de las balas de paja allí amontonadas, entre los cabestros y las bridas de los arneses de la carreta colgados en las paredes. ¡Ah! no estoy segura de no haber dejado nunca tomar a Stéphane dos o tres besos más de los que el juego había dictaminado. Allí estábamos, mientras los trinos de las golondrinas se adormecían bajo los polvoriento huecos de las vigas, subiendo desde la ciudad lejana un incesante y lento rumor que rompía sobre el camino las risas de los chicos y las chicas; fue allí cuando convenimos, furtivos, y tan emocionados, una cita para el día siguiente temprano detrás de la alta haya que prolonga el dominio de los Ardoises, o, más allá, en la llanura, cerca de la fuente que se encuentra resguardada por los troncos altivos de tres finos olmos. Muy jóvenes, nos amamos al amanecer; el amor, más tarde, se oculta en la noche. Íbamos tomados de la mano, en el frescor del aire azul y rosa, bajo las ramas que flanqueaban los árboles de una estrecha avenida, oyendo los pequeños trinos de los madrugadores pájaros que saltando de hoja en hoja, dispersaban gotas de rocío.

Casi no nos hablábamos, no sabiendo expresar con nuestra alegría, pero comprendiéndola bien sin embargo. Luego hicimos mil puerilidades, tan ingenuos como éramos, que no me atrevo a contarlas. Yo aplaudía y me puse a bailar en la hierba como una loca, cuando, después de haberlo mirado mucho tiempo, había conseguido percibir mi imagen en sus ojos. ¡Un día llore de placer durante más de una hora! él había recogido en una trampilla un pequeño pardillo casi sin plumas caído del nido, había cogido una correhuella en un matorral del camino, y me ofreció el pájaro recién nacido en la fresca flor eclosionada.

Este relato no tenía nada que pudiese ser particularmente agradable a Valentín; se encogió de hombros, con aire impaciente. Pero ella dijo: «Escuchad», e, inclinada hacia los encajes de la almohada, con su pequeño puño bajo la mejilla, añadió, manteniendo su tranquilidad:

– Amé a Marcel todavía más, con una pasión franca y profunda. Tras el amor infantil, llegó el amor de verdad; la verdadera ternura de la mujer después del sueño de la chiquilla. Y Marcel, en efecto, era digno de esta ardiente y sincera relación. Pues no era solamente joven y guapo, – ¡ah! ¡tan apuesto con esa mirada noble! – sino que era un alma altiva y un corazón audaz. Se conocían sus extrañas aventuras, soberbias como un noble romano, en Francia, y, fuera de Francia, en los países lejanos donde se había batido como un héroe por todos los oprimidos y por todos los miserables. Un orgullo de ser suya me poseía por completo; y me mostraba también infinitos reconocimientos, cuando entraba, humilde y dulce, ¡él, que era tan terrible! en el querido saloncito de cálidos bordados y satenes apagados, arrodillándose ante mí, extasiado al besar, fuera de la zapatilla caída, la rosa de pitiminí de mi talón desnudo.

– ¡Señora!– exclamó Valentín con los puños crispados.

– ¡Eh!, escuchad todavía– dijo ella.

Tomo un cigarrillo en una copa de bronce japonés que se abría como un loto verde, lo encendió en la lámpara, y continuó entre una voluta de humo:

–En cuanto a Georges, no sé si lo amé. ¡Quizás lo haya odiado! Pero se apoderó de mi, violentamente, como una garra de águila toma un pichón. Y yo, aunque furiosa y rebelde, me tenía hechizada. Pronto mi pensamiento siguió río abajo la corriente del suyo. Domada, penetrada, absorbida, mi voluntad era su voluntad, soñaba su sueño; no tenía incluso necesidad de ordenar para ser obedecido; ¿para qué una palabra? ¿para qué una señal? Yo ya había hecho lo que él quería que hiciese. Por desgracia fue él quien me condujo y me dejó en la condenación definitiva e irremediable. Pues era fatal y adorable. Él era el vicio, el crimen tal vez, todo el mal en definitiva, pero el mal bello como una flor, gracioso como un pájaro, seductor como una mujer. Yo me encontraba en un infierno que era un paraíso. ¡Cuántas cosas aprendidas y frutas del árbol prohibido recogidas en ese execrable Edén! Sí, las amargas delicias, agudas como los sufrimientos, los goces malditos y las abominables borracheras de la Posesión, las conocí en la habitación cerrada, casi a oscuras, donde la lámpara mortecina se extinguía como una flor que muere de amor y el deseo transportaba todos los besos a sus labios y todos los abrazos a sus brazos.

–¡Basta! ¡basta, señora!– gritó furiosamente Valentín. ¿Os burláis de mí? ¿Qué significa todo esto? ¿A dónde pretendéis llegar? Decidme, hablad.

Ella le dedicó una bonita sonrisa.

–¿A dónde pretendo llegar? Es muy sencillo. ¿Vos me reprocháis haberos llamado, por turno, Stéphane, Marcel, Georges? ¡Ah! caballero, al contrario, deberíais estarme agradecido.

Ella continuó, ampliando su sonrisa:

–¡Cómo! ¿Vos que sois, a decir verdad, un personaje bastante vulgar, os enfadáis porque yo he tenido el capricho, y la clemencia, de encontrar en vos a los tres exquisitos y singulares seres que fueron mis tres amores? ¿Acaso vos tenéis las puerilidades sagradas, las ingenuas ternuras de la adolescencia enamorada que, para complacer a la amada, hace ramos de flores en los campos, todavía mojadas por el rocío como una boca después del beso, y que proporciona a los pequeños pajarillos unos correhuelas por nidos? Desde luego que no; y, sin embargo, os he llamado Stéphane. ¿Habéis batallado en alguna noble guerra por los vencidos y los débiles? ¿donde están vuestras gloriosas heridas? ¿Acaso cuando pasáis a su lado, las mujeres turbadas dicen: Este es un héroe? Ni por asomo; y sin embargo os he llamado Marcel. ¿Sois tal vez el diablo? ¿sois un monstruo peligroso y seductor, que pierde y hechiza a las almas? ¿Conocéis el camino de los paradisíacos infiernos? ¡Ah! caballero, en absoluto, os lo aseguro, aunque os haya llamado Georges. ¡Vos ganáis pues infinitamente no siendo vos mismo! Pero no solamente debierais estar orgulloso de mis pequeñas inocentes confusiones que os trastornan; deberíais estar feliz. ¿No lo entendéis? ¡Que poca sutileza hay en vuestro corazón y en vuestro espíritu! ¿No sabéis que las mujeres cambian de forma de ser cambiando de amor, que se con vierten en otras con otros amantes? Tanto pero para vos si no habéis tenido el instinto de daros cuenta: pero, creedme, todas las primeras castidades brotaban en mi mientras caminaba en la avenida al amanecer, apoyada sobre vuestro hombro, – y sobre el de Stéphane; me sentía con el corazón lleno de una franca y profunda pasión el día en el que os habíais arrodillado, como Marcel, en el saloncito de satén y bordados; y, esta noche, ¡entrasteis en la habitación cerrada, – vos o George erais todo uno,– con una persona tan perfectamente endiablada como no es posible hallar otra! En realidad, caballero, os lo digo, deberíais agradecerme esos tres recuerdos, porque ellos os convierten en tres amantes.

LA SEÑORITA ANTÍGONA

I

Genoveva era la nieta de un anciano escritor, casi ilustre antaño, más o menos olvidado hoy, pero que todavía se le recordaba con cariño cuando, por casualidad, alguien lo mencionaba. ¡Fue deslumbrante y soberbio! mezcló su audacia con las generosas temeridades del comienzo de este siglo, corrió riesgos en peligrosas batallas, tuvo su parte de gloria en el triunfo. A la vez que célebre, era guapo, con cierta impertinencia; atrevido en su cortejo, tanto como en sus versos, dejando flotar sus largos cabellos rubios que se hubiesen dicho movidos por una brisa de lirismo. Aventurero por otra parte, como un poema de capa y espada, tuvo veinte amores extranjeros y famosos, subió, por escalas de seda a ventanas entreabiertas, no sin llevar entre los dientes, en caso de la presencia de un marido incómodo, el acero de alguna daga traída de Toledo. Antiguas locuras, viejas rimas. Hoy es bajito, curvado, inclinada sobre un hombre, su cabeza que oscila, deja caer su labio, cerrados a medias los ojos, y, completamente enclenque cuando una tos lo sacude, tiene alrededor de la frente mechones de cabellos blancos, igual a un arbolillo invernal al que el viento dispersa la nieve. Alguna vez – cuando están presentes jóvenes hombres de letras – se ilumina en sus tiernos ojos el recuerdo de antiguas luchas y viejos nombres, y su palabra abundante, sonora, altiva, se derrama en gloriosas historias: ¡el viejito se convierte en un guapo anciano! Pero son esporádicas esas resurrecciones. Raramente abandona su sillón cerca de la estufa durante el invierno; en el verano, ante la ventana, no habla mucho, no escucha, masculla por instantes no se sabe que palabras, con aire descontento, siempre tembloroso, baboso, bosteza, se aburre, se duerme. Genoveva vive sola con su abuelo, cuidándolo y consolándolo. Ella no se casará, para dedicarse por entero a su deber. Es buena, sencilla, augusta.

II

Genoveva tiene dieciocho años. En sus gestos se manifiestan todas las gracias, todas las músicas en su voz. En la transparencia de su piel, más pálida bajo el oro de sus cabellos, se mezcla ese vago azulado que tienen las blancuras inmaculadas. Queda un

poco de cielo en la nieve. Su boca de labios finos parece una fresca rosa, y los dientes parecen un rosario de perlas. El azul casi verde de sus grandes ojos reposados que nunca parecen turbarse, es infinito; por ellos desfilan ensoñaciones como un vuelo de cisnes. pero no solamente es hermosa. Tiene ese encanto supremo, casi divino: la pureza. Se ven árboles, en la primavera, tan tiernamente verdes de hojas nuevas, tan blancos de pequeñas tímidas flores, que jamás ningún sombrío pájaro o enojoso augurio debe posarse jamás en ellos; nunca un mal pensamiento ha rozado la mente de Genoveva. Las palabras que dice, raras, perezosas, dulces, tienen el sonido del cristal de las perfectas ingenuidades, dejan entrever santas ignorancias. Ella es la reencarnación del mismísimo candor, visible, incuestionable, que confunde al deseo y apenas permite el amor; cuando parece tan castamente bonita, grande, esbelta, un poco pálida, ningún poeta pagano podría adorarla en un verso, –¡no, ni siquiera Virgilio! – pues su porte no es el de una diosa, sino el de un ángel.

Tal es la evidencia de su pureza que ninguna sospecha ha podido alcanzar a esta muchacha huérfana, viviendo sola, casi libre, junto a un anciano que la cuida mal.

Algunos maledicentes, en voz baja, tratan de insinuar que el abuelo es pobre, muy pobre, teniendo como único recurso una pequeña pensión de la Sociedad de escritores; sin embargo hay cierto lujo en el domicilio, muebles confortables, aquí y allá figuras preciosas de porcelana; que Genoveva lleva vestidos cuya modestia no excluye una cierta elegancia costosa; en definitiva tienen sus gastos; ¿de dónde obtiene ella el dinero? Lo que es cierto es que jamás ha trabajado; la leyenda de su colaboración, bajo seudónimo, en periódicos de moda, es absolutamente absurda: hay un misterio en la existencia de Genoveva.

Pero hay que hacer callar a esas malévolas personas, diciéndoles: «¿Qué es lo que pensáis?» El mundo parisino, poco respetuosos con las cosas y las personas, rodea con una veneración tierna a la bella y pura muchacha, que se vuelca, tan joven, con un anciano; y se la llama señorita Antígona, con unas sonrisas no exenta de una ironía que sin embargo no es maliciosa.

III

En una ocasión ¡Justin Bernier no aguantó más! Hacía más de un año que adoraba a Genoveva, no atreviéndose a decirle nada, no atreviéndose apenas a mirarla. Pero, hoy, transportado por un cariño exasperado, casi pasional, tendría valor. Iría a su casa, se arrodillaría, le diría enfáticamente: «¡Os amo!» ¿Y por qué no habría de casarse con ella? Él era joven, había conseguido una medalla en el último Salón de Exposiciones, tenía cierta fortuna. ¿El abuelo? ¡Eh! no lo abandonaría. Serían dos en el hogar cuidando de él. Y además, ¡se preocuparía bien del viejo! Amaba a Genoveva y quería ser amado por ella: se trataba de eso, de eso solamente. Corrió por las calles, importunando a los transeúntes; en la escalera tuvo que detenerse faltándole el aliento.

El abuelo dormía en el comedor, cerca de la estufa; Justin fue introducido en el salón; la criada le dijo: «La señorita lo recibirá enseguida.»

Él salón era encantador, aunque formal. Pequeño, con aspecto de un saloncito serio, con cortinas opacas que no dejaban transparentar la luz del día, con flores aquí y allá, que sonreían soñadoramente en los rincones sombríos, era dulce, triste, tranquilo, aislado, como lejano. Era bien cierto que ella vivía allí; Genoveva, dulce también, tranquila también, solitaria. Justin sentía a su alrededor esa presencia invisible que la larga estancia de una persona deja en un lugar familiar. El diseño, un poco taciturno, de los muebles, recordaba actitudes resignadas, acodamientos pensadores, y, en la gracia profunda, azulada por la penumbra, se intuía el infinito de los ojos que se habían mirado

allí como había en esas frágiles flores, blancas, perezosas, que se ocultaban, todo un florecimiento tímido de puras ensoñaciones. Extasiado de estar rodeado de ella, caminaba, yendo y viniendo, a pasos sordos, mirando, tocando. En una biblioteca de madera negra había unos pocos libros: solamente poetas, aquellos que cantaron con la más inmaterial embriaguez las delicias del amor sin beso. Algunos cuadros en las paredes; acuarelas, pasteles, dibujos a lápiz rojo entre vagas desnudeces, unos ángeles volaban, abriendo sus alas pálidas, fluidas como el aire; jóvenes muchachas inclinadas sobre el agua miraban huir en la corriente el reflejo de sus pensamientos; más lejos, unos niños rezaban, arrodillados en una iglesia, ante una estatua de la virgen María que, desde un lis, mostraba las estrellas. Esos dibujos y esas pinturas eran de Genoveva, y Justin Bernier, asombrado, encantado, se preguntaba que artista, más hábil y menos inocente, habría podido poner tanta sincera devoción, en una iglesia, ante María, tanto candor en la transparencia del agua, tanto paraíso en el cielo.

Se detuvo cerca de una mesita, como apartada en un rincón más oscuro; allí se dispersaban, en el desorden del trabajo interrumpido, unas hojas impresas también, en las que se veían tachaduras.

Su curiosidad era culpable; pero desde que había llegado, ardía en deseos de saber lo que Genoveva dibujaba, lo que es escribía.

Y además, él también, se había inquietado a veces, a pesar de su amor, del misterio que había en la vida de Genoveva. ¿A qué se dedicaba para pagar el bienestar del que su abuelo estaba rodeado? ¿hacía acuarelas vendidas a bajo precio sin duda? ¿escribía en efecto en los periódicos de moda? Justin pensó que una mirada arrojada sobre esos papeles en desorden le confesarían tal vez la verdad.

El salón estaba poco iluminado y debió inclinarse para ver.

¡Apenas pudo emitir un grito de horror! esos esbozos eran borradores de infame pornografía; las líneas que leyó, – ¡esas líneas de una larga y fina escritura de mujer! – describían con palabras abyectas las más monstruosas escenas de una abominable obscenidad, y, temblando, creyéndose loco, perdido, reconoció que las hojas impresas, – ¡corregidas por Genoveva! – eran las pruebas de un libro famoso e inmundito, del que un editor belga anunciaba su próxima publicación.

IV

Cuando Genoveva entró en el salón Justin ya no estaba allí. Había huido, espantado. Ella no se sorprendió de esa desaparición; tan solo le parecía insólito. Pero, aproximándose a la mesa, se estremeció y palideció. ¡Imprudente! en su precipitación ella no había pensado en esos papeles. ¿Tal vez él los hubiese visto? Se tranquilizó poco a poco; el salón estaba a oscuras. Pidió una lámpara, Luego, sentada, inclinada bajo la tulipa, con el dulce oro de sus cabellos iluminados por la claridad, se puso a trabajar, apaciblemente, con una sonrisa pura en los labios, levantando a veces, con aire de pedir consejo a algún divino inspirador, el azul casi verde de sus grandes ojos reposados, infinito, dónde, como en un vuelo de cisnes, desfilan ensoñaciones.

LA CONSEJERA

Desde el momento que se sentaron en el salón de terciopelo rosa, con colores exquisitamente suaves, completamente pleno de tiernos olores, como un invernadero cuyas flores son mujeres, la Señora de Portalègre tomó entre sus largas manos los delicados dedos de la condesa, y le dijo adelantado los labios en una sonrisa de carmín todavía fresco, pues apenas acababa de aplicarse su maquillaje matinal:

–¡Realmente estáis afectada! ¿Qué os ocurre, querida? No temáis, hablad, contadme todo. Estoy segura de que la cosa no es seria. Debéis confiar en mí. Me gustais de un modo sorprendente. En primer lugar porque sois bonita y fresca como Chaplin. ¡Conocéis a La Joven de las Gavanzas! Os parecéis de un modo asombroso. Pues, se puede apreciar en vos una conciencia inocente, del mismo modo que vuestro rostro es puro. Casada hace solamente dos meses solamente, aún tenéis toda la inocencia de antes, con un poco de miedo de más. ¡Y venís de un convento de provincias! ¿Tal vez queríais tomar votos? Os queda un vago perfume a incienso; sois una flor de capilla, completamente mojada aún de agua bendita. Coqueta y mundana como soy yo, como una rosa artificial perfumada de sándalo y casi vieja ya, –¡treinta y un años, querida! – me sorprendéis absolutamente, lo que hace que os adore. ¡Recluta! yo soy vuestro coronel; y quiero enseñaros la instrucción, pues venís a pedirme consejo, ¿no es así?

–¡Por desgracia, sí!, señora – dijo la condesita juntando las manos debido a una costumbre de interna devota.

–Preguntad.

–¡Ah! señora, se trata de una cosa muy seria.

–¿Seria? ¿de verdad?. Vamos, hablad, os escucho.

–¡Me resulta muy difícil de contar!

–Sin embargo no puedo adivinar.

–Pues bien, señora, – confesó la condesa ocultando en sus manos su pequeño rostro más sonrojado,– ¡parece ser que me he comprometido de un modo espantoso!

–¡Cómo! ¿Ya? – exclamó la Señora de Portalègre.

–Ya. Mi marido pretende que soy una extravagante; mi suegra asegura que mi conducta ha llamado la atención a todo el mundo, y que se acabó, que jamás seré recibida en una casa honorable.

La condesita casi lloraba.

–¡Eh! Dios mío, ¿qué habéis podido hacer tan terrible, hija mía?

–Yo no sabía que estaba mal. Vos teníais razón antes: salí del convento y no se me ha enseñado nada de lo que hay que saber. En fin, esto es lo que pasó: Anteayer, en casa de la Sra. Soïnoff... ¿sabe usted de quién hablo?

–Claro que sí, es mi prima.

– Yo iba al baile por vez primera. Estaba muy turbada, os lo aseguro. Eso provoca un singular efecto, todos esos ojos, todas esas luces, que miran vuestros brazos, vuestros hombros...

–Os acostumbraréis.

–Perdí la cabeza y bailé tres veces seguidas...

–¿Con la misma pareja?

–¡Sí!

–Una imprudencia. ¿Quién era?

–El Señor de Puyroche.

–¿Aurélien de Puyroche?

–No, su hermano, el que no está condecorado.

–Está muy bien. Circunstancia agravante.

–Eso no es todo. Tras un vals, acepté su brazo para ir al buffet. ¡Permanecimos allí bastante tiempo! yo bebía champán mientras él me contaba una multitud de cosas que me hacían reír. Era muy divertido. Pero hete aquí, que unas personas nos miraban; y la Sra. de Soïnoff dijo en voz alta, al pasar a mi lado: «Esta es la última inconveniencia.»

–Tenía razón.

–¡Cómo! vos también, ¿vos sois de su opinión?

–Así es, pobrecilla mía. Pero hasta el momento no veo del todo en que puedo resultaros útil. Espero, explicaos.

–Sí, me explicaré – dijo la condesa con tono resuelto.– Escuchad. No soy tan inocente como parece. Yo miro, y veo cosas. Fíjese, en ese baile había mujeres que bailaron toda la velada con el mismo caballero; durante el vals levantaban demasiado alto sus brazos sin magnas, –¿es eso conveniente? – y reían muy cerca de la boca de su pareja, se inclinaban sobre él, totalmente escotadas, de modo que él no tenía más que bajar los ojos... En el buffet, – vaya si lo he advertido– la marquesa de Poléastro no dejada de beber, con aire de haberse equivocado, en el vaso de un capitán del estado mayor que estaba detrás de ella, y que le hablaba siempre al oído. ¿Y vos me diréis tal vez que la Señora de Soïnoff no estuvo una hora bajo el quicio de una ventana con ese gigantón ruso que, más tarde en el cotillón, se arrojó a sus rodillas para besarle su botín?

–Vamos, vamos, no os enfadéis. Todo eso es cierto.

–Entonces, ¿por qué no se habla mal de esas mujeres, que hacen cosas peores que las que he hecho yo? Pues, al fin y al cabo, el Sr. de Puyroche se ha portado muy bien. ¿Y por qué soy cuestionada y ellas no?

La Señora de Portalègre había adoptado un porte casi doctoral, imperceptiblemente irónico; habría podido recordar a Mefistófeles respondiendo al colegial Wagner.

–Querida mía, ¿lo que venís a pedirme, es el medio de actuar a vuestra guisa, de hacer todo lo que os plazca, sin que la sociedad encuentre en ello nada que criticar?

–¡Sí! ¡Eso es!

–¿Queréis que os dé ese consejo, lo queréis realmente?

–Sí, quiero.

–¿Me prometéis que no os sorprenderéis de lo insólito y un poco terrible del medio?

–No – dijo la condesa decidida.

Tras un silencio, la Señora de Portalégre continuó, solemnemente:

– Debéis saber pues que, para no verse jamás comprometida, hay que comprometerse de una vez por todas, desde el mismo momento de la entrada en sociedad, no a medias, ni de un modo furtivo, con aspecto de ser sorprendida en una falta a vuestro pesar, sino por el contrario, abiertamente, sin pudor, de un modo definitivo.

–¡Ah! ¡Dios mío! – exclamó la condesa, sacudida por un escalofrío – ¿Qué decís? Es espantoso y absolutamente inmoral. Además estaría perdida para siempre... ¿Es que la sociedad no os despreciaría? ¿Es que una honrada mujer, después de un escándalo público, consentiría en teneros por amiga?

–Los comienzos siempre tienen algo de penoso, lo reconozco. Pero en París se puede hacer, incluso en nuestra sociedad que pronto olvida, o al menos se pierde en la multitud de tantos otros recuerdos. Muy pronto las puertas cerradas se vuelven a abrir, las sonrisas de acogida reaparecen tan simpáticas como en el pasado, y de la turbulenta aventura que, durante una hora, os ha deshonrado, no queda más que una reputación de mujer excéntrica, gracias a la cual podréis, a partir de ese momento, atreveros a todo sin que nadie le de importancia alguna. Se es original, temeraria, un poco loca, todo el mundo lo sabe, es algo convenido, no hay más que volver de nuevo bien a tomar o a abandonar, y ¡no se abandona a las que son bellas y ricas! Hay cierta relación entre mi procedimiento y la vacuna; más peligrosos tras el primer peligro. Yo os pregunto ¿por qué alguien se habría de preocupar del modo en el que una mujer se pone su boina, cuando está probado que ella la ha arrojado por encima de los molinos? Así es. Para aquellas que no han dado marcha atrás ante un primer escándalo muy escabroso, completo, no hay más que un escándalo que temer: aquel que produciría una vuelta a una burguesa vida regular y monótona.

–Señora... vuestro procedimiento.... ¿lo habéis empleado?

–¡Ah! sois curiosa! En cualquier cosa, mirad, lo que yo haya podido hacer se ha olvidado puesto que nadie os ha hablado de ello. ¿E incluso creéis que me preocupa? Sí, sí, es posible, no digo que no, que un día, hace mucho tiempo, me dejé llevar por alguna extravagancia; fui, –¡oh! ¡una vez! – al café Inglés, a una cena de hombres, y el secreto fue mal guardado; no negaré si alguien de buena fe divulgó que me había visto, sin velo, en un palco de un pequeño teatro, con un tenor que partía al día siguiente para San Petersburgo... ¡Ah! pero sí, de hecho me acuerdo, he tenido toda una aventura: ¡he pleiteado con mi marido por la separación! Se habló de ello durante ocho días. Hoy, ¿quién se acuerda ya de todo eso? Soy una de las veinte mujeres excéntricas que París admite, y aquel que se acordase de las viejas historias sería peor considerado que un impertinente, sería un idiota.

La condesita escuchaba, completamente horrorizada.

–Y – dijo – decidme, os lo ruego, ¿estáis segura de que no hay otro... medio?

La Sra. de Portalégre iba a responder: No. Pero la miró, tan joven, tan dulce, con ese miedo tan inocente en los ojos, que permaneció en silencio un largo rato. Finalmente, aproximándose a ella, y con voz más suave, dijo, sinceramente enternecida:

–Sí, hija mía, sí, hay otro medio, ¡y es el mejor! Mirad, el mundo no es tan malo como parece; además, incluso cuando es cruel, habla más que calumnia: su desprecio carece de imaginación. Es muy sencillo, lo que quiero decir, pero es muy cierto: sed estimable, se os estimará. No bailéis demasiado a menudo con el Sr. de Puyroche, ni con otros; amad a vuestro marido, tened muchos hermosos hijos, y no envidiéis jamás, creedme, a aquellas que *¡ya no pueden* comprometerse más!

La Señora de Portalégre no ha vuelto a repetir el final de esta conversación. No se sabe cuál fue el resultado de ella. Por lo que a mí respecta, me gusta estar convencido de que, de los dos consejos, fue el segundo el que siguió la condesita.

JÓVENES MADRES

Si hay un amor deliciosamente puro, a la vez exquisito y sublime, que hace aflorar lágrimas a los ojos de los poetas más emotivos y encanta a los mismísimos ángeles de la guarda, asombrados de la existencia de otro paraíso, ese es el amor de una joven madre por el hijo rubio y sonrosado que va y viene, salta, se detiene, balbucea, y, volviéndose en un rincón de la habitación con un movimiento de hombros, hace un mohín de disgusto de pequeña fresa enfadada tras sus cabellos rizados. ¡Oh, animalidad divina de la adorable hembra humana! A la esposa y a la amante, para quienes son todas las ternuras del alma, refinadas o exasperadas por los artificios que inventa la voluntad de ser más feliz y de hacer más feliz, la naturaleza ha concedido por añadidura el único de los instintos animales que no es sucio y vil. El hombre vigila al hijo, lo instruye, lo aconseja, pero solamente la mujer, en la irreflexión de su alegría, sabe amar al ser salido de su seno, ¡carne de su carne, sangre de su sangre! Diosa, es la perra o la loba llevando a su camada consigo, pero lo es con tan bello orgullo y está transportada de tanta pasión que, en efecto, no es otra cosa que una diosa. La lactancia no rebaja el pecho donde pueden adormecerse todos los dolores, y el alumbramiento glorifica las dulces y sagradas entrañas maternas. ¡Oh vírgenes que nos daréis hijos! la realidad que está en vosotras no envilece en absoluto lo que tenéis de ideal; las fatalidades de vuestro cuerpo exaltan y divinizan los destinos de vuestra alma. Y, si no hay espectáculo más adorable que el de una joven mujer riendo a su hijo, no es más alegremente magnífico o más soberbiamente terrible el de una madre alejando a su hijo de un peligro o disputándolo, desenfrenada, a la muerte, con estertores en la cuna.

Pero la parisina, irreconciliable enemiga de lo real, prendada por las mentiras y las astucias hasta el punto de que consentiría en volverse fea antes que ser ella misma, no iba a acomodarse durante mucho tiempo al instinto austero y sencillo de la maternidad. Ha hecho falta que con arte diabólico, – ¡maquilla su corazón como maquilla su rostro! – refine, haga elegante y modernice el más natural de los cariños. ¿Acaso podía amar como las demás madres, puesto que no era igual a las otras mujeres? ¿Se la tomaba por alguna violenta y sincera Flécharde, estrechando contra ella a sus hijos, furiosa, y no comiendo más que junto a ellos, como los leones? ¿Se parecía a esas compañeras de los marinos, robustas, tostadas por el sol, que esperan, en la playa, por la noche, al muchacho ya pescador, y abrazándolo, rudamente alegres, con gruesos besos en las

mejillas? Besos, desde luego, y mil caricias, – ¡demasiadas caricias!, pero unos besos que recuerdan otro empleo de la boca; unas caricias donde languidecen, tan graciosamente, por desgracia, reminiscencias de otros abrazos; y su hijo rodeado de zalamerías, arreglado, puesto en la picota de un perpetuo trato ahíto de mimos, siempre presente, mezclado en su vida, compartiendo el baño, asistiendo a la peluquería, dejándolo en su habitación cuando se pone el corsé de satén rosa o las medias de seda negra, respirando el olor de los frascos de perfume o de los terciopelos al vuelo; luego, una vez el aseo acabado, arrastrándose sobre la cola de los vestidos, o metiendo la cabeza en los encajes del camisón. Tal es así que, en realidad, muchas jóvenes madres se han convertido, sin saberlo, en monstruos.

«¿Dónde estás Bebé? ¡Cómo! Bebé ¿todavía no estás listo? ¡Ah! aquí estás. Ven aquí, pequeño, deja que te vea. ¡Pero como te han vestido así! ¿En qué piensas, Clementina? Le pones su chaqueta azul precisamente el día que yo voy a lucir mi vestido verde. El azul no me combina. Acércate, querido. Tu cuello te sube hasta las orejas y tienes la piel tan blanca que no hace falta ocultarla. Sabes, me encuentras más bonita cuando estoy escotada. ¿Tienes los ojos rojos? ¿Has llorado? Espera, un poco de polvos de arroz. ¡Oh! ¡el pequeño coqueto! a él le gusta esto. ¿Es bueno, dime, el pompón que te pasa por la mejilla? ¡Deja el lápiz de ojos! Vaya, vaya: ¡el señor se maquilla, a los ocho años! Vamos, se acabó, bésame, –¡no tan fuerte! me manchas de blanco, – vámonos aprisa.» La Señora de Ruremonde lleva a su hijo. ¿A dónde van? a casa del modisto en primer lugar. Bebé ya conoce muy bien los vestidos. Da su opinión. «Son muy bonitas esas telas.» Allí permanece mientras ella prueba. «Claro que no eres delgada como la Sra. de Portalègre!» La madre ríe con todo su corzón. «¿Entonces no te gustan las mujeres delgadas?» E, inclinándose, lo atrae hacia ella, le mantiene un largo rato la cabeza sobre su hombro, y le besa los ojos. Después es la hora del paseo por el Bosque de Bolonia. Desde que Bebé ha dejado su nodriza, la Sra. de Ruremonde ya no lleva a su perrito en el coche, en el asiento de enfrente. Es mejor un niño. Éste habla, hace observaciones muy divertidas. «¡Dime, mamá! ese señor que saludó ya no viene a vernos más, ¿por qué? – ¡Ah! ¿te has dado cuenta, tesoro?» Ella le ríe muy cerca de la nariz, mostrando todos sus dientes. Algunas veces se detiene en el restaurante de la Cascada, con la Sra. de Valensole, a quien encuentran por azar. ¡Bebé pide champán! A fé mía que se lo dejan beber; algunos sorbos solamente; eso no puede hacerle daño. De regreso al palacete, la Señora de Ruremonde se viste para una cena, mientras que Bebé, un poco gris, no quiere dormirse en los ecnajes de la pequeña que está en el vestidor. Él se acerca, descalzo, en pijama a la habitación. Quiere ver el hermoso vestido rosa de mamá, y su madre, en el triunfal esplendor de los satenes y de la carne, se vuelve hacia él, radiante, diciendo: «¡Fíjate! ¡mira! ¿Resulta de tu agrado, cariñito?»

¡Otras son más terribles! Sin duda inconscientes; tal vez nos recuerden la estratagema culpable de esos pintores, que, más infames que los artistas exclusivamente eróticos, y pintando fornidas romanas de hermosos senos completamente rodeadas de niños, encuentran en la maternidad un pretexto para la desnudez.

Mientras Bebé juega en un rincón del saloncito, el Sr. de Nérici, con un ardor tímido, – pues está realmente enamorado, – contempla a la hermosa mundana, tumbada en la pereza del sillón, con una sonrisa lánguida en los labios.

Él no cree que ella quiera ser eternamente cruel, pues, decidida a ser bábara, ¿tendría en la boca esa clemencia enterneceda y, en los ojos, esa promesa desfalleciente de un dulce consentimiento?

Pero vacía, apenas se acerca, no se atreve; se produce un largo silencio donde se percibe como un ruido lejano y apagado de alas enjauladas, el latido de los corazones.

Entonces, no sin un aire de impaciencia, ¡ella llama a a Bebé! Y hete aquí que el niño, bonito, sonrosado, con los brazos y las piernas desnudas, se sienta en las rodillas de la madre, manoseando con sus manitas las telas bien llenas, acariciando el cuello redondo, soplando en las delicadas orejas, deshaciendo, el muy travieso, los rizos que cuelgan hasta el borde de los ojos, desabrochando algunas veces, con la audacia del inocente que juega, los primeros botones de la blusa, confrontando, sin hacerlo adrede, a la blancura regordeta de sus brazos, la piel de un comienzo de pecho también blanco.

Todas las agujas de la codicia se pinchan en todos los poros del Sr. de Nérici fuera de sí! Daría su fortuna y su vida para ser, durante un solo instante, ese pequeño ser que ríe, ingenuo, en los brazos de la exquisita criatura. Pero su deseo todavía no osa expresarse; y muerde sus labios, mudos.

Ella, como en un impulso de insaciable ternura, besa con frenesí a su hijo, en los cabellos, en la frente, en el cuello, en los labios! Deliciosos estremecimientos de caricias susurran en el abrazo de las deslizantes telas; y siempre el beso encarnizado, apasionado, casi fanático, desfalleciente también...

Esta vez una llama se ilumina en los ojos del Sr. de Nérici; comprende, sabe, no puede ya dejar de ser consciente que esa joven mujer lo ama tanto como es amada por él; no tiene más que pedir esos besos que él envidia desesperadamente, – está seguro de ello – para obtenerlos, y los obtendrá, ardientes y sabios, cuando Bebé ya no esté allí, – ¡si ella se toma la molestia de despedirlo!

Ahora, ¡oh, madres sagradas!, que habéis conservado intacto el sublime instinto maternos, os pido perdón. No habría debido hablar de la más dulce y pura de las ternuras en estos cuentos, ni siquiera para denunciar la perversión culpable. Sin embargo lo que he dicho debía ser dicho. Si se quiere que los hombrecitos se conviertan en hombres, ya es hora de que las mundanas y las coquetas lleven al Bosque y al modisto a sus perritos blancos en lugar de sus bebés sonrosados, y también que las cunas no estén demasiado cerca de las camas.

ÍNDICE DE CUENTOS

La Señorita Laïs	2
Narciso Dangerville	6
Rosa Flaman	11
El marido de Leo	15
La Señora de Portalègre.....	18
El hombre de letras	22
Marthe Caro	25
Felix Gargassou	30
Marido y mujer	35
Clementina Paget.....	40
El enamorado de la señorita Massin	44
La madre del actor	47
La duquesa de Couarec.....	52
Hilaire Florent	55
La Señorita Zuleïka	59
El pedigueño	63
Adrienne	67
La Señora de Portalègre.....	71
Madeleine Judas	75
La pequeña Thomasson	78
La marquesa Faustine	82
La Señorita Abisag	86
El director del teatro	90
Caroline Fonteje	94
La maestra.....	98
La Señora de Valensole	102
La Señora de Ruremonde	105
Los tres amantes de Valentin.....	108
La Señorita Antígona.....	111
La consejera.....	114
Jóvenes madres	118